



UN AMOR
INESPERADO

+

UN AMOR
DELICIOSO

OLGA SALAR

zafiro♥

Índice

[Portada](#)

[Un amor inesperado](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Un amor delicioso](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Biografía](#)

[Nota](#)

[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Un amor inesperado

Capítulo 1

Un sonido rítmico y constante la despertó. Antes de abrir los ojos, Emma ya era consciente de que había algo diferente; no sentía el peso de su gata en sus pies y además estaba ese sonsonete...

Si estaba despierta (y lo estaba, de eso no tenía dudas), había alguien más en la cama, porque los ruidos que oía eran ronquidos, y bastante estridentes, por cierto.

Estrujó su mente intentando situarse: la noche anterior había salido de copas con su amiga Megan, después de que se presentara en su casa y le diera la charla de todos los fines de semana («Tienes que salir más y trabajar menos», «Todos los hombres no son iguales» y un largo etcétera que recordaba, no ya por la magnitud de las palabras, sino por la insistencia con que su amiga las divulgaba cada vez que tenía ocasión).

Poco a poco fue consciente de su cuerpo; notó la cabeza embotada. Al parecer se había pasado con el Sex on the beach;^[1] los brazos y las piernas le pesaban tanto como después de una de sus sesiones bestiales de *body pump*.

Y lo más importante de todo: eso que le rozaba la cadera era, sin lugar a dudas, una mano y, la última vez que miró, ella sólo tenía dos.

Decidió ser valiente y abrir de una vez por todas los ojos, que había mantenido cerrados desde que se despertó, por miedo a ver quién era el de los rítmicos ronquidos con cierto aire pop.

Primero abrió un ojo; por la ventana entraba un poco de luz, el estor no era lo suficientemente opaco para evitarlo.

Respiró profundamente y abrió el otro ojo. Desde su posición sólo veía una pequeña parte del dormitorio, más concretamente el lado izquierdo. Lo primero que le llamó la atención fueron las estanterías; más que un dormitorio parecía un despacho con enormes estantes que iban de lado a lado de la pared y que estaban repletos de libros. Aunque la luz y la

distancia no le permitían leer los títulos, los lomos se veían a la perfección, pulcramente colocados uno al lado de otro en perfecto orden. Si hubiera habido más luz, habría jurado que estaban colocados en riguroso orden alfabético.

«Por lo menos es ordenado», pensó Emma, mientras intentaba concentrarse en lo más difícil, girar la cabeza para ver quién era el de la mano en su cadera.

«Tranquila, es la primera vez que haces esto —intentó serenarse—. Así que, si has metido la pata hasta el fondo, no cuenta, porque la primera vez nunca cuenta: no te meten en la cárcel la primera vez que te pillan a doscientos kilómetros por hora por la autopista, ni te sale bien la postura del arado cuando practicas yoga, ni disfrutas del sexo ni tampoco del primer cigarro ni del primer sorbo de vino... Así que, la primera vez que te acuestas con un tío al que acabas de conocer, no cuenta que éste sea feo, obeso o maleducado, lo único relevante es que no sea un psicópata con intenciones de convertirte en su próxima víctima; porque la primera vez todos metemos la pata y, está claro, Emma, que tú no eres una excepción a esa regla.» Dicha perorata la reafirmó más en su creencia de que la primera vez era mejor olvidarla.

Respiró hondo y giró la cabeza lentamente, intentando mantener la respiración regular de los que duermen; estaba tan concentrada en sus reflexiones que no se dio cuenta de que los ronquidos habían dejado de sonar y, de repente, se encontró con dos profundos ojos azules que la miraban divertidos sobre una nariz un poco torcida, que daba personalidad a un atractivo rostro de hombre que la observaba sonriente, como si hubiese adivinado sus pensamientos. Sin poder evitarlo, Emma se sonrojó y su largo pelo rojo hizo más evidente su vergüenza.

«Tendrá unos treinta y pocos», pensó ella incapaz de decir nada. Llevaba el cabello castaño revuelto por el sueño y eso le daba un aspecto pícaro y muy sensual, que despertó de golpe su cuerpo, hasta ese momento adormilado.

¡Dios! Su primera vez no había estado tan mal, nada mal... Estuvo tentada de ponerse a bailar allí mismo, pero recordó que estaba desnuda y que probablemente no diría nada bueno sobre su lucidez mental, así que mantuvo la compostura mientras esbozaba una tímida sonrisa.

—Hola, buenos días —dijo don ojazos azules con un suave acento

escocés.

—Hola —respondió ella—. Perdona, pero no recuerdo tu nombre. —«¡Mierda! Eso ha quedado fatal.»

Sorprendentemente, él se echó a reír, con una risa sincera que a ella le arrancó otra en respuesta. Le tendió la mano.

—James, me llamo James, y estoy seguro de que tú eres Emma —bromeó, quitándole de un plumazo los temores.

Emma miró su enorme mano y recordó un poco mejor la noche anterior. La estrechó mientras le decía coqueta:

—Vaya, parece que tu memoria es mejor que la mía.

Luego recordó su aspecto de recién levantada y cambió la sonrisa sensual por una calculadora, cuando comprendió que encontrar el cuarto de baño debía ser su prioridad. Intentó levantarse y arrancar la sábana de su sitio al mismo tiempo, algo ridículo teniendo en cuenta que la noche pasada el hombre que en ese instante la miraba divertido había hecho con su cuerpo mucho más que limitarse a admirar su desnudez, pero, bueno, por la mañana las cosas se veían desde otra perspectiva.

¡Dios, qué bueno estaba! A Emma aún le costaba creer que su primera vez hubiese sido un éxito; lamentablemente eso echaba por el suelo tu teoría. Se consoló pensando que toda regla tenía su excepción. Y que, sin buscarla, la había encontrado.

James se levantó como si nada y Emma, aturdida, pensó que tenía el culo más fantástico que había visto nunca. No es que fuera una experta en el tema, pero, en cualquier caso, su trasero era portentoso y conseguía que se le hiciera la boca agua.

—Te invito a desayunar —le propuso él, sonriendo. Y su sonrisa por poco consiguió que se olvidara del abecedario.

—Gracias, pero tengo que irme. Te... te... tengo cosas que hacer. —«Perfecto, se me olvida su nombre y encima balbuceo como un bebé. Vas bien, Emma, seguro que te pide el teléfono», se regañó irónica.

—¿Un domingo? —preguntó alzando una ceja incrédulo.

—Sí, comida familiar y esas cosas aburridas que conlleva, ya sabes...

«Si vuelve a sonreírme así, acepto», pensó.

—Por supuesto —contestó pensativo—; de hecho, creo que yo también tengo algo parecido a una comida familiar —comentó pensativo al tiempo que se ponía los pantalones—. Te dejo para que te vistas, yo te

espero en la cocina. Supongo que me aceptarás un café, ¿o prefieres un té?

—Un café estará genial. —Sonrió sinceramente.

«Dios, este chico me gusta, me gusta mucho. Y a saber lo que va a pensar de mí; seguramente que soy una fresca, y eso que es la primera vez que me voy con un tío al que acabo de conocer; yo soy de cuartas citas... o décimas —se censuró mentalmente—. Aunque, para ser sincera, si hubiera sabido que iba a salir tan bien, me habría puesto a ello antes.» Cuadrándose de hombros, decidió que no tenía solución deprimirse por lo que ya estaba hecho; «a buen fin no hay mal principio», se animó parafraseando a Shakespeare. No obstante, lo que más la deprimía realmente era no recordar bien ciertos detalles de la noche anterior, que a juzgar por la sonrisa y el cuerpo de James debían de haber sido memorables. Con un poco de suerte el café le devolvería la lucidez y la memoria.

—Perfecto. —Él sonrió—. Al bajar la escalera, segunda puerta a la izquierda —le explicó mientras salía del dormitorio, únicamente con aquellos vaqueros que le quedaban como un guante, con el pecho musculado y bronceado a la vista y una sonrisa sexi que le aceleraba el pulso.

Todavía no había llegado abajo cuando Emma comenzó a vestirse rápidamente por si volvía a por una camisa. No obstante, en el momento en que iba a entrar al cuarto de baño para intentar hacer algo con el mal aliento matutino y el pelo de leona en celo, se quedó parada frente a una fotografía que había en una de las estanterías del dormitorio. A pesar de que habría sido lo habitual, no fueron los libros los que atraparon su atención: su mirada estaba fija en una fotografía que dominaba el balde superior, en un elegante marco de plata.

James estaba immortalizado abrazando a una chica rubia de su edad, una chica rubia de pelo corto con cara de duende, una chica rubia a la que conocía muy bien...

—¡Dios! ¿Dónde me he metido? —susurró para sí.

Primero pensó lo peor, pero entonces se fijó en el parecido: los dos tenían los mismos ojos azules, igual que su hermano Matt y ella compartían el mismo extraño color de ojos entre violeta y azul oscuro. Por otro lado estaba su nombre, James, su acento escocés... Tuvo que sentarse en el suelo porque había empezado a marearse. Rezó para no ponerse a hiperventilar.

—Soy una mujer adulta, soy una mujer adulta, soy una mujer adulta... —se repetía, como un mantra, siguiendo su propia terapia de autoafirmación.

—¿Estás bien? —preguntó una voz a su espalda; James había aparecido por la puerta del dormitorio con una taza de café en las manos desde la que el pato Lucas la observaba burlón.

Había estado tan concentrada en calmarse que no había oído cómo él se acercaba por el pasillo.

Estaba tan alterada que ni siquiera se detuvo a pensar en lo que James podía pensar al verla sentada en el suelo y envuelta en su sábana. De hecho, no le preocupó ser grosera cuando obvió la pregunta de James sobre su estado y, a cambio, le lanzó otra a él, en un tono de voz inquisitivo.

—¿Quién es la chica?

Se arrepintió de haber sido tan directa en cuanto las palabras salieron de sus labios. Seguro que James creería que era una loca posesiva, que estaba celosa, y ya no le pediría su número ni mucho menos la llamaría... Pero no, se regañó, eso era lo que quería, que no la llamara... o sí... Repitió el mantra: «Soy una mujer adulta, tomo mis propias decisiones, soy una mujer adulta, soy una mujer adulta, tomo mis propias decisiones...».

James miró extrañado en la dirección que le indicaba su pequeña mano, como si no recordara qué fotografía había puesto ahí, y luego sonrió acaparando de nuevo la atención de Emma hacia su boca.

—Es Lisa, mi hermana —contestó sin más. Parecía encantado de que ella se hubiese mostrado tan enérgica en su interés.

—¡Oh, Dios mío! Tengo que irme ya —susurró Emma mientras buscaba su ropa y el bolso con la mirada.

—¿Por qué?, ¿qué sucede? —preguntó más asombrado porque quisiera marcharse que porque aún siguiera sentada en el suelo—. Tómate el café, está caliente. —Se lo ofreció.

—¡No puedo! Lo siento, es más tarde de lo que pensaba y tengo que marcharme o no llegaré a tiempo —mintió ella sin mirarlo, desbancando al mismísimo Pinocho del ranquin mundial de liantes.

Don ojazos azules parecía entre confuso y desolado, pero evitó mirarlo porque algo parecido al pánico la estaba invadiendo. «Soy una mujer adulta, una mujer adulta... ¡Maldita sea!, he dicho que soy una

mujer adulta.»

—Me gustaría volver a verte —dijo simplemente.

—Por supuesto, estoy segura de que nos volveremos a ver —le respondió evasiva mientras se vestía, olvidándose de ocultar su desnudez, y abandonó a toda prisa su dormitorio y su casa, sin volver la vista. Estaba ansiosa por alejarse todo lo posible de semejante embrollo en que se había visto envuelta.

James se quedó allí plantado con la taza del pato Lucas en la mano, tan aturdido que no pensó en acompañarla a la puerta o en pedirle su número de teléfono. «Me gusta esta mujer; es un poco rara, aunque, que lo sea, forma parte de su encanto.»

El buen humor se le pasó cinco minutos después, tras comprender que no tenía ni la más remota idea de cómo volver a ponerse en contacto con ella.

Pero entonces apareció su vena práctica y pensó que con un poco de suerte era asidua al pub donde se habían conocido, lo que se traduciría en que tendría que volver el próximo viernes para averiguarlo y, si no estaba, regresar el sábado, y quizá también el domingo, ya puestos. La victoria siempre sonreía a los que no se rendían, y él estaba lejos de hacerlo.

Mientras James conjeturaba sobre cómo encontrar a la extravagante pelirroja, Emma iba regañándose mentalmente. ¡Qué estúpida había sido! Por ley, las primeras veces eran un desastre y la suya había sido de dimensiones extraordinarias. La excepción que confirma la regla... ¡Y un cuerno! Había sido demasiado optimista, lo que, unido al hecho de que estaba en un lío y que James realmente le gustaba, la tenía de un humor de perros.

Caminaba a toda prisa para alejarse de la casa de don ojazos antes de poder pararse y pedir un taxi; sin cafeína en la sangre no discurría al ciento por ciento de su capacidad. Rebuscó en su bolso el iPhone, para hablar con Megan y desahogarse. Si hubiera querido obtener un consejo realista habría recurrido a Matt, ya que su mejor amiga tendía a exagerarlo todo.

—¿Tan pronto despierta o es que el morenito de ojazos azules no te ha dejado dormir? —bromeó Megan con voz jovial.

—Mierda, parece que la única que se pasó ayer con el Sex on the beach fui yo. Tú pareces muy lúcida y tienes la memoria intacta —le dijo

medio en broma, medio en serio.

—Claro, cielo, y por eso aprovechaste hasta la última gota — comentó aquélla con una sonrisa en la voz.

—Déjalo, Meg, sabes que eres pésima para las pullas. Además, hay algo muy importante que debo contarte. —Respiró hondo—. Veo que te acuerdas del chico con el que me fui anoche del pub o, para ser más exactos, del chico con el que me dejaste ayer en el pub.

Megan obvió la indirecta.

—Por Dios, Em, como para olvidarlo, claro que me acuerdo. ¿Qué pasa? Era un pervertido —decretó Megan—. Si ya sabía yo que no podía ser tan perfecto; ya sabes que el príncipe azul destiñe, pero por lo menos espera a la primera lavada, porque el tarot nunca miente y...

—Para, por favor —la regañó, intentando que la dejara hablar—. No, no es un pervertido; de hecho, es casi perfecto, casi...

—Vale, ¿qué le falta para serlo? Sorpréndeme, doña tiquismiquis —la retó su amiga.

—Lis —contestó simplemente.

—¿Te refieres a la flor? ¿Tiene una flor de lis tatuada en el culo? ¡Por Dios, Emma! ¿Es gay?

—No hay flores que valgan y su trasero es perfecto. Me refiero a Lis. ¡Lisa!

—¡Ah, vale! ¿Y qué narices tiene que ver tu cuñada en esto? —Emma supo que Megan se estaba mordiendo las uñas de impaciencia.

—¿Te acuerdas de que Matt y ella llevan meses dándome la lata para que tenga una cita a ciegas con el hermano de Lis? Ya sabes, el tal James.

—Oh, Dios mío —cortó Megan, atragantándose con las palabras—. No me digas que...

—De acuerdo, pues no te lo digo.

Capítulo 2

James aparcó el coche en la misma puerta de casa de su hermana y su cuñado, en un tranquilo barrio residencial al que acababan de mudarse. Desde que Emma se había ido, no dejaba de darle vueltas al tema: ¿qué había hecho mal para que ésta saliera huyendo de su casa? ¿Por qué las mujeres que le gustaban eran las que nunca se quedaban? Primero, Claudia, y después, Emma. Modestia aparte, era un tipo guapo, inteligente, con éxito, aunque fuera un éxito privado y, a diferencia de muchos hombres, él no tenía miedo al compromiso, estaba deseando encontrar una mujer con la que compartir su vida e incluso formar una familia. Sin embargo, y para su pesar, las mujeres buscaban otra cosa que él no tenía, y que, lamentablemente, no sabía de qué se trataba, así que no podía ponerle remedio.

No obstante, ése no era el mejor momento para preocuparse de su vida amorosa. Estaba a punto de celebrarse la comida, que había organizado su hermana para anunciar su inminente boda, y él tenía que ser agradable y hacerla feliz, y estaba decidido a ello, a pesar de que la dichosa hermanita de Matt también fuera a asistir al almuerzo. La hermanísima con la que su hermana y su cuñado le daban la lata desde hacía meses, una chica a la que, ¡diablos!, no tenía ningún interés en conocer.

Matt le caía muy bien y hacía muy feliz a Lis, pero seguramente su hermana era una estirada, y evidentemente poco agraciada porque lo máximo que había oído sobre ella era que era encantadora, lo que traducido al lenguaje masculino que él dominaba significaba que era feúcha pero simpática.

Cuando llegó al último escalón de entrada, sin siquiera llamar al timbre, una emocionada Lis le abrió la puerta dispuesta a ponerlo sobre aviso antes de que entrara.

—James, me alegra que hayas venido pronto —decía mientras se lanzaba a abrazarlo. Su cara de duendecilla brillaba de felicidad.

James la miró frunciendo el cejo.

—¿Qué estás tramando, Lis? ¿A qué se debe este recibimiento?

—Nada, qué mal pensado eres, ¿por qué crees que tramo algo? —replicó con cara de inocente, pero su hermano seguía con el ceño fruncido esperando que confesara. Había aprendido, siendo niño, que la cabeza dorada de su hermana siempre estaba activa y que una sonrisa, una caricia o un halago, casi siempre precedían a una petición de ayuda—. Está bien, tú ganas. Mamá y papá ya han llegado y papá ya está criticando a los ingleses como si aún estuviera en territorio escocés. Por favor, intenta que se calle, no quiero que ofenda a los padres de Matt. ¡No sabes lo perfecta que es su madre! Y no quiero que se lleven una mala impresión de papá y su elocuente animadversión por todo lo inglés.

—Por si todavía no te has dado cuenta en todos estos años, lo que papá siente por los ingleses no es animadversión, sino... —Se calló cuando vio la expresión desolada de su hermana pequeña—. Tú ganas, Lis. Como tu hermano mayor es mi obligación ayudarte con papá, pero que conste que es una obligación. No lo hago por placer —se mofó.

—Gracias, hermanito —dijo al tiempo que le daba un sonoro beso en la mejilla—. Por cierto, hoy por fin conocerás a la hermana de mi prometido. —Su sonrisa juguetona puso nervioso a su hermano—. ¡Qué bien suena prometido! —añadió con voz soñadora.

James miró al cielo en busca de paciencia antes de responder.

—¿Estás intentando que me eche para atrás en lo de mantener a papá alejado de tus suegros? Porque, si es así, lo haces genial.

—¡Qué malvado eres! ¿Tan horrible te parece conocerla? —lo interrogó indignada—. Te he dicho mil veces que es encantadora.

—No se trata de eso. Es que ya he conocido a alguien que me gusta —confesó sorprendiéndose incluso a sí mismo; a pesar de ello, era verdad, en realidad esa mujer impredecible que había pasado la noche en su cama le gustaba, y mucho.

—De veras, cariño, eso es genial, pero seguro que Em te gustará más. Es un encanto...

—Claro, un encanto —repitió; definitivamente feíta, aunque muy agradable.

—Sí, ya lo sabes, te lo he dicho mil veces... cada vez que he intentado

convencerte para que la llamas y la invitaras a tomar una copa o, ya puestos, a cenar. En cualquier caso, estoy segura de que cambiarás de idea cuando la conozcas.

—Tienes razón, lo siento, estoy un poquito desquiciado. Es que, después de pasar una noche increíble junto a una chica inteligente y preciosa, el día siguiente no ha ido todo lo bien que cabría esperar. De hecho, mi invitada se ha largado prácticamente a la carrera después de ver una fotografía nuestra que tenía en la estantería de mi dormitorio.

»Creo que ha pensado que estaba casado, prometido o algo así, y ahora no sé cómo localizarla. No tengo la más remota idea de por qué narices no le pedí el móvil, ni siquiera conozco su apellido para buscarla en la guía. Y mucho menos por qué se me ocurrió poner una fotografía tuya en mi dormitorio, como si no me fastidias ya bastante en directo. — Se divertía tomándole el pelo.

—¿Y cómo era? —preguntó Lis con auténtica curiosidad.

—Era preciosa, no muy alta, pero preciosa.

—Para ti todas son bajitas, pero ¿comparada con qué, con tu casi metro noventa? —se quejó su hermana, ya que, según él, ella también entraba en esa categoría, aunque desgraciadamente para Lis, la verdad, era de corta estatura, sin más. Sin necesidad de comparaciones.

—De nuevo vuelves a tener razón —se disculpó—. Era alta, aunque no tanto como yo, y tenía los ojos de color violeta... —El sonido del móvil de su hermana lo hizo callarse en seco.

Lis lo sacó del bolsillo de su *trench* de color beis, que se ceñía con un cinturón, y miró la pantalla. Hablando del rey de Roma... su cuñada era quien llamaba. Se apartó de su hermano unos pasos y contestó; sin molestarse en saludar, entró directa a lo que le interesaba.

—Dime ahora mismo por qué no estás aquí ya, ¡te necesito! Tus padres y mis padres van a conocerse por fin y yo estoy atacada de los nervios. Además, Matt necesita de tu apoyo moral para soportar a tu madre, no puedo creer que llegues tarde.

—Lo siento, Lis, pero es que tengo fiebre, debe de ser la garganta, porque estoy fatal y no voy a poder ir. Ya sabes, ayer llovió y me mojé...

—Emma Ewing, estamos en Inglaterra, aquí llueve día sí y día también, así que no me vengas con excusas baratas; saca el culo de la cama y ven a darnos auxilio a tu hermano y a mí o juro que no te hablaré durante el resto de mi vida.

—Lo siento, pero realmente no puedo moverme de la cama. Me encuentro fatal... ¡cof, cof! —tosió.

Lis arrugó el cejo. Emma era igual que James, incapaces de entender la gravedad de la situación en la que se encontraba. Al unir a ambos en un mismo pensamiento una idea descabellada empezó a rondarle la cabeza.

Su cuñada nunca había sido cobarde; de hecho, era la persona más valiente que conocía, no había nadie mejor que ella para hacerle frente a su futura suegra. Por eso esperaba que su enfermedad no tuviera nada que ver con su renuencia a conocer a su hermano. Pero ¿qué les había dado a esos dos?, ¡si serían la pareja perfecta!

—Lis, ¿estás ahí? —preguntó Emma al no oír nada más que silencio en la línea.

—Sí, perdona. Está bien, cielo. Recupérate pronto y perdona mi arranque de genio, son los nervios del momento. Cuídate mucho, tómate un té y duerme. Un beso.

Respiró profundamente varias veces y decidió que era capaz de enfrentarse sola a lo que le iba a caer encima; su padre odiaba profundamente a los ingleses y ella se iba a casar con uno. Sobre lo otro, ya lo pensaría con calma más tarde...

—Si no lo veo, no lo creo —dijo James, manifestando su sorpresa.

—¿El qué, James? —Y su tono no era precisamente feliz.

—Te has pasado al otro bando. Eres una escocesa reciclada en inglesa.

—¿Ah, sí?, ¿y eso?

—Le has recomendado a quien fuera que te llamaba que se tomara un té y se metiera en la cama. ¡Dios! Dentro de nada te unirás a los que creen que el té previene el cáncer —se burló de ella con todo el descaro.

—James Iain McAllister, ¡eres imbécil! —soltó y se dio la vuelta para marcharse y dejarlo solo, pero él la cogió por el brazo y la retuvo a su lado.

—¿Va todo bien? —Y esta vez ya no había burla ni diversión en su voz.

—Sí, aunque supongo que mucho mejor para ti, teniendo en cuenta que mi cuñada está enferma y no vendrá a la comida. Se perderá la reunión más importante de su hermano por un resfriado, lo que no es propio de ella, que incluso con fiebre va a trabajar. —Parecía que no iba a comentar nada más, pero entonces añadió, otra vez molesta—: A este paso

os vais a conocer en la boda y por narices, ya que tú eres el padrino y ella, mi dama de honor. —Y se dio la vuelta dispuesta a evitar el drama que, según creía su exagerado carácter, se desataría en cuanto su padre abriera la boca.

Tres horas más tarde, Lis, Matt y James disfrutaban de una taza de té y una copa de güisqui, haciendo honor a los dos países a los que pertenecían; el almuerzo había transcurrido en perfecta armonía. Los Ewing y los McAllister no se habían matado, contra todo pronóstico; incluso se habían caído bien. Su padre le susurró al marcharse:

—Cariño, me alegra que hayas elegido a la única familia inglesa que vale la pena, ¿estás segura de que Matt no tiene ningún antepasado escocés? ¿Quizá irlandés?

Lis rio ante la ocurrencia de su progenitor y éste se puso muy circunspecto y le aclaró que hablaba completamente en serio.

—Bueno, parece que ha ido bien —tanteó Matt, temeroso de la reacción de su prometida—. Después de todo no ha habido derramamiento de sangre... —bromeó, y besó a Lis en el cuello.

—Matt, no bromees con eso —le reprendió muy seria. Matt le guiñó un ojo y Lis se olvidó del comentario.

—Sí, ha ido muy bien —sentenció James—. Tu padre me ha ofrecido un contrato muy suculento para que publique con vosotros una nueva saga de cinco libros —explicó mientras la sonrisa le llegaba de oreja a oreja, contento de poder hablar abiertamente con alguien de su trabajo. De hecho, aparte de su abogado, ellos eran los únicos que conocían su secreto.

Matt soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó James, sorprendido por la reacción de su amigo.

—Mi padre es el dueño de la editorial, pero no pinta nada en el sello de novela romántica. Beating lo dirige Emma según su criterio, así que la propuesta tendrá que aprobarla ella primero, con lo que puedo asegurarte que esta vez no te salvas de conocerla.

—Por cierto, James. Cuéntame más sobre esa amiga tuya —preguntó Lis curiosa.

—¿Qué amiga? —Matt se unió a la conversación—. Me parece que me he perdido la parte en que James conoce a alguien.

—Más que una amiga es una mujer que conocí ayer, preciosa e

inteligente. Y que me ha dejado esta mañana —explicó él.

—Pues sí que era inteligente si te ha dejado esta mañana. —Los ojos violeta de Matt brillaban divertidos—. ¿Tan mal trabajo hiciste?

—¡Matt! No hables de eso delante de mí. Es mi hermano, ¡por Dios! —se quejó Lis, apretando los ojos con fuerza como si con ello pudiera evitar visualizar la situación.

—¡Qué poco tacto, Matt! —James se rio.

—No creas que incordiando a mi prometido te vas a librar, hermanito. Necesito más detalles sobre tu chica. Eres escritor, los detalles son tu especialidad —anotó su hermana.

—Yo voy a hacer más té —se ofreció Matt—. No cuentes nada interesante... hasta que vuelva.

—No le hagas caso y dame esos detalles —pidió Lis.

—¿Detalles? Creía que habías dicho que no querías saber nada de eso —la provocó James, disimulando una sonrisa.

—No me interesan esa clase de detalles. Lo que quiero saber es algo más consistente que tu «es preciosa e inteligente» —explicó, sin dejarse engañar por la actitud evasiva de su hermano.

—Detalles, de acuerdo. Es preciosa e inteligente —pinchó James—, pelirroja y atractiva. Estaba con una amiga en el pub, una chica morena muy simpática; ¿voy bien con los detalles? —siguió pinchando él.

—Vas bien —contestó su hermana, algo despistada—. Me dijiste que tenía los ojos violeta, ¿verdad? —preguntó intrigada.

—Sí, ¿ves? —exclamó él—, ya te había dado detalles —se quejó recordando sus anteriores palabras.

—Y su amiga, ¿recuerdas su nombre? —preguntó con mirada calculadora.

—Vaya, sí que te gustan los detalles. Creo que algo como Mel o Beth... no, Meg, era Meg, aunque no estoy muy seguro.

En ese instante regresó Matt de la cocina, con una bandeja con té y unos deliciosos *brownies* caseros, que dejó cuidadosamente sobre la mesa frente a los sofás.

—¿Así que ya no necesitas una cita a ciegas con mi hermana? —preguntó Matt mientras miraba a su prometida. Ésta eludió su mirada recriminatoria—. Por cierto, voy a llamar a Em para ver cómo está —comentó al recordar que se hallaba indisputada, y añadió apesadumbrado —: y a avisarla de que es posible que mi madre la llame para regañarla

por haberse saltado la comida.

—No es necesario —dijo Lis con una tranquilidad que no sentía—, voy a acercarme a su casa y le llevaré un poco de sopa de pollo. Volveré en un par de horas —explicó mientras se levantaba—, así os dejo tranquilos para ver el fútbol o lo que sea que den en las cadenas de deportes que os morís por ver.

Como si con ello Lis les hubiera dado vía libre, los dos hombres se abalanzaron en busca del mando de la televisión.

Mientras tanto, a Lis la maldita idea no dejaba de rondarle por la cabeza; tenía que sacarse la duda cuanto antes o esa noche no sería capaz de pegar ojo.

Emma estaba más que aburrida viendo por milésima vez *El club de los poetas muertos*. Era su película preferida y aquélla a la que acudía cuando andaba de bajón o con los niveles de felicidad por los suelos. Ver al señor Keating instruyendo a sus alumnos sobre el *carpe diem* normalmente le subía la moral, y eso que la película no era precisamente alegre. No obstante, el mensaje que transmitía de ser uno mismo siempre le parecía esperanzador y liberador.

A pesar de ello, el filme no estaba teniendo su mejor día. Emma había recuperado sus recuerdos sobre la noche anterior y eso la había dejado hecha polvo y sin muchas posibilidades de recuperarse, al menos en las próximas horas.

¡Aprovecha el momento... y una mierda! Para una vez que se decidía a seguir el maldito consejo, acababa metida en un conflicto familiar.

James era mucho más increíble de lo que había pensado al abrir los ojos esa mañana y ver su rostro mirándola fijamente; sus ojos y su sonrisa estaban a la altura de su encanto y de su ingenio.

Y, para terminar de fastidiarle el día, *Isis* tenía el celo y estaba insoportable, lamentándose por todas las esquinas.

Emma había intentado dormir un poco en el sofá para recuperar las horas de sueño que había disfrutado en otros quehaceres más placenteros, pero la gata no dejaba de maullar, con lo que había sido imposible descansar y olvidarse por unas horas del follón en que andaba. Al final, tras tanta preocupación incluso tenía aspecto de estar enferma de verdad.

El timbre de la puerta la sacó de golpe de sus pensamientos. No tenía ganas de ver a nadie y mucho menos de que a Megan le diera por querer echarle las cartas del tarot de nuevo. Entre que su amiga era nula para interpretarlas y que ella no creía en esas cosas, cada vez que los dichosos naipes aparecían sobre la mesa, las dos acababan con un buen pedo a base de té Good Earth, pues, según Megan, la ayudaba a concentrarse. Menos mal que no le había dado por estudiar la lectura del futuro en las hojas del té, porque si no... Ese pensamiento la hizo reír. Por fortuna tenía a su amiga; con sus ocurrencias conseguía verle el lado positivo a cualquier situación.

Al mirar por la mirilla se quedó de piedra, aquélla no era Megan. ¿Qué hacía Lis en su puerta? ¿No debería estar atendiendo a sus invitados? ¿Tan mal había ido la comida por su culpa?

Abrió fingiendo cara y voz de enferma; su aspecto desgreñado y en pijama era una tapadera perfecta. «Finge bien, finge bien—se mentalizó—, o Lis te matará por dejarla tirada, o peor, te mandará a tu madre para que te cuide.»

—Hola, Lis. —Y su voz sonó temblorosa; cruzó los dedos para que su cuñada lo atribuyera a su resfriado y no a los nervios que danzaban por su estómago.

—Hola, Em. Cariño, ¿estás mejor? No tienes mala cara. Así que creo que vas a ser capaz de soportar lo que te tengo que contar. Siéntate, cielo —dijo, empujándola para que se acomodara en el sofá y situándose a su lado.

—¿Ha pasado algo durante la comida? ¿Está bien Matt? —inquirió, empezando a preocuparse.

—Claro que sí, cariño. Todo ha ido perfecto. Es de otra cosa de lo que quiero hablarte —apuntó, sin dejar de observarla.

—De acuerdo.

—Verás, sabes que siempre he tenido la ilusión de que mi hermano y tú os conocierais y os gustarais. —Emma comenzó a palidecer. Dio gracias por estar sentada, porque las piernas le temblaban de puro pánico—. Pues lamento decirte que eso ya no va a poder ser, al menos en cuanto a lo de gustaros. James ha conocido a otra chica y la verdad es que lo tiene encandilado.

Emma, que llevaba en las manos un pañuelo de papel para fingir su resfriado, a esas alturas ya lo había destrozado de tanto estrujarlo. Lis la

miraba fijamente, con fingida inocencia.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabes? —preguntó intentando aparentar que no le importaba la respuesta.

—Oh, me lo dijo él. Una chica guapa, no muy alta y con unos preciosos ojos violeta. Lo malo es que la chica salió a toda prisa de su casa esta mañana. Al parecer se largó en cuanto vio una foto mía y de James —explicó la rubia.

—Pobre, igual pensó que estaba casado y por eso se fue sin siquiera darle su teléfono —aventuró Emma sin percatarse de que había hablado más de la cuenta.

Su cuñada la miraba totalmente seria. «¡Te pillé!—pensó Lis—. Ahora ya no te escapas.»

—Vale, Em, te voy a hacer una pregunta y quiero la verdad. ¿Te has acostado con mi hermano? O debería decir: ¡Te has acostado con mi hermano!

Emma se quedó totalmente en blanco.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Piénsatelo bien antes de mentirme —la advirtió—. Sólo tengo que enseñarle una foto tuya a James para saber la verdad.

—¿Có... cómo te has enterado? —preguntó totalmente desconcertada, tartamudeando por la sorpresa.

La expresión de Lis cambió de la más absoluta impasibilidad a una sonrisa de satisfacción, mientras daba saltitos por el piso cantando.

—Vale, no estaba segura, era una posibilidad, pero... entonces has dicho lo del teléfono y he pensado «Yo no se lo he dicho, ¿cómo lo sabe?». Y, además, James comentó que tenía los ojos violeta... ¿Violeta? ¿Cuántas pelirrojas de ojos violeta puede haber en Londres? —siguió divagando mientras reflexionaba en voz alta—. ¡Lo sabía, lo sabía! Estaba segura de que os gustaríais si os conocíais.

Y continuó pensando en voz alta mientras Emma, que estaba todavía alucinando, era incapaz de hacerla callar.

—Y por si te lo estás preguntando, sí. Estoy muy enfadada contigo por no venir a la comida de compromiso.

—Lo siento, Lis.

Pero su cuñada estaba interesada en otras cosas como para seguir mucho tiempo molesta.

—Sabía que haríais una pareja perfecta. Tú eres su tipo, ¿sabes?

Siempre le han gustado las pelirrojas; no sé por qué salió con Claudia, que es morena, además de una estirada que no tiene ni idea de lo que quiere. Por eso le rompió el corazón a James cuando lo dejó de repente y...

Emma dejó de escuchar y se perdió en sus pensamientos. Así que a James también le habían roto el corazón... Decidió que la tal Claudia le caía mal, incluso antes de conocerla. Por lo que sabía de don ojazos azules, y de primera mano además, era un encanto. Entonces despertó de su ensoñación con una de las frases que había pronunciado Lis.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó, de repente interesada.

—¿A qué te refieres de todo lo que he dicho? —tanteó su cuñada, aunque estaba más que segura de lo que quería saber.

—Lo último que has dicho, lo del anillo —explicó, convencida de que no era necesaria la aclaración.

—¡Ah! Sí, bueno... Claudia lo dejó en el mismo instante en que James le ofreció matrimonio, con anillo incluido. Ella se excusó con eso de que no estaba preparada para casarse, que aún eran muy jóvenes, que por qué no dejaban las cosas como estaban un poco más, pero en realidad esa misma noche recogió sus pertenencias y se largó de casa sin ninguna explicación, mientras él lloraba sobre mi hombro. Ni siquiera se molestó en despedirse, en llamarlo para ver cómo estaba o en explicarle sus motivos. Después supimos que se había marchado a París y, sinceramente, me dan pena los franceses. No saben la víbora con la que están conviviendo.

»La muy zorra, ¡cómo la odio! —murmuró Lis con los dientes apretados de rabia—. Sólo había estado jugando con él, y eso que parecía realmente enamorada de mi hermano. Hacían tan buena pareja, pero... Oh, lo siento, cariño, ¿te he recordado a Antonio? Si es que soy una bocachancla —se quejó al tiempo que tomaba la mano de su cuñada.

—No te preocupes, agua pasada no mueve molino. Además, lo mío es diferente. Antonio no me dejó.

—Por supuesto —dijo con intención de zanjar un tema que ella misma había sacado—. A ti te gusta mi hermano, ¿verdad? —inquirió después de unos minutos en silencio—. Te conozco y sé que, si no te gustara mucho, no te hubieras acostado con él... Pero, cuenta, ¿cómo fue? —pidió con una sonrisa pícaro en los ojos.

—¿De verdad esperas que te explique algo? —planteó Emma burlona.

—Por supuesto, no me voy de aquí hasta que sepa todos los detalles —amenazó su cuñada, sonriendo.

—Serás morbosa... —Pero al ver que Lis seguía firme esperando detalles, la dio por imposible y siguió—. Vale, pesada, te contaré algunos —dijo entrecerrando los ojos—, pero no esperes que me refiera a la mejor parte. —Lis sonrió, recordando la cara de horror que había puesto cuando su hermano había insinuado que quería estar al tanto de los detalles morbosos de la noche—. Ayer Megan vino a casa totalmente emocionada porque el horóscopo le decía que era un día propicio para conocer al amor de su vida, así que, después de convencerme, me arreglé y nos fuimos al Citty of Yorke a tomar unas copas y a esperar al amor de su vida. Después de dos horas nos dimos cuenta de que el tipo no iba a aparecer... Decidí dejarla sola a ver si el hombre no se acercaba porque estaba yo allí —bromeó—, por lo que aproveché para ir al cuarto de baño; entonces, al salir de los lavabos, choqué con James y le eché media pinta por encima.

—Ja, ja, ja, ja, ja. —Lis se rio—. Qué buen comienzo.

Emma la miró con cara de pocos amigos.

—¿Sigo contando o ya tienes suficiente?

—Sigue, sigue. —La cara de Lis reflejaba que lo estaba pasando genial con los chismes.

—Pues eso, me esperaba que me dijera alguna grosería, del tipo «¡Mira por dónde caminas!» o algo así, pero en cambio se echó a reír y me dijo «Te aseguro que, si querías conocerme, no hacía falta que desperdiciaras tu cerveza, con un “hola” hubiese sido suficiente». Y entonces sonrió y supe que la había cagado bien. Porque no tengo tiempo para hombres y éste era un pastelito que conseguía que se me hiciera la boca agua. Lo demás, ya te lo imaginas —soltó cortando en el mejor momento de su relato.

—¿Qué dices? Cuéntame algo más... sustancioso —pidió Lis.

—Lis, es tu hermano, no me digas que te da morbo, porque entonces me voy —se quejó Emma.

—¡Dios, no! Simplemente es que hacía mucho que no te veía así y además quiero saber qué pasó, no seas mal pensada.

Gimió al darse cuenta de lo que imaginaba su cuñada. Aunque ésta simplemente estaba tan feliz porque se hubieran encontrado que quería conocer cada detalle, excluyendo, por supuesto, los más íntimos.

—Vale, un poquito más —concedió con una sonrisa traviesa—. Pues para compensarlo por haberle derramado la cerveza por encima, lo invité yo a una, después pago él... y cuando quise darme cuenta, la muy listilla de Megan se había evaporado del pub, con lo que no tenía transporte para llegar a casa. Él se ofreció a llevarme, nos enrollamos en su coche, nada extraordinario, bueno, extraordinario sí, quiero decir que sólo fueron unos cuantos besos y un poco de magreo. Lo típico, y ahora sí que lo demás ya te lo imaginas.

—Mejor lo adivino. Paso de imaginarlo —apuntó Lis, frunciendo el ceño.

Capítulo 3

Emma se despertó acalorada, con las sábanas arrugadas a los pies de la cama. Llevaba ya dos días en los que no había podido quitarse de la cabeza lo sucedido el sábado o, para ser más exactos, lo mucho que había disfrutado de la noche. La imagen de un atractivo y despeinado hombre de ojos azules rondaba por su mente, atormentándola con los recuerdos incluso en los momentos más inoportunos.

Volvían a su cabeza sus cálidos besos, pero sobre todo recordaba a la perfección la delicadeza con que sus enormes manos la tocaban, haciendo que su cuerpo vibrara como las cuerdas de una guitarra bien afinada. O el brillo pícaro de sus ojos cuando llegaba al final.

Desde el primer beso apenas habían podido apartar las manos del cuerpo del otro, lo justo para que James abriera la puerta de su casa. Había estado tan centrada en su contacto que ni siquiera recordaba cómo llegaron al dormitorio; la imagen estaba borrosa tras una maraña de brazos, piernas y lenguas.

James provocaba en ella emociones que nunca había sentido; había tenido otras relaciones, sí, pero James la atormentaba con el anhelo de la anticipación, se moría por sentir más, mucho más, y él parecía más que dispuesto a complacerla.

Era el primer hombre que despertaba de ese modo sus sentidos; las capas de ropa que aún los cubrían no evitaban que sintiera la calidez de su piel, o la dureza de sus músculos sobre sus dedos. Metió las manos por debajo de su camiseta oscura y el calor se intensificó tanto que pasó a su propia piel. Sin despegarse de su boca, Emma tiró para deshacerse de la camiseta que cubría su bronceado torso. Adivinando las intenciones de su compañera, James levantó los brazos y separó los labios lo justo para sacársela por la cabeza.

Emma estaba tan acalorada que su propia ropa le picaba en el cuerpo;

ella misma se deshizo de lo que pudo sin despegarse de él. Enterró la cara en su cuello, y el olor de su piel la hizo estremecer hasta la punta del cabello: aquel hombre olía a calor, a perfume masculino, pero sobre todo olía a peligro; era imposible estar entre sus brazos y no entregarse por completo a él, abandonándose y ofreciendo todo lo que él deseara reclamar.

Cuando quiso darse cuenta, perdida en las sensaciones que James despertaba en ella, los dos estaban completamente desnudos y enredados. Por fin, con suma delicadeza, James se separó de su cuerpo, y Emma notó el frío que la separación dejaba en su piel. Sin soltar su mano, James la condujo hasta la cama y la empujó suavemente para que se estirase sobre ella. Emma no se lo esperaba, por lo que al caer lo arrastró consigo y los dos aterrizaron riendo en el lecho. Resultaba difícil de creer que acabaran de conocerse; la complicidad en sus gestos, en su manera de comunicarse, daba a entender que se conocían desde siempre o al menos desde hacía mucho tiempo.

La risa por la caída se cortó en cuanto James volvió a devorar su boca; un gruñido de satisfacción escapó de sus labios, el sabor de su aliento la embargó por completo, el sabor del cóctel que habían compartido junto con el suyo propio activó el intenso hormigueo de su vientre.

Las manos de James estaban por todas partes, inflamando y adorando cada recodo de su cuerpo, y su boca seguía el camino trazado por sus hábiles dedos...

El sonido del timbre la sacó de sus pensamientos. Se sorprendió a sí misma cuando comprobó lo que los recuerdos le habían hecho, estaba temblorosa y acalorada. Tan excitada que sentía las mejillas ardiendo. Suspiró molesta por su vívida imaginación, parpadeó varias veces para salir de su ensimismamiento y se levantó de mala gana para comprobar quién estaba al otro lado de su puerta.

¿Quién narices la visitaba a esas horas? Vale que se levantara pronto para asistir a su sesión diaria de gimnasio, pero fuera quien fuese el que llamaba a la puerta, podría haber usado antes el teléfono, reflexionó molesta al tiempo que se ponía las zapatillas y la bata.

No le sorprendió encontrarse con su hermano y con su cuñada al abrir. Eran los únicos capaces de levantarse antes que ella.

—Hola, bichito, ¿ya estás mejor? —saludó su hermano, mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla. Ni siquiera esperó a escuchar su respuesta. Dos segundos después había perdido el interés en ella y se centraba en su prometida. Emma no se lo tuvo en cuenta; no era un secreto lo enamorados que estaban y lo difícil que les resultaba separarse—. Bueno, cariño —le dijo a Lis—, te dejo con Em. Nos vemos esta tarde. — Y, antes de que ella pudiera responder, la atrajo hacia sí de la cintura y la besó.

Emma giró la vista, molesta, no por el beso en sí, estaba acostumbrada a ver a Matt y a Lis besarse, lo hacían a todas horas, sino porque, al parecer, la muy bruja tenía pensado atormentarla otra vez desde las primeras horas del día y algo le decía a Emma que su hermano iba a entrar en la ecuación. Si no era ésa la razón, la cosa se podía poner peor, porque Lis era la persona más insistente que había conocido nunca y ahora lo sería mucho más, ya que tenía que organizar su propia boda y estaba dispuesta a obligarla, usando sus mejores armas, a que la ayudara.

—Chicos, voy a darme una ducha o llegaré tarde a donde sea que tenga que acompañar a Lis.

Su hermano le hizo un gesto con la mano, sin dejar de besar a su chica, indicándole que podía marcharse.

Sonrió al ver que su cuñada parecía bastante afectada por el beso. Estaba claro que Matt sabía cómo manejarla.

Mientras el chorro de agua caliente despejaba su cabeza, Emma iba repasando lo que tenía previsto para el día. Su padre, milagrosamente, había conseguido que Melissa Moon aceptara firmar un contrato para una saga con ellos y ese mismo día el abogado de la afamada y misteriosa escritora iba a llevarles los papeles necesarios para cerrar la transacción.

«Estoy feliz, estoy feliz... —se repitió mentalmente—, y ni siquiera Lis y sus intentos por lanzarme a los brazos de su hermano van a fastidiarme el día. Melissa Moon es nuestra y estoy feliz, feliz. Y, por si fuera poco, soy más que capaz de ayudar a una novia histérica a organizar su casamiento. Dirijo Beating, uno de los sellos más importantes del país en literatura romántica, así que una boda será pan comido, o eso espero.»

Cuando bajó al salón, perfectamente arreglada con un vestido ceñido de diminutas flores verdes sobre un fondo rojo y unas botas altas, más que la directora de un sello editorial romántico parecía una *it girl* marcando tendencia. Y es que, además de ser una mujer atractiva que cuidaba su cuerpo, era una mujer elegante que se perdía por un buen par de zapatos y un bolso.

En cuanto oyó sus taconeos en la escalera, Lis levantó la vista de la revista de novias que había estado leyendo. Al parecer iba más que preparada con todas las publicaciones del quiosco, así como tarjetas de muestra y demás para las invitaciones del enlace. A Emma se le cayó el alma a los pies al ver tanta variedad; al parecer organizar una boda para su cuñada era más difícil que dirigir un sello editorial.

—Hola, cariño —la saludó la novia histérica, aunque no lo parecía tanto. Su actitud se acercaba más a calculadora. «Peligro, peligro», se activaron las alarmas de Emma—. Necesito tu ayuda para elegir el papel para las invitaciones, hay más de trescientos modelos y me voy a volver loca. Me gustan casi todos —dijo mientras hacía un gesto con la cabeza que señalaba la bolsa que había dejado junto al sofá.

—Vale, Lis —aceptó ella resignada—. Cuenta conmigo, voy a ser una dama de honor modelo, pero soy incapaz de ayudarte en nada antes de desayunar o al menos de tomar un café bien cargado. Por no comentar que, gracias a tu inesperada visita, me he perdido la clase de pilates y al majestuoso profesor que la imparte. Lo que se traduce en que tienes que compensarme con un delicioso cruasán.

—Si no te conociera, diría que no te alegras de verme —bromeó con una gran sonrisa.

—Invítame a desayunar y verás cuánto me alegro de verte —le siguió el juego.

El rostro de su cuñada se iluminó peligrosamente.

—¡Perfecto!, conozco el lugar ideal para ello. ¡Te va a encantar!

Emma no contestó, se limitó a mirarla incrédula mientras iba al armario de la entrada y sacaba su chaqueta. Los lugares perfectos de su cuñada eran sitios estirados y esnobs en los que o te quedabas con hambre o te miraban mal por no llevar un Dolce & Gabbana tapándote el culo o colgado del hombro.

Tardaron unos quince minutos en llegar a la cafetería donde iban a desayunar. Emma contempló a Lis totalmente atónita, pero ésta se mantuvo

impasible ante sus miraditas asombradas. Le llamó la atención el aire bohemio que destilaba el local. ¿De dónde había sacado su cuñada semejante sitio? El lugar se ajustaba más a sus propios gustos que a los de su amiga y, pese a estar solamente a dos calles de su oficina, jamás se había percatado de su existencia ni había oído hablar de él y, a juzgar por la familiaridad del camarero con los pocos clientes, era evidente que el establecimiento llevaba bastante tiempo abierto.

Había dos mesas ocupadas; en una de ellas había dos chicas jovencitas, probablemente universitarias, con un libro de Sartre en las manos. Entonces fue cuando se fijó en las paredes, en las que colgaban retratos de París y del mayo francés, Baudelaire, Racine... La cafetería era el sueño de cualquier escritor, seguro que había inspirado a más de uno. Con cara acusadora, se volvió hacia su cuñada.

—¿Cómo narices has encontrado este local? —preguntó al ver que las miradas no causaban efecto y Lis no soltaba prenda. Su cuñada se echó a reír.

—Sabía que te encantaría.

—Y me encanta, lo que me sorprende es que te guste a ti —le recriminó directamente.

—Vamos, no seas mala. Vale que resulta un pelín pordiosero, pero me chifla el ambiente... hippy —refunfuñó sin convencer a nadie—. Las faldas hippies quedan de muerte con cualquier blusa —añadió intentando parecer convincente.

Emma rompió a reír.

—¿Pordiosero? ¿Hippy? Sí, se nota lo mucho que te gusta la cafetería. —Apartando la mirada de Lis, se dedicó a observar todo lo que la rodeaba—. Es un lugar agradable, está limpio y sólo porque no hay gente que vista tus diseños o los de Karl Lagerfeld no quiere decir que sea pordiosero —la criticó riendo, mientras volvía a centrar la atención en Lis.

Hubo un movimiento en la mesa de al lado y, cuando giró la cabeza, se quedó atrapada por la azulada mirada de su ocupante. Al entrar se había dado cuenta de que había alguien sentado, incluso había visto a un hombre demasiado concentrado en aporrear su portátil, por lo que no había podido verle el rostro y apenas el cabello. Pero ahora sí lo veía y Lis también, puesto que se levantó de un salto y dijo, en voz lo suficientemente alta como para que las otras dos chicas de la cafetería se volvieran con

abierta curiosidad:

—¡James, qué casualidad! Tú por aquí.

Emma supo en ese instante que la casualidad, al menos en este caso, no tenía nada que ver.

James estaba concentrado en su trabajo. Desde que había llegado a Londres, siete años atrás, recién licenciado en Lengua Inglesa, había acudido puntual a disfrutar del café que servían Pierre y su mujer en el Pierre's Coffee. Era más que un cliente habitual, era probablemente el cliente más fiel que había tenido Pierre en toda su vida profesional. Y en ninguna de sus visitas había soñado con encontrarse allí a su hermana y a su pelirroja perdida.

James llevaba tres días en los que había sido incapaz de escribir una línea, pero en cuanto entró en ese pequeño mundo tan conocido y familiar, donde el olor del café recién hecho se mezclaba con el de los cruasanes y las medias lunas, se vio invadido por las nuevas ideas con tanta rapidez que le costaba teclear al mismo ritmo que fluían sus pensamientos. Los detalles para su próxima novela pasaban por delante de sus ojos como en una película. Él sólo tenía que convertirlos en palabras.

Y entonces una risa musical y familiar lo había arrancado de golpe de sus pensamientos. Y al levantar la cabeza, allí estaba ella, con su gloriosa sonrisa y un mechón de su sedoso pelo enrollándose en su dedo una y otra vez, mientras regañaba divertida a su amiga; pero James estaba demasiado concentrado en ella como para darse cuenta de quién era su acompañante.

La visión le cortó la respiración y por poco derramó el café que aún quedaba en su taza. Seguía con la vista fija en ella cuando la joven giró la cabeza y lo miró. James vio que sus mejillas se encendían. Sonrió para sí al adivinar en lo que estaba pensando, lo mismo con lo que pensaba él día y noche desde hacía tres interminables días. Entonces oyó la voz de su hermana y quedó más aturdido y desconcertado de lo que había estado nunca. ¿Qué hacía su Emma con su hermana?

Lis le hizo un gesto para que se sentara con ellas mientras guardaba el documento de Word en el que estaba trabajando, cerraba el portátil y le daba el último sorbo a su café, ya frío. Dio gracias a los de arriba, a saber, Dios, Buda, Alá... por la suerte que había tenido; se había evitado volver

al pub todos los fines de semana para ver si la suerte le sonreía y la encontraba.

Estaba tan animado que cuando el pensamiento le vino a la cabeza se quedó paralizado; ¿y ahora qué hacía? ¿Fingía ante Lis que no la conocía? Seguramente lo mejor sería tantear el asunto, ver cómo se comportaba Emma con él y seguirle el juego para no meter la pata. Era evidente, al verlas juntas, que ambas mujeres eran grandes amigas.

Se acercó a su mesa y las saludó educadamente, pero sin dar muestras de que las conocía a ambas. Emma se preguntó si sería consciente de lo sumamente excitante que resultaba su voz. Entonces Lis se levantó y con una media sonrisa pintada en su bonito rostro de hada hizo las presentaciones. Emma estuvo a punto de gritarle; la muy bruja estaba disfrutando mucho de la situación, ¡hasta había fingido no saber nada y los había presentado! No tuvo más remedio que seguirle el juego; miró a James, que parecía que fuera a atragantarse al oír la palabra *cuñada*.

Poco faltó para que se cayera al suelo al intentar sentarse en la silla vacía, a su lado. ¡Su cuñada! ¡Su cuñada! ¿La cuñada encantadora a la que él llevaba meses negándose a conocer? Pero ¿qué demonios le pasaba a su hermana con las palabras? Esa cuñada no era encantadora, era preciosa, divertida, inteligente... Iba a tener que hablar con Lis para que aprendiera a usar los términos correctos.

De repente un pensamiento cruzó por su cabeza y sintió que se aligeraba un poco el peso que lo había atormentado los últimos tres días. De modo que su relación con Lis fue la razón de que saliera huyendo cuando se topó con la fotografía de ambos en su dormitorio.

James se dio cuenta de que Emma también guardaba las apariencias; parecía enfurruñada con Lis, pero en ese momento no tenía tiempo para adivinar la razón, ahora tenía que conseguir que Emma aceptara cenar con él y que Lis no pillara sus intenciones. Porque, si su hermana se enteraba, iba a estar burlándose de él los próximos cien años.

Durante las dos horas que estuvieron frente a frente, Emma se mostró natural; siguió tratándolo como a alguien al que acababa de conocer, aunque de vez en cuando la pillaba mirándolo fijamente. No se mostró tímida en ningún momento, sino que fue la Emma que él había conocido en el pub, ocurrente y graciosa. El contrapunto ideal para su querida, mandona e indecisa hermana. En varias ocasiones estuvo tentado de agarrarle la mano por debajo de la mesa, ansioso por volver a tocarla

aunque fuera de un modo tan superficial; no obstante, se contuvo para no alertar a su hermana.

Lis parecía no sospechar nada y James pensó que igual Emma prefería contarle la verdad en privado o tal vez evitar el tema, porque o mucho se equivocaba o su entrometida hermana también la había acosado a ella para que lo llamara y le pidiera una cita. Lis no tenía tacto y, cuando se empeñaba en algo, insistía hasta ganar por cansancio.

Por lo que la idea de cenar con ella se volvía cada vez más necesaria, se dijo. Tenían que reescribir su historia. Confabularse para que ninguno de sus hermanos llegara a sospechar la verdad de lo ocurrido entre ellos.

Al final, cuando se levantaron para marcharse, la jugada no había salido tal y como él esperaba; sin embargo, era un comienzo: al día siguiente cenarían los cuatro en casa de Lis, ya que después de tenerlos casi dos horas enseñándoles muestras y más muestras de invitaciones de boda, la futura novia había sido incapaz de decidirse por ninguna. «Típico de Lis», pensó, pero, al menos esta vez, a él le venía perfecta su indecisión.

Al día siguiente tendría la oportunidad de hablar con Emma en privado, aunque fuera al terminar la cena. Algo era algo y, después de todo, la fortuna le había sonreído.

Capítulo 4

Echase las cartas a uno mismo estaba desaconsejado en todos los manuales de tarot a los que Megan había acudido y, teniendo en cuenta la gran cantidad de libros que poseía sobre el tema, la fuente de consulta había sido amplia.

No obstante, si su temperamento se caracterizaba por algo era, precisamente, por saltarse las reglas e inventarse las suyas propias.

Por ello centró toda la atención en barajar las cartas, esforzándose por vaciar su mente de todo lo que no fuera Patrick, su aburrido compañero de trabajo en el Geoffrey Chaucer, el colegio en el que ambos impartían clases. De hecho, resultaba tan formal que Megan era incapaz de comprender por qué la atraía tanto. Tanto como para arriesgarse a provocar un cataclismo mundial al echarse la carta a sí misma. Tanto como para que le temblaran las manos mientras colocaba los naipes en la mesa formando la cruz celta.

Sin duda, la culpa de que se sintiera tan atraída por él era de su cuerpo, de los músculos que se le marcaban a través de las serias camisas que siempre vestía, de lo anchos que eran sus hombros, de cómo inclinaba la cabeza para hablar con ella, mirándola desde arriba... «¡Mala idea!», se recriminó, enfadada consigo misma. Recurrir a la imagen mental de Patrick era la peor idea que había tenido en meses. Por culpa de su musculoso cuerpo ahora estaba más nerviosa que antes.

—¡Megan, céntrate! —se dijo, en voz alta—. Te ha fallado el horóscopo, tu respuesta está en las cartas.

Tenía que relajarse o la tirada no serviría para nada. Respiró hondo varias veces y comenzó a darles la vuelta a las cartas que había extraído del mazo: la rueda de la fortuna, los enamorados, de momento todo iba de maravilla; sonrió, encantada con las posibilidades. La muerte... Aunque sabía que esa carta no significaba que nadie fuera a morir realmente, que

apareciera en una tirada relacionada con el amor le trastocó todas las esperanzas que había puesto en encontrar las respuestas a las preguntas que no se atrevía a formular.

Por ello, y sin pensar mucho en lo que hacía, de un manotazo deshizo la cruz celta y se dispuso a guardar las cartas del tarot, envolviéndolas en el paño rojo con el que las protegía de las malas vibraciones.

—Preguntas, preguntas... —murmuró entre dientes—. Si quieres saber la respuesta, lo mejor es hacer las preguntas a las personas indicadas —se dijo, con determinación—. ¡No seas cobarde!

Resuelta a seguir su propio consejo, cogió el móvil, que había dejado junto al mando de la televisión, y buscó en la agenda el número que pretendía marcar. Sin embargo, antes de llegar a la «P» se detuvo en la «E», tentada a recurrir a su mejor amiga en busca de un poco de sentido común. No era un secreto, para cualquiera que las conociera, que la de las ideas locas era Megan, mientras que Emma era la voz de la razón. Quizá eso era lo que hacía que su amistad fuera tan profunda y duradera.

—Megan, sé valiente —se animó, dejando atrás la «E» para llegar hasta la «P».

Pulsó el icono verde del teléfono y esperó, decidida a olvidarse de las cartas y a preguntar directamente a la única persona que tenía la respuesta.

Una conocida voz respondió antes de llegar al cuarto tono.

—Hola, Megan, ¿sucede algo? —inquirió con un deje de preocupación en la voz.

—Nada, ¿por qué tiene que pasar algo?

—Porque me has llamado —apuntó Patrick, usando la lógica.

Durante unos segundos, Megan, la misma mujer que había dejado a su amiga sola en un pub con la única intención de emparejarla con un moreno de ojazos azules, se quedó sin respuesta. La misma Megan que manejaba a sus alumnos como si fueran cachorritos amaestrados... «¡No puede ser! ¡Reacciona! ¿Qué narices me pasa con Patrick? ¿Por qué me dejo intimidar por un tipo soso como él?», se preguntó a sí misma, todavía sin contestar a la pregunta de su interlocutor.

—Para invitarte a cenar, ¿para qué iba a ser, si no?

En esa ocasión fue él quien tardó en responder. Tanto que Megan no supo si se había desmayado por la impresión. De hecho, tuvo que morderse la lengua con fuerza porque la imagen de Patrick, con todo lo grande que era, despatarrado en el suelo y la tensión del momento le

dispararon la adrenalina y a punto estuvo de ponerse a reír a carcajadas.

—En ese caso, acepto. —Y añadió, para que no quedara ninguna duda —: Encantado.

Dispuesta a tener la última palabra, Megan hizo gala de su genio y dejó caer con fingida seguridad:

—No esperaba menos de ti.

Capítulo 5

«Soy patética», se dijo Emma enfadada al ver a través del espejo la cantidad de ropa que había esparcida por el dormitorio. Después de vaciar el armario casi completamente, optó por unos vaqueros pitillo, unas botas altas y un jersey de cuello de pico de color lavanda que acentuaba sus curvas y resaltaba el extraño color de sus ojos.

Miró el reloj; en ese momento no tenía tiempo de recoger el desastre de ropa diseminada por todas partes. Cruzó los dedos para que la suerte no le sonriera porque, si tenía que pasar nuevamente algo entre ella y James, estaba claro que su desastroso dormitorio no era una opción viable.

En otro extremo de la ciudad, James barajaba varias opciones: lanzarse sobre Emma en la cena o ser sutil y acorralarla para que no tuviera más narices que aceptar salir con él. Si bien la idea de lanzarse era la que más lo motivaba, terminó decantándose por la segunda; tampoco era plan de asustarla antes de tiempo.

Emma llegó a casa de su hermano tan puntual como siempre y, por la mirada burlona que le lanzó Matt, era más que evidente que Lis no había podido mantener la boca cerrada. Y o bien le había contado el encuentro en la cafetería o bien se lo había contado todo. Decidió hacerse la tonta y aguantar el chaparrón con elegancia. Estaba segura de que su hermano se pasaría la cena lanzando pullitas que harían que se ruborizara y que fuera incapaz de mirar a James a la cara. Una cosa era pasar la noche con un hombre y otra que fuera vox populi hasta para su propio hermano.

James cruzó los dedos e invocó a la suerte mientras esperaba encontrarse con Emma antes de entrar en casa de Lis, pero, después de diez minutos helándose el trasero, se decidió a llamar y, tal y como había

temido, la pelirroja ya estaba dentro, ayudando a poner la mesa con una magistral sonrisa en sus carnosos labios.

Tuvo que desviar la mirada, porque estaba muy cerca de reventar los pantalones a la altura de la cremallera.

Huyendo de ella, se metió en la cocina; al llegar notó el olorcillo que provenía de una de las ollas y sin necesidad de preguntar supo que había sido Matt el encargado del menú de la cena, ya que la carta de Lis era bastante escueta, y contenía sólo platos hechos con microondas, es decir, descongelar y calentar.

—El olor de la comida es delicioso, Matt —comentó, tendiéndole la mano a su cuñado.

El aludido sonrió a modo de respuesta.

—¿Por qué supones que ha cocinado Matt? Ni siquiera has preguntado —se quejó una Lis muy ofendida.

—Ya lo he dicho al entrar. Porque huele bien —insistió, ganándose las risas de Matt y de Emma y una mirada matadora de su hermana.

El resto de la velada transcurrió animada y tranquila, a excepción de varios comentarios misteriosos que Matt hizo a Emma y que dejaron a James descolocado y con la seguridad de que se estaba perdiendo algo importante; lo que no lograba adivinar era de qué se trataba exactamente.

El momento álgido de la noche fue cuando salió el tema de la despedida de solteros; mientras las mujeres abogaban por una despedida sólo para chicas, los hombres defendían una macrofiesta conjunta en algún pub donde hubiera una sala vip que poder alquilar.

—¿Qué tenéis en mente que no podemos hacerlo juntos? —preguntó el novio perspicaz, mientras paseaba su mirada acusadora por las mujeres.

Lis enrojeció, y fue Emma la que tuvo que contestar, intentando aguantarse la risa que le provocaba la actitud celosa de su hermano; parecía que las tornas se habían cambiado y ahora era ella la que tenía la sartén por el mango.

—Ya sabes, lo típico: cena, unos cócteles, un estríper completamente depilado y sexi...

—¡Em! —fingió escandalizarse Lis—. Ya sabes que no me gustan esas cosas. —Pero sus quejas resultaron poco convincentes.

—¿Sabéis qué? —interrumpió Matt cada vez más cabreado—, casi prefiero que dejemos de hablar del tema. Está empezando a darme acidez

la comida.

—Sí, será mejor dejarlo —lo apoyó James, a quien, por alguna razón, la idea de imaginárselas babeando por un bailarín desnudo le cambió de golpe el humor.

A la hora del café, Matt y Lis no les permitieron recoger los platos, momento que aprovechó James para olvidar sus opciones y acorralarla junto a la cadena de música, donde seleccionaba de una pila de cedés el último trabajo de Coldplay y lo ponía al volumen justo como para poder mantener una conversación y disfrutar de la música al mismo tiempo.

James no pudo resistirse a tocarla. Tenía ganas de volver a abrazarla desde que la había visto en la cafetería, por lo que la aplastó contra la pared con las caderas y le rozó la mandíbula con las yemas de los dedos. Su piel era cálida y muy suave. Viéndola de cerca y con luz, se dio cuenta de las pecas que adornaban su nariz y que le daban un aire aniñado e inocente; también le llamó la atención el poco maquillaje que llevaba, apenas una máscara que oscurecía sus doradas pestañas y un brillo rosa fresa que contribuía a que se le hiciera la boca agua al pensar en besarla. Cuando pudo dejar de tocarla, le susurró con la voz ronca por el deseo de dejarse llevar:

—Hola. —Lo dijo lo suficientemente cerca para que ella sintiera su cálido aliento en la mejilla—. Por fin he podido saludarte como corresponde —añadió sonriendo con picardía.

A Emma el corazón le bombeaba descontrolado, debido a la mezcla de pánico a que los pillaran y al deseo que le despertaban sus caricias.

—Hola —respondió en el mismo tono susurrante.

El sonido de platos en la cocina dejó de oírse, por lo que rápidamente se separaron.

Como si hubieran sospechado lo que ocurría, Lis y Matt aparecieron haciendo el suficiente ruido como para que fueran conscientes de su inminente entrada en el salón. De forma inesperada, a su hermano le dio un fuerte ataque de tos.

Eso y los comentarios de Matt deberían haberle dado una pista a James de que todos sabían lo que había entre ellos, pero el susodicho estaba demasiado pendiente de la pelirroja como para darse cuenta de nada de lo que se cocía a su alrededor.

Emma sonrió y agradeció que James no supiera que su secreto no era

tal; de lo contrario, se habría muerto de vergüenza allí mismo. Las sutilezas no formaban parte del carácter de los Ewing y estaba claro que Lis había adoptado sus maneras antes incluso de pertenecer oficialmente a la familia.

No volvió a haber más contacto durante la cena, a excepción del tímido roce de sus rodillas cada vez que se estiraban para coger algo de la mesa que les quedase lejos.

Emma aprovechó la noche para aprender más sobre el carácter de James, la forma en que miraba a su hermana o cómo la pinchó cuando le dijo a Matt que la cena estaba deliciosa, a lo que Lis preguntó que cómo sabía que había sido él el cocinero y no ella, puesto que los dos habían ido juntos a clases de cocina. James se carcajeó a gusto cuando comprendió que su hermana lo preguntaba totalmente en serio.

Su relación era tan estrecha y amistosa como la que tenían ella y Matt. James parecía encontrar divertidísimos los defectos de su hermana, Matt los ignoraba y Emma convivía con ellos. Así que la noche fue como siempre que se juntaban los tres, sólo que con un invitado guapísimo más.

Emma descubrió que, al igual que ella, prefería el café al té; que cuando se ponía nervioso, se mordía el labio inferior, y que hablaba sin parar de casi cualquier cosa que le interesara.

Al finalizar la cena y mientras hacían sitio para el café, el tema se centró en las invitaciones para la boda. Después de muchas vueltas y de varias votaciones, al fin la decisión fue unánime y se seleccionó la tarjeta definitiva un elegante y sobrio membrete con tacto de terciopelo que tenía un único detalle en un extremo con varios pétalos de rosa naturales en tonos rosados.

Charlando y riendo, disfrutaron de la sobremesa. A la hora de irse, Emma se lamentó íntimamente por haber ido hasta allí en su coche. Su necesidad de que la llevaran a casa hubiese sido la excusa perfecta para pasar un ratito más con James. El recuerdo del desastre que en ese momento era su dormitorio apaciguó un poco su malestar por no haber sido previsora.

Se despidieron de sus hermanos y, nada más cerrar la puerta, James acercó la mano a su cara y, mirándola a los ojos, le apartó un mechón rebelde que se le había escabullido de la coleta. Emma, intentando escapar

de la intimidad de su tacto, le puso la mano sobre el pecho, mientras le advertía en un susurro:

—Mejor será que no, estoy segura de que nos están observando por la ventana —lo avisó sonriendo.

—¡Está bien!, tengo la sensación de que me he perdido algo ahí dentro —dijo contemplándola y alzando la ceja—. ¿Me lo cuentas? —pidió con la mirada clavada en su boca.

Emma perdió el hilo de sus pensamientos ante aquella mirada sensual y posesiva.

—¡Hum! James, lo siento mucho. Es culpa mía, pero tienes que entender que Lis me acorraló y que no pude negárselo, me amenazó con enseñarte una fotografía mía —se quejó ella.

—¿Y cómo se enteró? —preguntó, atrapando su mano entre las de él.

—Me parece que eso es cosa tuya. Vino a casa el domingo, después de la comida de compromiso, a la que tú asististe y yo no. Piensa qué le dijiste para que atara cabos tan pronto, pues cuando vino a verme ya llevaba la idea en la cabeza y no se me ocurrió cómo negárselo y resultar convincente —le explicó.

James estalló en risas, «¡Pobre Emma!», sin duda se había visto en un buen aprieto ante las preguntas comprometidas de Lis.

—Mi hermana es bruja, tiene poderes, no tengo otra explicación. Venga, vamos —propuso mientras cogía su otra mano con firmeza y tiraba de ella con delicadeza para alejarla de las miradas indiscretas de Matt y Lis.

Caminaron varias calles antes de pararse por fin, seguros de que habían dejado atrás a los fisgones.

—Esto es seguro —afirmó en tono confidencial, aunque parecía divertido por la situación—. Mañana cenarás conmigo, no acepto una negativa —avisó—. Iré a buscarte a las seis. —Mientras sacaba su iPhone, añadió—: Anótame tu dirección.

—Eres muy mandón —se quejó Emma con una mano posada en su cadera.

—Ya deberías saber cuánto —replicó mientras le alzaba la cara con dulzura para que lo mirara y besarla suavemente.

Emma sintió que sus rodillas dejaban de sostenerla; se agarró a los fuertes brazos que la rodeaban y se perdió en el beso, en esa calidez que transmitía su cuerpo. Se dio cuenta de que sería muy fácil acostumbrarse a

él, a su contacto, a su sabor... El frío de la noche se instaló de nuevo en ella cuando se separaron.

—Tengo que irme —murmuró a la defensiva ante sus propias reacciones frente a ese hombre. Una cosa era disfrutar del sexo y otra era obsesionarse con él.

¡Dios! Llevaba días soñando con James y recordando cada minuto de los que había pasado en su compañía. Necesitaba tomarse las cosas con más calma, sobre todo teniendo en cuenta lo que ese hombre conseguía despertar en su cuerpo con un dulce beso, casi casto.

—De acuerdo, pero te acompaño al coche —sentenció tajante.

—Lo dicho, eres muy mandón —bromeó Emma.

Como si fuera la cosa más natural del mundo, James la cogió de la mano. El estómago de Emma dio un vuelco, como si hiciera años, en lugar de minutos, que no había comido.

Caminaron en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos: Emma, en lo fácil que le resultaba estar con él y en lo peligroso que era tenerlo cerca, y James, en lo genial que habría sido su existencia si no hubiese conocido a Claudia, o si Emma se hubiese cruzado antes en su vida. La conexión que tenía con Emma era tal que sabía con total seguridad que era una mujer auténtica, incapaz de fingir sentimientos que no sentía.

—¿Sabes?, no es tan tarde como para tener que irse a casa —comentó con una mirada esperanzada—. Apenas son las ocho y media, ¿te animas a tomar el último café conmigo?

—¿Puede ser un té? —bromeó Emma—. Esta noche me gustaría dormir un poco.

—Una pena que tengas intención de dormir... —la pinchó él con una sonrisa traviesa.

—¡James!

—Por supuesto, un té. Aunque, si cambias de idea respecto a lo de dormir, siempre puedes buscarme —dijo con una sonrisa pícaro y sensual—. Sígueme en tu coche —ordenó.

—¡Qué mandón eres! —volvió a quejarse Emma con una sonrisa.

—Pero te gusto, no me lo puedes negar —replicó al tiempo que esbozaba la sonrisa más brillante que Emma hubiese visto nunca.

«No sabes cuánto», se dijo a sí misma.

Capítulo 6

Tal y como James había sugerido, Emma lo siguió en su propio coche, por lo que no supo adónde se dirigían hasta que llegaron al Pierre's Coffee, la misma cafetería en la que habían desayunado Lis y ella el día anterior y en la que ésta había propiciado el reencuentro entre los dos. Por si le quedaba alguna duda, que no era el caso, Lis le había confirmado su treta, al comentar la genialidad con la que había organizado el reencuentro, sobre todo porque lo había mantenido en secreto hasta para la propia Emma, no fuera que en un arranque de cobardía se negara a ir y estropear la fiesta. Sonrió al recordar la cara de satisfacción de su cuñada; la pobre creía que no había descubierto su truco en el mismo instante en el que vio a James allí.

Cuando aparcó, éste ya estaba esperándola para abrirle la puerta del vehículo. A pesar del frío, solamente llevaba un jersey azul marino de lana y unos vaqueros desteñidos; su abrigo descansaba sobre el asiento del copiloto. Remataban su atuendo unas botas de montaña, que aunque limpias estaban desgastadas por el uso. Eso provocó que Emma se preguntara si sería aficionado a la escalada o a algún deporte de ese tipo, porque era evidente que hacía deporte, nadie tenía un cuerpo tan musculado por mucho que la genética le sonriera.

Se sentaron a la mesa más alejada de la entrada de la cafetería, donde había más intimidad y se notaba más el calorcito de la calefacción. Acababan de acomodarse cuando la mujer de Pierre se acercó y habló con James con un marcado acento francés. «Al parecer es cierto que el café es francés», pensó Emma, divertida por el hecho de haber terminado en pleno centro de Londres junto a un escocés y una francesa.

Minutos después, la misma mujer, una rubia pequeñita con el pelo por los hombros y las mejillas regordetas, llegó con un servicio de té y un platito con diversas pastas, que, a pesar de la hora, desprendían un

exquisito olor a recién hechas. Lamentablemente Emma estaba tan llena que fue incapaz de probarlas. O quizá fueron los nervios los que le impidieron dar cuenta de las pastas. En cualquier caso, no hubo problema porque James se ocupó de ellas en un santiamén.

—Bueno, ¿quién empieza? —preguntó de repente muy serio.

—¿Qué hay que empezar? —inquirió ella mientras daba vueltas a su té con dos terrones de azúcar y mucha leche. Una bebida lo bastante camuflada como para no notar el sabor del té.

—El cuestionario. Ya sabes, para conocernos mejor y descubrir nuestros secretos —explicó James más concentrado en sus ojos que en lo que estaba diciéndole.

—Nunca he hecho algo como esto, normalmente conozco a la gente poco a poco —dijo Emma riendo.

—Creo que en ese aspecto nosotros hemos comenzado del revés. —Alzó las manos como para detener una imaginaria protesta por parte de Emma—. ¡Ojo, que no me quejo!

Emma se sonrojó al leer entre líneas lo que James había querido decir.

—Además, será divertido. ¿No te gustaría jugar conmigo? —la pinchó él sin borrar la sonrisa de sus labios.

—Puede resultar interesante. De acuerdo, empiezo yo. ¿En qué trabajas? —se lanzó ella.

—Qué decepción, Emma, esperaba que fueras más original —bromeó—. Pues básicamente me dedico a escribir. Colaboro en varios periódicos nacionales e internacionales y he publicado alguna que otra cosa. —Emma notó que era reacio a hablar más del tema—. Me toca —comentó—. ¿*Piercings*, tatuajes, marcas de nacimiento...?

Emma se puso a reír, pero le contestó provocadora.

—Eso ya deberías saberlo.

—Cierto, era para romper el hielo —sentenció él, pasándose la lengua por el labio inferior.

—Siguiendo tu estilo, ¿alergias, fobias...?

—Ninguna alergia y ninguna fobia, a no ser que cuente como fobia mi odio visceral a las manzanas.

—¿A las manzanas? —Se quedó tan pasmada por la ocurrencia que tuvo que confirmar que había oído bien.

—Sí, ya sabes, la fruta prohibida y esas cosas, la encargada de

mostrarle a Newton la gravedad, la culpable de que nos echaran del paraíso...

—Estás bromeando —sentenció Emma.

—Te prometo que no, no puedo soportarlas; con sólo olerlas, me dan náuseas. Aunque no sé si cuentan como fobia, así que puedes catalogarlo como manía. Además, como fruta está sobrevalorada, demasiadas portadas de novela la tienen como protagonista... Por no hablar de perfumes, cuentos...

—¡Dios, qué lástima, y yo que creía que iba a poder tentarte! —Y su sonrisa por poco dejó a James sin aliento.

Éste alargó el brazo y le cogió la mano que ella tenía apoyada sobre la mesa, le dio la vuelta con delicadeza y comenzó a trazar círculos sobre su palma al tiempo que comentaba:

—Estoy dispuesto a comer todas las manzanas que hagan falta para que tú me tientes. —Y su voz sonó tan provocadora que Emma sintió que se le erizaba el vello de la nuca y se le ablandaban las rodillas.

Durante unos segundos, se quedó aturdida por lo ronca y sensual que había sonado la voz de James al pronunciar aquello más que por el significado en sí. Entre el contacto de sus dedos en la palma de su mano y las palabras cargadas de sensualidad, Emma suspiró silenciosamente, al tiempo que se planteaba la posibilidad de huir del magnetismo que James desprendía con cada gesto.

Temeroso de precipitar las cosas, James retomó la conversación cambiando de tema.

—Cuéntame, ¿alguna manía, fobia, alergia...? —le dijo preguntando lo mismo que le había dicho Emma.

—Muchas manías, ninguna fobia y nada de alergias.

James movió la cabeza instándola a continuar.

—A ver, alguna manía que se pueda contar y que no sea muy embarazosa... —comentó mientras se frotaba la sien y pensaba—. Veamos, siempre empiezo los periódicos por el final y, si un libro me gusta, si me parece interesante, a las cincuenta páginas, más o menos, me lanzo de cabeza a leer la última. Al parecer la paciencia no es lo mío —dijo tomándole el pelo—. Ah, y también suelo hablar conmigo misma. A veces en voz alta.

James ocultó su sonrisa ladeando la cabeza.

—¿Algún otro defecto que tenga que conocer? —le siguió el juego.

—Prefiero el café antes que el té —confesó.

—¿Eso es un defecto? —Y sus ojos reflejaban su desconcierto.

—Créeme, es un defecto. En Inglaterra preferir el café al té se considera casi antipatriótico, están planteándose hacerlo también ilegal.

—Qué extraños sois los ingleses —dijo él arrugando la nariz—. Pero, ahora de verdad, ¿algún defecto jugoso, de esos que pagarías para que no se descubrieran?

—Ninguno, soy casi perfecta, excepto por esos pequeños detalles del té y la impaciencia —comentó riendo—. Lo de las charlas conmigo misma ni siquiera llega a ser un defecto, sino más bien una excentricidad.

—Vaya, creo que he encontrado otra de tus virtudes: eres extremadamente modesta. —la acusó, riendo.

—Ya te lo he dicho, soy casi perfecta. ¿Y qué me dices de ti? ¿Algún defecto que debería conocer?

—A ver, déjame pensar... No, creo que yo tampoco tengo defectos, pero no se lo preguntes a Lis, o te hará una lista detallada de ellos, y ya sabes lo exagerada que es mi hermanita —se justificó guiñándole un ojo.

—Tampoco tanto —se quejó Emma, aunque en su fuero interno estaba totalmente de acuerdo con la descripción de su cuñada.

—No, en realidad es más que exagerada, es lo siguiente... Si no fuera porque ya conoces a mi hermana, te habría mantenido alejada de ella hasta tenerte completamente loca por mí. Así me habría ahorrado verte salir corriendo cuando a ella le diera por enseñarte fotos de nuestra infancia o cuando te contara cómo esquilé a su gato cuando tenía siete años.

—¿Esquilaste a su gato? —preguntó entre asombrada e indignada.

—Bueno, mi abuelo lo hacía con las ovejas, y su gato tenía tanto pelo como ellas... Pensé que mi abuela le tejería una bufanda a Lis con el pelo, ya sabes, como las que llevaba mi madre.

—¿Te refieres a una estola? Ja, ja, ja, ja, ja, ja, creo que voy a evitar presentarte a mi gata. Es persa, tiene mucho más pelo que las ovejas de tu abuelo y quiero que siga manteniéndolo. Lo mío no son las estolas —le dijo juguetona.

—Te prometo —repuso él levantando la mano como si jurara— que tu gata estará a salvo conmigo. Ya he abandonado el oficio de esquilador, no estaba bien pagado, pero sobre todo lo dejé debido a mis clientes; al parecer no quedaban lo bastante satisfechos con mi trabajo —dijo completamente serio.

—¿Has ejercido algún otro oficio que deba saber?

James descubrió lo sensual que podía ser una mujer con un mechón de cabello en las manos.

—Nada extraordinario. —Un destello en sus ojos atrajo su atención. James trataba de ocultarle algo.

—¡No me lo puedo creer! Organizas el juego y luego te rajas. Me estás ocultando información y eso es hacer trampa.

James palideció. «¿Por qué todas las mujeres de mi vida tienen que ser tan perspicaces?», se dijo.

—De acuerdo. Te lo diré. Cuando estaba en la universidad, para sacarme algún dinerillo extra, trabajé de modelo.

—¿Y eso es lo que no querías contarme? —No podía ser tan modesto como para que le diera vergüenza haber sido modelo.

—Fui modelo de pintura. Posaba desnudo. Hasta que mi madre se apuntó a la clase y... No hagas que te lo cuente, por favor —suplicó, y realmente lo decía en serio. Emma se apiadó de él y, cuando por fin pudo parar de reír, lo tranquilizó diciendo que ya sabía más que suficiente sobre el tema.

Emma se dio cuenta de que, cuando estaba con él, el tiempo pasaba tan deprisa que casi no se percataba de ello. Los clientes habían ido abandonando la cafetería mientras ellos seguían allí riendo y bromeando en la pequeña burbuja que habían creado. A las diez tuvieron que marcharse porque Pierre quería cerrar y ya había alargado la hora del cierre por deferencia hacia uno de sus mejores clientes.

James se despidió con un cálido y casto beso en la mejilla, aunque su mirada prometía otra clase de besos diferentes a los que le había dado, y Emma se preguntó por qué esta vez no la había besado de verdad. ¡Genial! Iba a pasar toda una noche en vela porque James había decidido ser caballeroso y despedirse con un fraternal beso en la mejilla.

Lo que Emma no sospechaba era que James había evitado besarla precisamente para no pasar la noche en vela dando vueltas en la cama y deseando todo lo que ella estuviera dispuesta a ofrecerle, ya que estaba seguro de que, si volvía a probar sus dulces labios, iba a ser incapaz de conformarse y dormir solo como un niño bueno.

Lamentablemente el deseo insatisfecho los desveló más de lo que lo habría hecho el añorado beso.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Emma, a pesar de lo que le había costado conciliar el sueño, aprovechó al máximo esas pocas horas de descanso y en esos instantes era capaz de verlo todo en perspectiva. Había olvidado las dudas sobre las intenciones de James y disfrutaba de los recuerdos de la última noche.

Cuando llegó a la oficina, estaba tan ensimismada pensando en sus ojos azules y en su atractiva sonrisa que casi tiró al suelo a su sobreexcitada secretaria.

La pobre Carol andaba en sus cosas, pero salió del trance en el que estaba en cuanto vio a Emma y supo que, por fin, podría descargar sus males con alguien. Emma era la encargada de darles sentido a sus ataques de pánico. La pelirroja la ayudaba a razonar sobre lo que le preocupaba y entonces Carol volvía a ser la misma secretaria entrometida y cotilla, eficiente y leal que solía ser cuando el sentido común no la abandonaba.

—¡Emma, por fin llegas! —gimoteó la mujer—. No sabes la última que nos ha hecho mi Katie —dijo, sin darle tiempo a su jefa a responder o a quitarse el abrigo—. Con quince añitos recién cumplidos y ayer mismo mi Peter y yo nos la encontramos venga a besuquearse en el sofá de casa con el vecino de al lado, ése de las greñas que siempre va de luto —continuó como si fuera obligación de Emma saber de quién le hablaba—. No, no pongas esa cara. El vecino tiene ya diecisiete años y a ver si te crees tú que se iba a conformar sólo con unos besitos. Si no hubiéramos llegado Peter y yo antes de tiempo de casa de mi pobre madre enferma, me habría encontrado con que mi Katie ya no era virgen. ¡Dios, qué desgracia! No sé qué hacer con ella.

Emma intentó aguantar la compostura y no reír, porque era consciente de que, para Carol, el tema era peliagudo, pero estaba tan acostumbrada a sus exageraciones que, si no se tomaba sus neuras a risa,

habría terminado despidiéndola o tirándola por la ventana. Con más probabilidad lo segundo.

—Pero, Carol —intervino cuando por fin la mujer le permitió hablar—, ¿de verdad crees que si Katie quisiera dejar de ser virgen lo haría precisamente en tu sofá del salón, arriesgándose a que Peter o tú la descubriréis? Probablemente no había nada más detrás de lo que viste. Unos simples besos entre dos adolescentes que se gustan y que están descubriendo el sexo.

—Te aseguro que no había nada simple en los besos que vi, Emma.

—No seas exagerada, Carol. Con quince años seguramente estaba experimentando, nada más.

—¿De verdad lo crees o sólo lo dices para contentarme? —preguntó la angustiada mujer.

—Por supuesto que lo creo. ¿Cuándo he dicho yo algo que fuera mentira para contentarte? Tu hija está en la edad de descubrir el sexo, pero es demasiado inteligente como para precipitarse. Y apuesto a que no entra en sus planes perder la virginidad en el sofá de casa de sus padres. Estoy segura de que lo que viste no eran más que unos besos.

—Gracias, cariño —dijo mientras la abrazaba—, menos mal que estás tú para darle un poco de sentido común a mi vida. Mi pobre Peter es tan exagerado como yo, así que, si no fuera por ti, ya me habría vuelto loca con tantos problemas sobre mis hombros. —Abandonó el despacho haciendo aspavientos y repitiendo frases sobre lo comprensiva que era y lo afortunado que era su marido por tener una esposa como ella.

Emma sonrió pensando en el pobre Peter, que no decía una palabra más alta que otra para no estresar a su mujer. Apenas despejaba los labios. Las únicas veces que lo había visto un poco más animado era en las cenas de Navidad de la empresa y gracias al vino que se servía. Era un hombre bajito y con entradas. Para desgracia del pobre Peter, su corta estatura se hacía más evidente cuando estaba junto a Carol, que nunca se bajaba de sus andamios de diez centímetros de tacón. Definitivamente eso era el amor y lo demás meros sucedáneos que no estaban a la altura.

Pasó la mañana aceptando o denegando propuestas de edición en la sala de reuniones, pero, al llegar a su despacho, por primera vez en mucho tiempo, en cuanto vio su mesa repleta de cosas pendientes no se lanzó en picado a intentar resolverlas, sino que se tomó sus buenos quince minutos para disfrutar del sabroso café que preparaba su secretaria, y para

llamar a Megan y contarle las últimas novedades. Estaba a punto de colgar cuando su amiga la sorprendió con una pregunta inesperada.

—Emma, ¿crees que debería tomar clases de yoga?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada. Es que últimamente tengo la sensación de que necesito relajarme. Ya sabes... tomarme las cosas con más calma. Pensar antes de actuar y eso...

—Ahora sí que vas a tener que contarme lo que te ha sucedido. No es justo que yo te haya puesto al día de lo ocurrido en mis últimas horas y tú lo mantengas en secreto —se quejó. Tenía la sensación de que a Megan le preocupaba algo.

—No te preocupes. Es que he leído que el estrés estropea la piel.

—Es cierto. Creo que yo también lo he oído —aceptó, aunque seguía con la sensación de que había algo más.

Cuando colgó el teléfono volvió a posar la mirada sobre su mesa atestada de documentos y decidió que lo mejor era tomarse el día con calma, no quería que su piel se resintiera por el trabajo o el estrés. Esa noche cenaba con James, era su primera cita oficial y tenía que estar perfecta o, al menos, parecerlo.

James se presentó a las seis en casa de Emma y ésta cayó rendida a sus pies por tres razones: la primera, estaba tan guapo y olía tan bien que casi se desmayó cuando lo tuvo delante; la segunda, antes siquiera de saludarla con palabras, la agarró por la cintura y le dio un beso que hizo que sus rodillas tuvieran que esforzarse al máximo por sostenerla, y la tercera, mantuvo su palabra y no intentó esquivar a la gata.

Mientras ella recogía su bolso y el abrigo, él se sentó en el sofá y empezó a jugar con el animal como si se conocieran desde siempre. Igual de sorprendente fue la reacción de la gata, que parecía encantada con sus caricias, algo extraordinario ya que de por sí era muy arisca con los desconocidos.

James también tuvo su dosis de tensión cuando se fijó en la forma en que el vestido azul oscuro marcaba las curvas de su cita y resaltaba sus ojos violeta. Tampoco lo ayudaba a calmarse el hecho de que, subida en

aquellos taconazos, su boca estuviera a la altura perfecta para que la suya la asaltara a placer.

Había fantaseado con quitarle el vestido desde que le abrió la puerta; por esa razón se le escapó un gruñido al verla ponerse el abrigo que, aunque entallado, ocultaba el cuerpo que se moría por volver a acariciar.

Al verlo mirándola con esa intensidad y ese brillo hambriento en los ojos, Emma estuvo tentada de proponerle que se olvidaran de la cena y se quedaran en casa los dos tranquilos; quizá podían ver una película mientras comían palomitas y después... Lo que fuera que llegara después.

Pero decidió que eso era ser muy directa, y que todavía no lo conocía lo suficientemente bien como para arriesgarse tanto. Porque era más que evidente que James entraba en la categoría de hombres con los que era imposible no acabar perdiendo la cabeza y alguna cosa más...

Durante el trayecto al restaurante, James aprovechó cada semáforo para tocarla con cualquier excusa o simplemente para cogerle la mano. Cada vez que sus dedos la rozaban, tenía que reprimirse para no suspirar; ese hombre sabía cómo tentar a una mujer con una sola caricia. Emma se descubrió rezando para que el tráfico fuera menos fluido y sacarle todo el jugo al trayecto hasta el restaurante.

Acababan de sentarse a su mesa cuando una esbelta morena con un vestido negro ceñido y escotado, y tan corto que parecía más un cinturón ancho que un vestido, se acercó contoneándose hasta ellos.

—Hola, James. Cuánto me alegro de verte. Hacía mucho tiempo... — se limitó a decir, aunque fue suficiente para que éste perdiera hasta el color de los ojos.

—Hola, Claudia. Sí, mucho tiempo —respondió todavía aturdido por la sorpresa de volver a verla.

«Así que ésta es Claudia», pensó Emma. La tal Claudia era todo lo opuesto a ella: de piel dorada y cabello oscuro y lacio e intensos ojos negros, que no se separaban un instante de su interlocutor (¿o debería decir «su presa»?; porque lo estaba mirando como si fuera a abalanzarse sobre él en cualquier momento).

Fue entonces cuando Emma se fijó en su acompañante, que estaba hipnotizado por la belleza morena. Pareció que su mirada lo sacó de su ensimismamiento y, tal y como exigía la buena educación, presentó a las dos mujeres. Emma jugaba con ventaja puesto que sabía quién era su rival; la morena, en cambio, parecía tantear el terreno, después de que James las

presentara a ambas simplemente como amigas.

Tras los saludos de rigor, Claudia siguió ignorándola como si James estuviera solo en la mesa. Aunque, a juzgar por los puños que apretaba a los lados de su cuerpo, era incapaz de olvidar del todo su presencia. Emma se dedicó a observar la escena y a sacar sus propias conclusiones sobre el encuentro que estaba desarrollándose ante sus narices.

La pareja habló durante unos minutos, que a Emma le parecieron horas, sobre París, ciudad en la que la ex de James había estado viviendo desde que se habían visto por última vez.

Según entendió de la conversación que se desarrollaba frente a ella, el padre de Claudia era dueño de una cadena de hoteles y la niña se dedicaba a vivir en ellos por todas las ciudades de Europa cada vez que se aburría de su vida. Aunque eso incluyera dejar tirado a alguien como James.

El descaro de la mujer llegó a su punto culminante cuando le confesó a James con ojos de cordero degollado:

—¡Te he echado de menos! —dijo, componiendo una pose de vulnerabilidad que seguro había ensayado frente al espejo.

En ese instante él recordó que había salido con otra persona, otra persona sentada a la mesa que posiblemente se sentía incómoda por la situación, porque la miró durante un segundo, aunque Emma estaba segura de que ni siquiera la había visto, y respondió a Claudia con una sonrisa triste, sin palabras.

El colmo del mal gusto fue cuando doña curvas se despidió con un beso en los labios de su maldita cita.

Emma tuvo que controlar la ira, porque en ese momento hubiese sido capaz de abofetear sin remordimientos al hombre que se sentaba frente a ella por calzonazos. Y a la mujer que se alejaba triunfante, entre las mesas del restaurante, por buscona y mal vestida.

Tras el encuentro, James ya no volvió a ser el mismo. Apenas habló y miró demasiado a menudo hacia la mesa en la que Claudia cenaba y charlaba animadamente con un grupo de personas.

La complicidad que siempre había surgido de forma natural entre ellos no volvió a hacer acto de presencia. El ambiente se enrareció tanto que Emma estuvo tentada de alegar dolor de cabeza y marcharse. Se impuso la educación e intentó pasar la noche como mejor pudiera; al fin y al cabo, era una primera cita y las primeras citas siempre resultan

desastrosas, y después de todo ella ya tenía asumido que jamás sería la excepción que confirmaba esa regla.

La cosa empeoró cuando James dejó de ser consciente de su presencia. Sin hacer ruido, aunque estaba convencida de que podía caer una maldita bomba atómica a dos centímetros de su mesa y ni eso habría conseguido que él despegara los ojos de la otra, se levantó de la silla, en medio del segundo plato, cogió su bolso y se marchó, dispuesta a liársela al primero que se cruzara en su camino.

«¿Quién narices se cree que soy? ¿De verdad piensa que le voy a aguantar el desplante? No es culpa mía que él sea un baboso. Yo no se lo voy a tolerar y punto», se dijo a sí misma mientras huía a toda prisa del local.

James estaba tan ensimismado en sus pensamientos que tardó varios segundos en darse cuenta de que su pareja lo había abandonado antes del postre.

Una vez en la calle, Emma no pensaba en otra cosa que en alejarse lo más rápido posible del restaurante; fue entonces cuando se percató de que no tenía vehículo para llegar a casa; James había ido a recogerla, habían viajado en su coche. Se adentró en una de las calles del centro para evitar que él la viera si abandonaba el restaurante, sacó el móvil y a punto estuvo de llamar a Matt para que la recogiera, cuando pensó que lo mejor era no meterlos a ellos en semejante desaguisado. Por eso se decidió por Megan. Su amiga le contestó jovial. De fondo se oía música.

—¿Dónde estás? —preguntó extrañada por la risa que se adivinaba en la voz de su amiga y la música que se filtraba a través de la línea.

—En casa; por cierto, ¿cómo me llamas tan pronto? ¿No era hoy tu cita con ojitos azules? —la interrogó curiosa cuando se dio cuenta de la hora.

—Sí... Oye, Megan. No estás sola, ¿verdad? —Se llevó la mano libre a la sien, intentando despejar su cabeza.

Antes de contestar, se oyó la voz de su amiga decirle a alguien a su lado: «¿Me disculpas un momento?».

—No. ¿Sabes?, pensé que, si tú eras tan valiente como para arriesgarte, yo también podía serlo y he invitado a alguien a cenar — confesó—. No es que tuviera intención de ocultártelo, es que no tenía muy claro la clase de cita que iba a tener.

—No te preocupes por eso, pero, dime, ¿por alguien te refieres a un

serio profesor de lengua que te trae de cabeza desde que empezó a trabajar en el colegio? No sé, ¿alguien llamado Patrick, por casualidad?

—Sí, a ese alguien me refiero, pero ¿y tu cita? Emma Ewing, no intentes eludir mi pregunta —la reprendió.

—Ha sido un desastre, pero qué esperas de la primera vez, aunque estoy casi segura de que será la última. —Se calló al percatarse de que también era la primera cita de Megan—. Bueno, cariño, te dejo. Mañana te llamo.

—¡Em, espera! ¿Estás bien? ¿Estás en casa? —A pesar de estar pasándolo de maravilla, Megan estaba dispuesta a ir a ayudarla en caso de que fuera necesario.

—Estoy perfectamente y aún no he llegado a casa. Mañana hablamos con calma. Disfruta de la cena o del postre, lo que prefieras. Aunque ya sabes que yo disfrutaría de los dos.

James fue consciente de la sonrisa triunfal que asomó en los labios de Claudia cuando Emma abandonó la mesa. Jamás en su vida se había sentido tan estúpido; la actitud cariñosa de Claudia había sido simplemente para fastidiar a su acompañante, para demostrarse a sí misma, e incluso a él, que ella todavía le importaba.

La pregunta que debía hacerse era: ¿le importaba? ¿Estaba dispuesto a arriesgar lo que fuera que pudiese tener con Emma por una mujer que lo había dejado plantado sin una sola explicación?

Todavía no estaba preparado para contestar a esas cuestiones. Mientras le llevaban la cuenta, pensó en lo idiota que había sido por no salir corriendo detrás de la pelirroja; se había comportado como un imbécil. Y por lo poco que la conocía, estaba seguro de que ella se lo iba a hacer pagar muy caro. Desesperado por arreglar el entuerto que él mismo había creado, metió la mano en el bolsillo interno de la chaqueta y sacó el teléfono; por primera vez desde la aparición de Claudia, ni siquiera le prestó atención. Lo único que le importaba en esos instantes era que Emma le cogiera la llamada. No obstante, la pelirroja comunicaba.

Megan regresó al comedor, en el que había dejado a Patrick, pero su buen humor se había quedado en el dormitorio, al que había ido para hablar con Emma con cierta intimidad.

—¿Va todo bien? —inquirió Patrick en cuanto la vio entrar por la puerta.

—No estoy segura. Me acaba de llamar Emma, y me ha dejado un poco preocupada —confesó con una sonrisa triste.

—Es lógico que te preocupe tu mejor amiga —apuntó él.

Megan lo miró suspicaz.

—¿Cómo sabes que es mi mejor amiga?

—Hablas mucho de ella. Es una simple deducción lógica.

—Hablo mucho de todo —reconoció la morena.

Patrick sonrió y se encogió de hombros antes de responder.

—Sólo hay que escucharte hablar de ella para llegar a la misma conclusión que yo.

—Es posible.

—O tal vez...

—¿Sí?

—Tal vez es que yo estoy demasiado pendiente de ti.

Megan lo miró a los ojos, mientras sentía cómo su corazón se aceleraba por la emoción. Por su parte, Patrick no apartó la mirada, sino que se la mantuvo, firme. Había dicho lo que sentía y no tenía intención de echarse atrás. Ella había dado el primer paso invitándolo a cenar y, por si le quedaba alguna duda de la razón por la que había aceptado, ahí estaba su velada confesión.

—Espero que tanto como lo estoy yo de ti —dijo Megan.

—Es posible —repuso él, repitiendo las mismas palabras de ella.

Acababa de bajar del taxi cuando se encontró frente a frente con James. Estuvo tentada de darle un empujón y mandarlo a babear por la morena con viento fresco, pero optó por ignorarlo; lo rodeó mientras sacaba las llaves del bolso y continuó ignorándolo cuando él se posicionó a su lado. Sin embargo, no consiguió seguir obviándolo cuando se dio cuenta de que pretendía entrar en su casa. ¡Ah no, eso sí que no!

—¿Adónde narices crees que vas? —preguntó alzando un poco la

voz. Estaba enfadada y muy decepcionada, lo que menos quería era mantener una conversación con él.

—Tenemos que hablar —se limitó a decir James, en un tono neutro y con la mirada compungida.

—Mira, guapo, tú y yo no tenemos nada de que hablar. Así que, por favor, límitate a subirte en tu coche y a largarte por donde has venido, o mejor, regresa al restaurante y te vuelves a poner en ridículo por la mujer que te dejó tirado el día que te declaraste —le espetó indignada y rabiosa.

Armándose de paciencia, preguntó:

—¿Cómo sabes eso? —Dos segundos después de formular la pregunta se sintió estúpido; su hermana era incapaz de mantener la boca cerrada.

Emma lo ignoró y continuó con su regañina, momento que él aprovechó para colarse en su casa y cerrar la puerta tras de sí.

—Pero ¿quién te crees que eres para invitarme a cenar y luego ignorarme como si no estuviera? ¿Para actuar como si te importara y cinco segundos después olvidarte de mí porque ha llegado doña perfecta? ¿Qué soy yo? ¿Tu repuesto? ¿Un entretenimiento mientras ella se decide a volver? Y esa mujer disfrutó de tu atención y de ver cómo me ignorabas para babear por ella. ¡Dios! Ni siquiera te diste cuenta de que me había marchado del restaurante. Estabas demasiado ocupado limpiándote las babas.

En ese momento de su discurso, James percibió cómo le temblaba la voz; lo que no supo dilucidar fue el motivo: ¿era ira o dolor? ¿Inseguridad, quizá? ¿Acaso su desplante había despertado viejos recuerdos?

—Lo siento, guapito, pero conmigo te has equivocado. Sal ahora mismo por esa puerta y no vuelvas jamás. No me interesan ni los niñatos ni los masoquistas y tú perteneces a los dos grupos.

—Emma... yo... —empezó a decir James, pero ella cerró los ojos y se presionó las sienes como si le doliera la cabeza. ¿Qué narices podía decirle? Había hecho todo lo que ella le había acusado de hacer. Aun así, no quería perder la oportunidad de descubrir qué podía llegar a ser Emma en su vida. No podía creer que ese único momento de debilidad hubiera acabado con todas sus posibilidades de conocerla mejor.

—Mira, James, esto no funcionará —sentenció ella más calmada aunque todavía airada—; ni esto ni ninguna relación que empieces, nada te

saldrá bien mientras estés enamorado de esa mujer, y yo no estoy dispuesta a compartir a ningún hombre, así que lo mejor es que te marches. —Y dicho esto, abrió la puerta de la calle sin dirigirle ni una sola mirada—. Si te preocupa que vaya a contarle a Lis lo que ha sucedido esta noche, puedes estar tranquilo, esto es entre tú y yo.

—Emma.

—Buenas noches, James.

No fue necesario volver a pedirle que se marchase, el gesto fue suficientemente claro. James salió por la puerta, no sin antes hacer un intento por tocarla. Alzó la mano para presionar su hombro, pero en el último momento se arrepintió avergonzado por lo sucedido en el restaurante, se dio la vuelta y se fue.

—Estúpida, más que estúpida —se lamentó Emma—. Te has dejado atrapar como una tonta y ni siquiera le gustas lo suficiente como para ser considerado contigo.

Sin embargo, a pesar de los pensamientos que la embargaban, la pelirroja no era de las que se dejaban arrastrar por la autocompasión y, mientras se desmaquillaba y se preparaba para irse a dormir, consiguió cambiar la frustración que sentía por una firme determinación. Tenía veintinueve años, un trabajo que le encantaba, y, sin pecar de presuntuosa, podía decir que era atractiva. De modo que ya estaba bien, James podía ser el primer hombre que le había gustado desde el desastre que había sido Antonio, pero no era el último hombre de la tierra. Tenía derecho a conocer a alguien especial y ser feliz, y para lograrlo estaba dispuesta a seguir el consejo de Megan y abrirse más a la gente. Una buscona mal vestida y un baboso, por muy atractivo que éste fuera, no iban a amargarle la vida y mucho menos la noche.

Se metió bajo las sábanas y encendió el devedé. Por lo menos estaban Allie y Noah, y ellos nunca le fallaban. Ésa era la clase de amor con el que una romántica empedernida como ella soñaba, un amor que superara el tiempo y la memoria.

Capítulo 8

Después del desastre con su cita y de pasarse parte de la noche viendo *El diario de Noah*, Emma estaba tan agotada que, a la mañana siguiente, se le pegaron las sábanas y no se levantó para asistir a su clase de aeróbic en el gimnasio.

Eran más de las nueve cuando la despertó Rihanna cantando que quería ser la única mujer en el mundo para su chico, la única a la que amar.

Tardó varios segundos en darse cuenta de que era su móvil lo que sonaba a todo volumen, y otros dos en recordar que ése era el tono de llamada que le había asignado a James al volver a casa tras la cena en casa de su hermano. «Voy a tener que borrar su número de la agenda», se dijo. ¡Cómo habían cambiado las cosas en tan poco tiempo!

Estuvo a un suspiro de no cogerlo, pero le pareció una actitud infantil que no iba con ella y finalmente le dio al botón verde de descolgar.

—Buenos días, James —saludó con fingida desgana, aunque su corazón latía acelerado, dividido entre lo que ese hombre despertaba en su cuerpo y lo mal que le había hecho sentir la noche anterior.

—Hola, Em, buenos días. Verás, quería hablar contigo y disculparme por mi comportamiento de ayer.

—No tienes nada por lo que disculparte —lo cortó ella—. En realidad no tendría que haberte hablado como lo hice. Tú eres libre para mirar a quien te dé la gana.

—Yo no lo siento así, sé que la culpa es mía y entiendo que, haga lo que haga, no va a borrar lo que sucedió ayer. Aun así, necesito que hablemos. Incluso he traído el desayuno para sobornarte; ¿me abres? Por favor —preguntó esperanzado.

—¡Suenas como si estuvieras en la puerta de mi casa! —De repente se hallaba completamente despierta y atenta a sus palabras.

—Eso mismo —confirmó.

—¡Oh! Dame tres minutos, aún estoy en la cama —se excusó, aunque no fuera totalmente cierto, ya que en el momento en que supo que James estaba en su puerta había saltado de ella como un resorte.

No le dio la opción de responder; colgó y rápidamente se lanzó en picado al baño, se cepilló los dientes e intentó alisar sus alborotados rizos. Se regañó a sí misma por importarle tanto su aspecto, cuando todavía seguía enfadada con él después de lo que había pasado la noche anterior, pero se consoló diciéndose que su aspecto siempre le había importado, que no era por él por lo que se estaba perfumando y poniendo colorete.

Cinco minutos después, cubierta con una bata y con el aliento perfectamente mentolado, abrió la puerta de la calle. Le alegró el día ver cómo don ojazos azules la miraba totalmente complacido.

—Pasa. Por favor —lo invitó a entrar.

—Gracias —aceptó él mientras hacía malabares con las bolsas para que no se le cayeran—. No sabía qué desayunas, así que he traído de todo: café, zumo de naranja, cruasanes, dónuts, tostadas y mermelada de moras...

—Está perfecto, muchas gracias —comentó azorada—. No tendrías que haberte molestado. Habría aceptado hablar contigo aunque no hubieses traído nada —comentó sin apenas mirarlo.

Sin añadir nada más y manteniendo las distancias, lo ayudó a colocar los víveres encima de la mesa del comedor; también en silencio, fue a la nevera y regresó con la leche para el café. James no se encontraba mucho más cómodo, era consciente del error que había cometido y no sabía cómo comenzar a disculparse.

Se lanzó de golpe.

—Emma, por favor, siéntate —le pidió—, tenemos que hablar de lo que sucedió ayer. Asumo toda la culpa por lo que pasó, pero me quedé conmocionado al verla. No hace falta que te cuente la historia, Lis ya lo hizo por mí, pero necesito que entiendas que tú me gustas, mucho, y necesito que comprendas que no fue mi intención hacer que te sintieras incómoda. Ni pretendía menospreciarte. Simplemente se me fue de las manos...

—Lo sé, James —lo cortó ella—. Es evidente que todavía sientes algo por ella. Yo debería ser un poco más comprensiva —reconoció—. Pero no creo que pueda hacerlo.

—No es eso. O lo es, no lo sé. Simplemente, acepta mis disculpas y, por favor, dame otra oportunidad para que te demuestre lo genial que soy —bromeó—. Por favor... —dijo frunciendo los labios y poniendo una cara que pretendía dar pena.

Emma fue incapaz de resistirse al brillo de sus ojos y negarle la oportunidad que le pedía, a pesar de que era evidente que James no tenía claros sus sentimientos por ninguna de las dos mujeres.

—Cena conmigo una vez más. Te prometo que no te arrepentirás.

—De acuerdo, James. Pero preferiría que cenáramos en casa. No tengo ganas de ir a ningún restaurante.

—No confías en mí —apuntó el escocés—. Lo entiendo. Cenemos donde tú quieras.

Dispuesta a olvidar lo malo y a vivir el presente, llegó a su oficina con otra cara, más animada. La inesperada visita le había dado esperanzas de que quizá, y sólo quizá, James no era la clase de persona que había creído la noche anterior.

En la oficina se respiraba el ambiente típico de los viernes: la gente estaba frenética porque llegaran las tres y poder marcharse a casa. Emma, en cambio, pasó la mañana buscando información sobre su nueva autora, Melissa Moon. Le gustaba estar al día de todo lo relativo a los autores con los que trabajaba. No obstante, no encontró nada significativo más allá de una pequeña biografía y reseñas bibliográficas. En pleno siglo ^{xxi}, Melissa Moon ni siquiera tenía perfiles en las redes sociales. Y no aparecía ni una sola fotografía de la mujer en Google. Había publicado todas sus novelas en una pequeña editorial escocesa, Stonehenge Books. Y, aunque su trabajo había sido traducido a diversas lenguas, no había nada más sobre ella en la Red.

Intrigada, decidió preguntarle a William Adams, el jefe de prensa de Beating. Su despacho se encontraba dos puertas más allá del de ella. Cuando llegó, vio que la puerta estaba abierta, pero Will no estaba dentro. Se fijó en la foto que había sobre el escritorio, una preciosa muñequita de unos cinco años posaba sonriente con sus dorados rizos y los mismos ojos grises de su padre. Emma se sorprendió, no tenía ni idea de que estaba casado; tomó nota mental de preguntarle a Carol al respecto, esa

mujer lo sabía todo de todo el mundo, y se encaminó a la sala de descanso a tomar un café con la esperanza de ver si encontraba a Will allí, charlando con otros compañeros.

Tal y como suponía, Will estaba sentado en una de las mesas de la sala con una taza en la mano hablando con Nicole, una de las chicas del departamento de informática. Cuando se acercó a ellos, se dio cuenta de que iba a interrumpir algo más que una conversación entre colegas. Al parecer, Nicole estaba intentando que Will aceptara su invitación a cenar. «Al menos eso responde a mi pregunta sobre si está casado», pensó. Debía de estar divorciado, pues no veía a Nicole capaz de enredarse con un hombre con esposa, aunque, claro, tampoco la conocía tanto como para asegurarlo.

Sin ningún remordimiento, interrumpió la conversación. Se consoló pensando que lo suyo era más importante que el flirteo de la informática.

—Will, ¿tienes un minuto? —preguntó sonriente, sorprendiéndose a sí misma con su actitud coqueta.

Will nunca la había atraído de ese modo. Era un hombre encantador con el que reía y tomaba café cuando se encontraban en la sala de descanso, pero nada más. Al parecer, la actitud de James la noche anterior la había afectado más de lo que había creído, si era capaz de coquetear con un hombre para probarse a sí misma que el problema no había sido de ella.

—Para ti, siempre —bromeó él con una sonrisa amigable—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Nos vemos después, Will. Emma —se despidió Nicole, con una falsa sonrisa en los labios y toda la ira concentrada en sus ojos, que se clavaron en la espalda de la pelirroja como puñales.

«Probablemente está acordándose de toda mi familia», pensó Emma.

La misma reacción que había tenido ella cuando se encontró con Claudia en el restaurante. Perfectamente comprensible.

—¿He interrumpido algo? —preguntó con fingida candidez y un poco de inocente coqueteo—. Tengo la sensación de que lo he hecho.

—No, nada importante —se limitó a contestar él—. Tú dirás, jefa.

—Como jefe de prensa, tendrás contactos —tanteó la pelirroja.

—Por supuesto. ¿Qué quieres saber? —planteó con una sonrisa divertida en los labios.

Emma se perdió pensando que debía de tener unos treinta y cinco

años, y que su cabello dorado, con ese estilo ligeramente despeinado, le daba un aire juvenil a sus brillantes ojos grises.

—¿Perdón? Lo siento, estaba despistada —dijo volviendo a la realidad, mientras apartaba de un manotazo su flequillo.

—¿Qué necesitas que averigüe? —La miraba tan fijamente que sintió un escalofrío en la nuca.

—Verás, Melissa Moon va a publicar con nosotros una saga de cinco libros. Acabamos de firmar el contrato con su abogado; pensaba decíroslo en la reunión semanal, así que, por favor, no comentes nada todavía. He estado buscando información sobre ella y no he encontrado nada. Ni siquiera tiene página web. Me preguntaba si podrías indagar algo más acerca de ella como persona. Preferiría estar preparada para conocerla —explicó—. Si es una diva, si cumple con los plazos de entrega... esa clase de cosas.

—Dalo por hecho; llamaré a mis espías y averiguaremos todos los detalles para ti —dijo socarrón mientras le guiñaba un ojo—. En cuanto sepa algo, te cuento.

Pareció que iba a añadir algo más, pero entonces la conversación se vio interrumpida cuando Rose, la secretaria de Will, lo avisó de que tenía una llamada importante.

A las doce, Emma ya tenía encaminado el día: había organizado su agenda, tenía a Will investigando para ella y James la había sorprendido con el desayuno. La jornada no estaba saliendo tan mal como pensó la noche anterior al acostarse.

Decidió redondearlo, por lo que llamó a Meg y la invitó a comer. No le vendría mal una segunda opinión sobre lo que había sucedido en su desastrosa cita con James y, además, tenía que interrogar a su mejor amiga acerca de su misteriosa cita con cierto compañero de trabajo.

Media hora después se encontraban en el restaurante italiano que visitaban cada semana como una tradición.

Como siempre, la comida estuvo fabulosa. Meg se decidió por unos *gnocchi* al pesto, mientras que Emma se lanzó a por una *lasagna* de berenjenas que casi la lleva al clímax allí mismo, sentada a la mesa del local.

Después de almorzar, Megan la arrastró, literalmente, hasta una de las tiendas de Agent Provocateur para comprar lencería con la que seducir a Patrick. Según le explicó, su profesor era un fetichista de la ropa interior y Megan estaba dispuesta a sorprenderlo con una nueva adquisición muy pero que muy sexi.

—Sinceramente, Emma, me equivoqué por completo con él. No es nada soso. Serio sí, pero te aseguro que eso no es un problema, sino más bien una bendición. Es tan meticuloso en todo lo que hace...

La pelirroja sonrió, contenta porque al menos la vida amorosa de su amiga estuviera encauzándose.

—Me alegro, Meg. Estoy deseando conocerlo.

—Todavía es pronto para eso, pero espero que todo vaya lo suficientemente bien como para que sea posible. —Y añadió con una sonrisa soñadora—: Algún día.

Emma pensó que, ya que estaba allí, era una buena idea renovar su vestuario en esa materia, por lo que se adentró en la tienda con otros ojos. Estaba intentando decidirse por un Wonderbra o por un *push up* de La Perla, cuando una despampanante morena atrajo su atención.

Con un gesto, hizo un ademán a Megan para que se acercara; su amiga le estaba pidiendo a una dependienta un sujetador, de su talla, que había visto en el escaparate.

—¿Ves a la morena de allí? —le preguntó cuando la tuvo a su lado.

—¿Quién, la que lleva esa minifalda que si se agacha se le ve hasta el carné de identidad? —Emma sonrió ante la ocurrencia de su amiga.

—Esa misma. Es Claudia, la ex de James —explicó, por si no había quedado claro sólo con su nombre.

—Tiene pinta de buscona —comentó Megan sin tapujos—. Ten cuidado, cariño, ésa es de las que ni comen ni dejan comer. Fíjate el modelito que lleva en la mano. ¡Miedo me da!

—Creo que tienes razón en todo —sentenció Emma.

—¿Y cuándo no la tengo? —preguntó Megan extrañada—. Me sorprende que aún no te hayas dado cuenta de lo bruja que soy.

—No, Megan. Que eres una bruja lo tengo asumido y, a pesar de ello, te quiero igual.

Las dos mujeres estallaron en risas ante tan rotunda afirmación. Emma intentó acallarlas con la mano para evitar que la morena las

descubriera cuchicheando entre los percheros.

La tarde continuó entre raso, puntillas y tiradas de tarot, ya que Megan insistió en echárselas, otra vez. La tirada, como siempre, dejó más confusa a Emma. Megan se empeñó en que el hombre que aparecía en su futuro era alguien diferente, que no era James. Durante una fracción de segundo pensó en Will, pero descartó la idea por improbable. Decidió no hacer mucho caso, tampoco era que Megan acertara siempre; para ser exactos, sus dotes de adivinación sólo funcionaban cuando vaticinaba alguna desgracia, como el día en que la avisó de que tuviera cuidado con el agua y el grifo de la cocina se estropeó y por poco se le inunda la casa. O la vez que le dijo que no era buen momento para cortarse el pelo y su peluquero se pasó al cortarle las puntas y tuvo que esperar seis meses para volver a tener su hermosa melena.

A pesar de sus derrotas o de sus aciertos en materia de catástrofes, Megan seguía empeñada en hacerse con la bibliografía completa sobre el tema.

Capítulo 9

El trabajo en la editorial era constante; cada día recibían decenas de manuscritos que había que leer y valorar. Con ese fin contaban con lectores especialistas que escribían informes. No obstante, una vez pasado el primer filtro, los editores de Beating eran los que los proponían como posibles publicaciones del sello. En esos casos, Emma tenía que aprobar su publicación, basándose en los diversos informes de que disponía. Por ese motivo, la pelirroja se pasó el resto de la tarde perdida entre las montañas de papeles que habitaban en su despacho; quería adelantar trabajo por si esa noche se alargaba y traspasaba más de la cuenta. No porque estuviera pensando en acostarse con James otra vez, sino porque tenían mucho que aclarar esa noche.

Sin embargo, Carol atacó de nuevo con una de sus crisis y su intención de adelantar trabajo se fue al garete. Su secretaria había encontrado «por casualidad», en uno de los cajones de su hija Katie, información sobre anticonceptivos orales.

La pequeña Katie, de casi dieciséis años, se estaba planeando tomar la píldora y su madre puso el grito en el cielo. Al final, como siempre, fue Emma la que logró tranquilizarla haciéndola razonar, algo que era incapaz de conseguir por sí misma.

—Carol, no puedes rebuscar en los cajones de Katie; no está bien — la regañó con una mirada de censura.

—Fue sin querer —se defendió la mujer, adoptando una pose de arrepentimiento.

Emma la miró incrédula y, al cabo, la secretaria confesó.

—Me preocupo por ella; tienes que entenderlo, está en una edad muy mala y, al ser su madre, tengo que estar informada de lo que hace para poder aconsejarla. Y como nunca me cuenta nada, pues tengo que averiguarlo por mis propios métodos, por poco ortodoxos que sean.

—Sí, cariño, pero no tienes que espiarla. Si no la atosigaras tanto, seguramente sería ella la que te contaría las cosas. Tienes que dejarle espacio y, sobre todo, demostrarle que estás dispuesta a ponerte en su piel e intentar respetar sus decisiones.

—Emma, ¿de verdad crees que es buena idea? —preguntó con la duda brillando en su cara.

—Claro que lo creo.

—¿Y qué pasa con los anticonceptivos? ¿Será por el greñas de mi vecino?

—No lo sé, pero en cualquier caso eso sólo demuestra lo inteligente que es Katie: antes de mantener relaciones, se informa para evitar embarazos no deseados. Tienes que verlo por el lado bueno. Si sigues así, te va a dar un ataque y vas a alejar a tu hija de ti.

—Tienes razón. Yo ya lo había visto por el lado bueno, pero mi Peter me hizo cambiar de opinión con sus preocupaciones y yo... Vamos, que terminé por darle la razón. El pobre es tan exagerado que acaba contagiándome a mí. —Y añadió con una sonrisa más relajada—: Gracias, Emma, eres un solete. —Se dio la vuelta y se marchó de la oficina mucho más alegre de lo que lo estaba al entrar.

Emma suspiró pensando en Peter y en Katie y en lo que tenían que aguantar cada día. A las tres en punto, como todos los demás, recogió sus bártulos y se marchó a casa. Por fin comenzaba el fin de semana, y había muchas posibilidades de que fuera memorable.

James le había prometido a Emma que, si aceptaba darle otra oportunidad y cenaba con él, prepararía una cena para chuparse los dedos y cumplió con su palabra, logrando de nuevo sorprender a la pelirroja, que, a juzgar por su expresión de asombro al probar la comida, había esperado que cocinara tan mal como su hermana.

Y es que, con cada momento que pasaban juntos, ambos iban conociendo más detalles sobre el carácter del otro. El primer día Emma descubrió que era ordenado, limpio y muy habilidoso, y la siguiente velada en su compañía le había mostrado que también era protector, cariñoso y un cinéfilo empedernido, y durante la cena, además de todo eso, descubría que era un gran cocinero. Su pollo al champán estaba

delicioso, al igual que la tarta de queso con mermelada de arándanos que probó después; incluso su café podía competir con el de Carol, su secretaria, que hasta ese momento preparaba el mejor café que Emma había probado en su vida.

Sonrió para sí misma al pensar que no era una cualidad familiar: Lis era la peor cocinera que había tenido el horror de comprobar.

A pesar de la tensión del primer momento cuando llegó a casa de James, el resto de la tarde fue mejorando hasta el punto de que disfrutó de la comida casi tanto como de la conversación; James volvió a mostrarse divertido e ingenioso a partes iguales y, además, la miraba como si cada palabra que ella pronunciara fuese realmente importante para él. En ese aspecto se parecía demasiado a Antonio, aunque con éste ya no sabía qué había sido real y qué había formado parte de sus intrigas.

Siguieron con su juego de las preguntas, aunque Emma se guardó para sí aquélla de la que más ganas tenía de conocer la respuesta.

—¿Cuál es tu color favorito? —preguntó Emma.

—Otra vez pecas de poco original —se quejó, llevándose la mano al corazón como si le doliera—. El rojo, mi color favorito es el rojo. —Y su mirada se posó sobre los cabellos que tenía ella sobre los hombros.

»Me toca. ¿Qué lado de la cama prefieres, el izquierdo o el derecho? —Era consciente de que se trataba de una pregunta atrevida, pero no le importó. Sabía que tenía que tomarse las cosas con calma, el desastre de su cena anterior todavía le pesaba a ella, pero no pudo resistirse.

La mirada que le lanzó fue tan penetrante y directa como su pregunta. Emma agradeció estar sentada, porque sus rodillas comenzaron a temblar.

—El que esté más alejado de la puerta —contestó—. ¿Cuál prefieres tú? —se lanzó ella.

—No tengo manías. Me quedaré con el que tú no quieras.

Y su voz sonó tan ronca y sensual que Emma no pudo evitar exclamar:

—¡Dios, qué peligroso eres!

—¿Eso es bueno o malo? —planteó curioso por la contestación.

—Me toca preguntar a mí, así que creo que vas a quedarte con la duda.

La conversación siguió en ese ambiente distendido y cómplice durante el resto de la cena.

Después de cenar, Emma se levantó y ayudó a su anfitrión a recoger

la mesa y a lavar los platos. Mientras uno enjabonaba, el otro enjuagaba, y Emma descubrió lo sensual que podía ser realizar las tareas del hogar. Cada vez que sus dedos se encontraban al coger un vaso o un plato, las terminaciones nerviosas de sus dedos reaccionaban mandando mensajes inequívocos al resto de su cuerpo. La mirada brillante de James indicó a Emma que él pensaba y sentía lo mismo.

Emma descubrió el porqué de tantas estanterías en el dormitorio (la casa estaba repleta de ellas): James tenía miles de libros, cedés, discos de vinilo... Era un auténtico coleccionista.

Llamó su atención ver lo ecléctico de su gusto literario. En las estanterías del comedor había desde clásicos ingleses, como Chaucer, Shakespeare o Milton, hasta novelas actuales de todos los géneros literarios. Había incluso obras originales en otros idiomas. Tomó nota mental para próximos juegos: preguntarle cuántas lenguas hablaba.

Pero lo que de verdad llamó su atención fue que James parecía tener la colección completa de Melissa Moon, incluso tenía las traducciones de las obras de la autora. Le gustó que leyera novela romántica, pero sobre todo le encantó que no la escondiera en otras estancias, sino que la dejara en el salón, donde todo el mundo pudiera verlo. Se dio cuenta de que James era, con diferencia, el hombre más auténtico que había conocido nunca. Eso la alegró y la entristeció a la vez. Por un lado, ese aspecto de su personalidad le generaba confianza y, por el otro, estaba su reacción ante Claudia.

A la hora de ver la película, fue Emma la encargada de elegir entre la fabulosa colección de James. Finalmente se decidió por una de sus favoritas: *Bailando con lobos*, el montaje del director.

Su anfitrión aplaudió su elección, evitando comentar que la había vuelto a ver la semana anterior, por lo que se sentaron juntos en el sofá. A pesar de que había espacio suficiente para no rozarse, James se sentó pegado a ella, de forma que Emma podía sentir el calor de su piel, a pesar de las capas de ropa que los separaban, y oler el perfume de su loción de afeitar que emanaba de su piel con cada pulsación. ¡Dios, qué peligroso era James! Y qué tentada estaba ella de dejarse llevar por el riesgo.

Menos mal que se había curado en salud, pensó Emma, y había

elegido una película que casi se sabía de memoria, porque estaba demasiado pendiente de cada inspiración, de cada gesto del hombre que tenía al lado, como para seguir el hilo de la historia.

—Me gusta el teniente John J. Dunbar —comentó James, sacándola de golpe de sus obsesivos desvaríos—. Es uno de los personajes más interesantes del cine. No sé... a veces me siento como él.

—¿En medio de ninguna parte? ¿Sientes que no perteneces a ningún lugar? —aventuró Emma.

—¡Exacto! —exclamó eufórico ante el hecho de que ella hubiera comprendido sin necesidad de explicaciones a qué se refería.

Esa mujer era demasiado hermosa e inteligente para su salud mental y física, pensó mientras intentaba recolocar su masculinidad en los pantalones, que empezaban a apretarle en ciertas zonas innombrables.

—En realidad, a ti no te entiendo —lo regañó ella—. Tienes a tu familia, tu trabajo. Al que entiendo es a Dunbar, que no es ni sioux ni americano. A pesar de que se siente más cercano a los indios, no termina de pertenecer a ellos. Por otro lado, los suyos, los yanquis, ya no lo reconocen como uno más; al final sólo pertenece a En pie con el puño en alto, que es tan americana y tan sioux como lo es él.

James la miró con la boca abierta durante varios segundos antes de poder hablar con coherencia. Emma era asombrosa, y él estaba encantado de haberla conocido.

—Es difícil de explicar. Es evidente que tengo una familia, pero está lejos; mis padres hacen su vida; mi hermana, la única parte de mi familia que está cerca de mí, va a casarse con el hombre al que ama, y yo me alegro mucho por ella, pero no puedo evitar pensar que yo no pertenezco a ningún lugar, que no pertenezco a nadie... Podría marcharme hoy mismo y nadie sentiría la pérdida. No soy más que un escocés en Londres...

—Entonces tal vez deberías enamorarte —pinchó Emma—. Ya sabes, así pertenecerías a otra persona y nunca más te sentirías solo, o tener un hijo, pero creo que lo primero es más fácil. Además, los hijos tienen que ser algo más que para llenar un vacío —dijo con ojos soñadores—. Hay que desear tenerlos por ellos mismos.

—Puede que te haga caso —comentó con una mirada depredadora en sus impresionantes ojos azules.

—¿Y cuál de mis consejos has decidido poner en práctica primero?

—preguntó excitada por su mirada. A pesar de que antes de llegar se había propuesto limitarse a hablar sin llegar a nada más profundo, allí sentado a su lado y mirándola de ese modo, todos sus buenos propósitos se desvanecieron como humo.

James no respondió. Suavemente se inclinó sobre ella y la besó. Fue un beso dulce, de descubrimiento. Nada que diera paso a una tórrida escena de sexo. Fue simplemente el deseo mutuo de sentirse, de encontrarse en otra persona. Sus labios se entreabrieron sin prisas, ofreciendo y acogiendo la lengua del otro, sin exigencias.

Cuando se separaron, James comentó sobre sus labios:

—Llevaba desde esta mañana queriendo besarte. Pero temía que, después de lo de ayer, todo hubiera cambiado tanto que ya no quisieras que te tocara y he tenido que aguantarme las ganas hasta este momento. Al parecer, no puedo resistirme durante mucho tiempo a lanzarme sobre ti — explicó con una mano acariciando suavemente su mejilla.

—Me alegro de que tu autocontrol sea tan débil. Yo también he estado pensando en besarte desde que nos hemos sentado.

—Vaya, y yo que creía que era irresistible y sólo hace hora y media que deseas besarme —bromeó con los labios pegados en su cuello.

—Ya ves... No eres tan irresistible como crees —jugueteó ella—. O quizá sea que tengo más sentido común que tú y he aprovechado primero la cena.

—Me niego a discutir lo del sentido común —apuntó él, antes de volver a besarla.

En esta ocasión, lo hizo con más pasión; sus manos se deslizaron por su cabello, enterrando en él los dedos. Emma le rodeó el cuello con los brazos, atrayéndolo más hacia sí. Su mente dejó de funcionar. Sus labios se sentían suaves e impacientes sobre su piel hipersensibilizada por su tacto.

James se separó y Emma sintió de repente la necesidad de su calor; su cuerpo se enfrió y comenzó a temblar casi imperceptiblemente. Cada vez que James se apartaba de ella, notaba que le faltaba el refugio de su cuerpo, el abrigo de su piel.

—Si seguimos así, no te voy a dejar terminar de ver la película — advirtió él, pero fue evidente el cambio en su actitud.

—Está bien, ya la he visto, no es la primera vez. No te preocupes — señaló ella, desconcertada por su gesto.

James, por su parte, estaba haciendo verdaderos esfuerzos para no abalanzarse sobre ella de nuevo para arrastrarla hasta el piso de arriba... para posarla con delicadeza sobre su cama y hacer con ella lo que llevaba soñando hacer desde que ella le había vuelto a sonreír con confianza y buen humor.

Su mente le gritaba que se lo tomara con calma, que no se podía conceder perder el norte otra vez, no con ella. Esta vez tenía que controlar la situación. Enamorarse de Emma sería mucho más peligroso de lo que había sido enamorarse de Claudia. Mientras que su ex era superficial y consentida, Emma era inteligente y profunda, fuerte y delicada a la vez, inocente y perversa, era una mujer excepcional y tenía que mantenerse firme o terminaría loco por ella, algo que no podía permitirse de nuevo. El dolor formaba parte del amor y él ya había sufrido suficiente; el sentimiento que decían que movía el mundo había sido vetado por su analítica mente, y la mujer sentada a su lado era lo bastante tentadora como para hacer que se olvidara de sus propósitos.

Esta vez el amor tenía que ser un sentimiento controlado y templado, no podía dejarse llevar. Amar sin medida era demasiado peligroso. El afecto estaba permitido, la pasión, el deseo. El amor era demasiado arriesgado para alguien como él.

Se dio cuenta de que Emma estaba desconcertada; no la culpaba, su comportamiento errante la tenía que haber descolocado. Así que se prometió a sí mismo no volver a tocarla esa noche y se concentró en terminar de ver el filme.

Al finalizar *Bailando con lobos*, la pelirroja no encontró ninguna excusa para quedarse y James tampoco se la ofreció, por lo que se fue a casa frustrada y acalorada como nunca antes había estado.

No tenía muy claro si Megan estaba despierta o acompañada, por lo que, antes de llamarla e interrumpir cualquiera de las dos actividades que tenía en mente, se limitó a mandarle un mensaje de texto.

La respuesta de su mejor amiga llegó cinco minutos más tarde en forma de llamada.

—Buenas noches. Deduzco por tu mensaje que tú tampoco has tenido suerte esta noche —bromeó con una sonrisa en la voz.

—No, por eso he tenido que conformarme contigo —la pinchó Emma.

—¡Oye! Yo no soy segundo plato de nadie. Retira eso ahora mismo —pidió fingiéndose ofendida.

—Tienes razón. Lo retiro.

—Eso está mejor. Cuéntame qué ha pasado con tu cena y yo te contaré por qué estoy en casa un viernes por la noche —propuso Megan.

—De acuerdo —aceptó Emma—, pero empieza tú. Seguro que lo mío es más grave.

—¿Te parece poco grave que Patrick haya asistido de acompañante de su ex a una entrega de premios?

—Madre mía, Meg. Está más que claro que tú ganas.

—¡Joder, Emma! Para una vez que no quiero ganar, va y me llevo el premio.

—Seguro que hay una explicación lógica.

—Según Patrick, son amigos y él ya se había comprometido a acompañarla antes de que nosotros... comenzáramos a vernos.

—¿Qué les sucede a los hombres con sus exnovias? —preguntó Emma a nadie en particular.

—No lo sé, pero propongo que hagamos un club contra las ex insistentes y molestas. —Megan rio—. ¡Abajo las ex!

—¿Eres conscientes de que nosotras también somos ex? —apuntó Emma, de buen humor.

—No seas aguafiestas —la regañó la morena, aunque se adivinaba una sonrisa en su voz.

—Tienes razón. ¡Acepto tu propuesta! ¿Dónde tengo que apuntarme?

Eran casi las doce de la noche cuando el timbre de casa de Megan sonó. Sobresaltada, ya que tras su conversación telefónica con Emma se había quedado medio dormida en el sofá, se levantó para comprobar quién llamaba a esas horas.

Descolgó el telefonillo de mal humor y preguntó. La voz que oyó a través de él la dejó con la boca abierta.

—Megan, ¿puedo subir?

—Sube, si ya estás aquí... —aceptó, completamente despierta,

mientras su mente elucubraba la razón por la que Patrick había ido hasta allí tan tarde. Sobre todo teniendo en cuenta que había asistido a un evento con su exnovia y sus amigos. ¿Sería que había ido a dejarla?

Los dedos le picaban pensando en las cartas del tarot que tenía guardadas en la mesilla de su dormitorio. Sin embargo, se contuvo y esperó en la puerta a que Patrick saliera del ascensor.

—Buenas noches —saludó éste, de repente incómodo con la locura que le había dado de ir a ver a Megan.

—Pasa —pidió ella, apartándose para dejarlo entrar—. ¿A qué debo tu inesperada visita? ¿Ha sucedido algo esta noche que te haya empujado a venir?

Patrick la miró desconcertado, consciente de que la pregunta encerraba más de lo que se percibía a simple vista.

—He dejado a Ava en casa antes de lo que creía y, como era pronto, he decidido pasar por aquí por si todavía estabas despierta. Tenía ganas de verte. He estado toda la tarde pensando en ti. Me temo que he sido un mal acompañante —anunció con una sonrisa tímida.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció, sin saber muy bien si debía sentarse en el sofá o esperar a que él soltara la bomba que seguramente lo había llevado hasta allí.

—En realidad sí, pero no sé si está en el menú.

Megan parpadeó sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—A ti, Megan. Me gustaría tomarte a ti. ¿Crees que sería posible? —inquirió, acercándose a ella, que permanecía a sólo tres pasos de él.

—¿De dónde narices me saqué que eras soso y tímido? —se preguntó a sí misma en voz alta, mientras seguía con la mirada clavada en Patrick y sentía cómo su cuerpo se preparaba para él.

—Soy soso y tímido, Megan. Lo que sucede es que tú sacas lo mejor de mí —confesó sin ningún pudor.

—Respuesta correcta —alabó ella, al tiempo que se lanzaba a sus brazos con una sonrisa, cargada de promesas sensuales, en los labios.

Capítulo 10

Emma se levantó sobreexcitada después de haber besado a James y no ir más allá de eso. Su charla con Megan tampoco había ayudado mucho, ya que en esos momentos se sentía insatisfecha e indignada por partida doble: por culpa de Patrick y por el propio James.

Necesitaba urgentemente quemar calorías y producir endorfinas. Sus niveles de felicidad estaban bajo mínimos; había pasado una velada maravillosa a su lado, pero sentía que James se estaba reservando, era como si no se abriera completamente a ella. Y por mucho que quisiera evitar el pensamiento, algo le decía que Claudia estaba involucrada en la nueva actitud recelosa y prudente que James le mostraba.

A pesar de ser sábado y de haber pasado una semana bestial en la oficina, se levantó, se puso ropa deportiva, recogió su larga melena roja en una coleta y, tras coger un cartón de zumo de la despensa, se marchó al gimnasio.

Se disponía a estirar antes de meterse en la clase de *spinning*, que comenzaba en diez minutos, cuando una voz que le resultó conocida la saludó.

—¡Qué pequeño es el mundo! Te llamabas Emma, ¿verdad? — preguntó la voz con suficiencia.

La aludida se volvió y se encontró frente a Claudia, que la miraba fijamente con sus fríos ojos oscuros.

—Sí, Emma. Buenos días —saludó, aparentemente sin mucho interés, y continuó con sus estiramientos, con los niveles de felicidad más bajos que cuando había llegado.

La morena no estaba dispuesta a que la ignoraran, por lo que se puso a su lado y estiró junto a ella, mientras realizaba los mismos ejercicios. Emma siguió a lo suyo, deseando que comenzara la clase y le evitara tener

que volver a hablar con ella.

Tras lo sucedido en el restaurante y lo que le había contado Lis, la mujer que intentaba trabar conversación con ella no era santo de su devoción.

Mientras seguía con lo que hacía, Emma la miró de reojo. Para ser justa, debía reconocer que tenía buena figura: llevaba un equipo rosa de deporte, con un top corto que dejaba su firme vientre a la vista, y unas mallas del mismo color que resaltaban que no tenía ni un gramo de grasa en el cuerpo. Los pocos hombres que había en el gimnasio a esas horas no eran capaces de quitarle la vista de encima.

Claudia, por su parte, estaba tanteando al enemigo. La pelirroja era muy atractiva y tenía muy buen cuerpo, pero sobre todo tenía esos ojos tan expresivos y de ese color tan extraño y atrayente que la convertían en alguien a quien tener en cuenta. Al parecer iba a ser una dura rival. «¡Mejor!», se animó, las cosas fáciles siempre la habían aburrido soberanamente. Ésa fue la razón por la que abandonó a James. Lo tenía demasiado seguro, era predecible. Si bien era un amante excepcional, fuera de la cama era tan normal y corriente como cualquiera. No tenía ninguna ambición que ella, como su pareja, pudiera compartir con él. Ella quería por esposo a un individuo como su padre: rico, ambicioso, un perfecto hombre de negocios que la llevara a los mejores restaurantes y que supiera que las botas de montaña no eran el atuendo más adecuado para salir a cenar en pareja.

James no era lo que buscaba en un marido, pero ahora que lo había visto de nuevo no negaba que lo quería de regreso en su cama, aunque para ello tuviera que hacerle creer que deseaba que volvieran a estar juntos. Con todo lo que ello conllevaba para él, anillo incluido.

Se felicitó a sí misma por haber ido a parar al mismo gimnasio que Emma. De los centenares de gimnasios de Londres, había tenido la suerte de elegir el de su enemiga, alguien a quien era mejor no subestimar y tener controlada. Que el destino las hubiera hecho encontrarse también significaba algo más... Que ambas se movían en los mismos círculos.

Emma se quedó de piedra cuando se dio cuenta de que Claudia también pensaba entrar en la clase de *spinning* con ella. Estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse, pero decidió que no iba a permitirle que le amargara la mañana.

Su malestar creció cuando la mujer se colocó a una bicicleta de distancia. Demasiado cerca, tratándose de una persona a la que no quería ver ni en pintura.

La clase empezó con Lady Gaga y Emma subió el ritmo. A pesar de intentar ignorarla, veía a la morena con el rabillo del ojo. No se le escapó cómo volvía a girar la resistencia de la bici con el fin de esforzarse al máximo, un punto más que ella. Dispuesta a demostrarle que podía superarla en cualquier campo, Emma aumentó la resistencia de su bicicleta, lo que Claudia había aumentado y un punto más. De ese modo y casi sin darse cuenta de cómo había pasado, ambas estaban compitiendo por ver quién tenía más fuerza en las piernas. Aunque realmente aquella lucha tenía otros motivos totalmente ajenos al deporte, y las dos lo sabían.

Emma estaba acostumbrada a esforzarse; desde hacía dos años se levantaba pronto cada mañana para descargar tensiones y mantenerse en forma; le gustaba demasiado la comida y, como no se privaba de nada, tenía que compensar por otro lado.

Tras aguantar el duelo todo lo que pudo, finalmente la morena se rindió. Su cara mostraba tal odio cuando bajó de la bicicleta que incluso la afeaba. Sus rasgos estaban tensos por la ira; no era una buena perdedora, y Emma sintió que acababa de ganarse a una rival que no iba a dudar en destruirla.

Sin decir una palabra, Emma cogió la toalla y la botella de agua y se fue directa a los vestuarios. Quería relajarse unos minutos en la sauna para prepararse para la jornada maratónica que le esperaba. Su madre deseaba ejercer de suegra y las había invitado a Lis y a ella a comer para comentar los detalles de la boda, y quién podía adivinar si más tarde James la llamaría para que salieran esa noche. Desde luego ella no podía afirmarlo, teniendo en cuenta las señales contradictorias que él le mandaba.

Perdida en sus planes, no se dio cuenta de que Claudia también se dirigía a los vestuarios tras ella.

—¿Realmente crees que tienes alguna posibilidad contra mí? —preguntó con una voz demasiado estridente—. Lo que ha pasado ahí dentro —dijo señalando hacia la sala de *spinning*— no significa nada.

Emma se quedó sorprendida al ver que la morena la había seguido y tenía ganas de *hablar*. Agradeció en silencio que fuese primera hora de la mañana de un sábado, que el gimnasio estuviera casi vacío y que no hubiera nadie a su alrededor. Si bien estaba preparada para darle a Claudia

lo que quería, no estaba dispuesta a que todo el mundo se enterara de ello.

—¿Y tú? ¿De verdad crees que eres tan irresistible como para que James perdona que lo abandonarás sin ningún remordimiento el mismo día que te pidió que te casaras con él? —contestó directamente, sin ocultar que había entendido perfectamente su comentario anterior.

—Veo que te ha hablado de mí —dijo la otra con actitud altiva.

Ambas entraron en el vestuario casi a la vez, sólo que Emma fue más rápida y metió el brazo para ganarse el puesto. Dejó sus cosas en el banco frente a su taquilla mientras se tomaba su tiempo para responder a Claudia.

—La verdad es que no. Lo poco que sé de ti me lo ha contado Lis —explicó completamente alucinada al ver la rabia que la morena destilaba en la mirada.

—Vaya, vais más en serio de lo que pensaba si ya te ha presentado a su hermanita. —Pronunció la última palabra con tanto desprecio que a Emma no le cupo duda de que odiaba profundamente a su cuñada. Sonrió sabiendo que el cariño que se tenían era recíproco.

—Eso no es asunto tuyo —la cortó.

—Aun así, no eres rival para mí; lo sabes, ¿verdad? —Y el desdén en su voz era tan evidente que Emma se sorprendió por su seguridad.

—¡Dios mío! Tu ego es lo que no tiene rival. Eres una creída y, la verdad, bonita, no eres nada del otro mundo. Si fueras vestida con un poco más de tela, te aseguro que nadie te miraría dos veces, pero, claro, si vas por ahí enseñándolo todo, es lógico que se vuelvan para mirarte. A todo el mundo le gustan las cosas gratis. —Y dicho esto, dio media vuelta y siguió desnudándose como si nada, a pesar de que por dentro estaba temblando debido al enfrentamiento.

—Te acordarás de esto —la amenazó Claudia mientras salía del vestuario con la cara roja y los puños apretados de rabia. No era tan tonta como para que se le escapase el sentido que Emma le había dado a la última frase.

Las ganas de sauna de la pelirroja se habían evaporado, pero no estaba dispuesta a que esa mujer le amargara el día. Se duchó, se untó el pelo con mascarilla y se dispuso a entrar y a relajarse. Pero pasar el rato sola únicamente consiguió que se preguntara hasta qué punto las palabras de Claudia eran ciertas; la seguridad que mostraba no podía tratarse solamente de una cuestión de ego... ¿O sí?

En su fatídica primera cita, en el restaurante, James había estado

pendiente de su exnovia; era evidente que seguía sintiendo algo por ella, lo que no sabía era hasta qué punto era profundo. Y la noche anterior, Emma había notado la barrera que había interpuesto entre los dos.

Quizá después de todo la seguridad de aquella mujer no era fruto de su vanidad, a lo peor era cierto y podía conseguir a James cuando se lo propusiera. Sintió cómo el estómago se le cerraba sólo con pensar en ello. Después de lo de Antonio, no se sentía con fuerzas de volver a pasar por un desengaño amoroso.

Tras cinco minutos en la sauna, decidió salir y ducharse. Al menos en su casa sería capaz de olvidarse de ese tipo de funestos pensamientos. Dedicaría el día a estar activa; para empezar tenía previsto comer con su madre y su cuñada, lo que ya la entretendría como mínimo un par de horas. Pero antes, por supuesto, llamaría a Lis para contarle lo ocurrido en el gimnasio; no era plan airear nada delante de su madre durante la sobremesa. Tal vez con la ayuda de su cuñada fueran capaces de dilucidar hasta qué punto estaba en lo cierto la morena.

Tal y como había planeado, en cuanto llegó a casa llamó a Lis. Le costó cuarenta minutos dominar la conversación y contarle el desencuentro con Claudia. Los cuarenta minutos anteriores los había usado su cuñada; tres de ellos para enviarle al correo electrónico cuatro bocetos distintos de su vestido de novia y, los treinta y siete restantes, para elegir uno de ellos. Un asunto más difícil de lo habitual, ya que había sido ella misma quien los había diseñado.

Cuando por fin decidieron el modelo (un precioso vestido con escote palabra de honor y con una innovadora pelliza de pelo tan blanca como el vestido), le llegó el turno a la *boutique* donde quería que se lo hicieran. Se negó a que fuera confeccionado en su propio taller para no saturar a sus trabajadoras, pues la boda era en Nochevieja y ya tenían suficiente trabajo en esas fechas.

Finalmente, la furia de Emma se extinguió entre satenes blancos y cristales Swarovski, y fue entonces cuando pudo contarle lo que le había sucedido con Claudia en el gimnasio. Durante todo el tiempo que duró su relato, Lis se mantuvo callada, tan callada que Emma llegó a preguntarse si habría colgado porque ni siquiera oía su respiración al otro lado de la línea. Nada más lejos de la realidad: la joven estaba tan concentrada escuchando lo que le contaba su amiga que era incapaz de moverse.

La ira que había abandonado a Emma se arremolinaba ahora sobre ella. Si hubiese tenido cerca a esa víbora siliconada, le habría arrancado uno a uno todos los malditos pelos de su poblada cabeza.

Su hermano no podía ser tan estúpido, se dijo, pero la idea no la convenció. Intentó calmar a Emma, pero algo en su interior le decía que se estaba engañando a sí misma y sobre todo a su cuñada. Claudia no se rendiría hasta volver a embaucar a James y tenerlo en sus redes y el abandono de Claudia le había impedido a James cerrar esa puerta con firmeza.

—Supongo que le vas a contar a James lo que te ha hecho esa bruja —comentó intentando alejar de ella las imágenes de su hermano destrozado cuando Claudia lo había dejado.

—No lo sé. Tengo miedo de que tenga razón. O que no le importe o no me crea —explicó—. Y tampoco quiero que me vea como una persona conflictiva.

—Puede que tengas razón —susurró Lis más para sí misma que para que la oyera Emma.

—Nos vemos a mediodía —se despidió Emma, más preocupada que antes. Lis había intentado animarla, pero era evidente que ni ella misma se lo creía.

—Pasaré por tu casa y nos iremos juntas en taxi. Creo que nos merecemos comer con vino.

—Y un mojito. No te olvides del mojito —apuntó su cuñada sonriendo—. Un beso —se despidió perdida en sus pensamientos.

Capítulo 11

Su apacible vida se había transformado en caótica y confusa desde la reaparición de Claudia. Apenas un breve contacto, unas pocas palabras intercambiadas con incomodidad, y ya había puesto patas arriba su cordura... y todo lo que había construido tras su marcha, y únicamente porque él era incapaz de echarla definitivamente de su vida. «No debería significar nada —pensó James—; que haya regresado a Londres no quiere decir que vayamos a encontrarnos de nuevo. Al fin y al cabo, no nos movemos por los mismos ambientes. Otra cosa sería si alguno de los dos propiciara un encuentro, y yo no estoy dispuesto a hacerlo...» Para evadirse de tan peliagudos pensamientos, centró la atención en otros asuntos más prosaicos y menos peligrosos.

Estaba intentando concentrarse en el escrito que estaba corrigiendo cuando sonó el timbre de la puerta. No esperaba a nadie y estaba demasiado ocupado, pero, ante la insistencia del visitante, bajó a abrir, convencido de que quien había al otro lado de la puerta era su hermana, que seguramente lo visitaba para enterarse de sus progresos con Emma.

Seguía dándole vueltas al texto mientras bajaba la escalera. Se dijo que, si era Lis, le contaría lo menos posible y la despacharía pronto porque tenía que terminar la corrección que tenía entre manos; no obstante, sus buenas intenciones desaparecieron en cuanto vio a la persona que había llamado. Una mezcla de expectación y pavor se apoderó de él en ese instante.

—Hola, James —lo saludó Claudia—, ¿no vas a invitarme a entrar? —ronroneó con esa voz sensual y juguetona que utilizaba para conseguir lo que deseaba.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él, totalmente descolocado por la visita y la actitud de su ex...

—Me quedé con ganas de seguir hablando contigo el otro día y he

decidido remediarlo. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto. ¡Pasa!

Claudia entró, segura de sí misma y de la respuesta de James. Por lo pronto ya había conseguido colarse de nuevo en su vida.

Iba ataviada con unos diminutos pantaloncitos y una camiseta ceñida, a excepción de las botas de caña, que le llegaban a las rodillas y que hacían que sus piernas parecieran interminables. En las manos llevaba el abrigo y el bolso; se los había quitado para que James viera mejor su cuerpo, lo que le estaba ofreciendo, por si se sentía tentado a rechazarlo. Estaba claro que la elección de ropa era una táctica premeditada.

—Te he echado mucho de menos —ronroneó lanzándose a sus brazos—. Y tú, ¿me has extrañado?

—¿A quién intentas convencer, James? ¿A mí o a ti mismo? —preguntó Lis ante el persistente silencio de Matt.

Los tres se hallaban sentados en la salita de estar de la pareja. James les había contado lo sucedido con Claudia, su repentina visita y el interés que había mostrado en reconciliarse con él. Y, lo más importante, lo que quería hacer con su vida.

Su hermana temblaba de rabia. Estaba tan alterada que no podía ni quedarse sentada.

—Lis, sé que nunca te ha gustado, eso no es una novedad, pero es una asignatura pendiente en mi vida. Tengo que saber adónde me lleva esto. No puedo evitar que esa mujer me importe —explicó, mientras se pasaba las manos por el pelo—. Emma es maravillosa y, si Claudia no hubiera llegado antes a mi vida, probablemente la habría convencido para que se casara conmigo. Pero Claudia está ahí y no puedo negar que me importa. Necesito pasar página y para eso preciso saber adónde me llevará el próximo capítulo.

Lis se levantó al tiempo que gritaba:

—¡Déjate de metáforas, James! Estás hablando conmigo, la persona que mejor conoce lo que pasaste cuando esa mujer te dejó. Dime, ¿de verdad te importa tanto como dices? ¿O es una maldita obsesión para ti?

—La quiero, Lis, la quiero... Sé que no es perfecta, pero...

—¿La quieres? Eso, hermanito, repítetelo una vez más y otra... A ver

si al final te lo crees.

James miró a Matt, que había permanecido callado durante toda la conversación; su cara era una máscara que ocultaba sus pensamientos.

—No, James —dijo con voz cansada—, yo tampoco lo entiendo, pero te respeto. Respeta tú a mi hermana y mantente alejado de ella —soltó en un tono que era una mezcla entre una amenaza y una orden.

—Tengo que hablar con ella y contarle lo que ha sucedido —añadió él, aunque la sola idea de hierirla de nuevo lo aterraba, más de lo que era capaz de explicarse a sí mismo—. Se lo debo.

Antes de hablar con Emma, había ido a buscar consejo en su hermana y en Matt. Aunque más que consejo había sentido la necesidad de justificar su actitud, y había sido tan cobarde que todavía no le había confesado a ella, la primera interesada, que había tomado la decisión de retomar su relación con Claudia.

—Me parece justo —sentenció Matt—, pero, una vez que se lo hayas explicado, no quiero que vuelvas a acercarte a ella. Ni tú ni tu novia. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

James no entendió la última parte, pero no dijo nada. Se limitó a contestar:

—Tranquilo, Matt, yo tampoco quiero hacerle daño a Emma.

—Perdona que no te crea —escupió Matt—. Si hubiese sido tal y como dices, no habrías salido con ella estando enamorado de otra. —Al instante se levantó y abandonó la habitación, dejándolo solo con su hermana y sus pensamientos.

James maldijo por lo bajo. Estaba en casa de su hermana pequeña (la misma que lo había apoyado cuando Claudia lo dejó), anunciando que, a pesar de lo que su ex le había hecho, estaba dispuesto a darle una oportunidad a lo que sentía.

Pero lo más patético de la situación era que necesitaba que su cuñado le dijera que lo entendía, que lo entendía... después de haber dejado tirada a su propia hermana.

Matt lo había mirado con los mismos ojos violeta de Emma, y James supo que nadie, jamás, entendería por qué tenía que hacerlo.

—Sólo espero que no tengas que arrepentirte de esto —comentó Lis, antes de levantarse y seguir a su prometido.

Lis estaba sentada con los pies pegados al cuerpo, encima del sofá, mientras se agarraba las rodillas con los brazos. Se la veía tan desamparada con su pelo corto y rubio que a Matt le recordó a un hada, delicada y etérea. A pesar de toda su viveza y actividad, la visita de su hermano la había dejado profundamente tocada. Se acercó silencioso y la rodeó con los brazos, mientras colocaba las piernas alrededor de su pequeño cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó y la besó con suavidad en la cabeza.

—No, no lo estoy. —Su voz sonaba tan trémula que Matt se preguntó si había estado llorando—. ¿Qué le voy a decir a Emma? Voy a verla dentro de una hora y no sé cómo voy a ser capaz de contarle algo así.

—Todo irá bien, cariño —la consoló enterrando la nariz en el hueco tras su oreja.

—¿Cómo lo sabes? —lo interrogó ella intentando contener el llanto.

—Porque tu hermano es un hombre inteligente y terminará dándose cuenta de que Claudia no es para él. —Su mano jugueteaba con su cabello. A Matt todavía le sorprendía su suavidad y ese perfume que desprendía a vainilla.

—¿Así es como tú te diste cuenta de que yo era para ti? —preguntó, y se dio la vuelta entre sus brazos.

—Exactamente así —afirmó él.

—¡Te quiero, Matt! Si no estuvieras a mi lado, ya le habría sacado los ojos a ésa. Tú me sosiegas. Me vuelves mejor persona.

—Me alegra saberlo —bromeó él, mientras sus ojos se iban oscureciendo más y más a medida que sus cuerpos se iban uniendo.

—No seas tonto. Ojalá todo el mundo pudiera ser tan feliz como yo lo soy contigo —susurró.

—Quién iba a decir que estaríamos ahora así, con lo mal que te caí cuando nos conocimos —la recriminó.

—No me caías tan mal, es que eras demasiado perfecto. Tu comida era perfecta, mientras que la mía era un horror; tu delantal siempre era el más blanco... No tendrías que haberte matriculado en un curso de cocina para principiantes, lo tuyo era cocina para expertos y me mosqueó que nos dejaras a todos por los suelos.

—Cariño, no os dejaba a todos por los suelos, sólo a ti. —Y su sonrisa fue tan atractiva que a Lis se le olvidó lo que era respirar.

—¿Sabes? —preguntó Matt.

—No.

—Yo también te quiero.

—Lo sé, aunque no viene mal oírlo de vez en cuando. Más «de vez» que «en cuando» —dijo riendo.

—Cariño, eso no ha sido gracioso —comentó su prometido.

—Cariño, no me critiques y mejor bésame —le pidió ella, al tiempo que con una mano acariciaba su mejilla, mientras que con la otra lo atraía hacia sí para apropiarse de su boca. Desde fuera sólo se distinguía un mar de brazos y piernas sobre un sofá de cuero marrón.

Capítulo 12

Emma estaba encantada porque fuera lunes. Había pasado gran parte del fin de semana dándole vueltas al mismo tema y el regreso al trabajo, al menos, le garantizaba dejar de pensar en ello durante unas horas.

La comida con Lis y con su madre del sábado había sido surrealista. Su cuñada apenas había hablado, algo de lo más extraño, lo que propició que Alice, la madre de Emma, pudiera hacerlo por las dos. Al final había terminado con migraña y sin planes para esa noche.

James no había llamado en todo el fin de semana y ella había optado por dejar que fuera él quien diera el siguiente paso, por lo que se había pasado el domingo con la cabeza enterrada en un libro.

—Emma —llamó Carol desde la puerta de su oficina, el lunes a primera hora—, está aquí el abogado de Melissa Moon. ¿Lo hago pasar o quieres que lo reciba Will?

—Dame dos minutos y déjalo pasar —contestó Emma—. Luego trae té, por favor.

—¿Té?, ¿quieres que os traiga té? —dijo visiblemente sorprendida de que cambiara el café por el té.

—Todo el mundo en este país prefiere el té —explicó ella mientras limpiaba su escritorio—. Es abogado, no creo que vaya a ser la excepción.

—Cierto —murmuró Carol por lo bajo mientras salía.

Emma pensó en ese instante en que su asistente le daba un nuevo significado a la palabra *secretaria*.

Quince minutos después, el abogado de Moon abandonaba su despacho con los contratos correspondientes firmados y la promesa de que en unos días el autor les presentaría el esbozo de la primera novela de la saga. Emma se dio cuenta de que había dicho «autor», pero no le dio mayor importancia al asunto, un lapsus lo podía tener cualquiera. Estaba

tan emocionada con el proyecto que ni siquiera se percató de que la autora trabajaba con un abogado en lugar de con un agente literario.

El resto de la jornada laboral fue toda una odisea: Carol volvía a estar alterada por otro disgusto ocasionado por su hija, la reunión de personal le ocupó más tiempo del previsto y, como remate final, recibió una invitación de Will para cenar. El gesto la dejó tan sorprendida que estuvo a punto de aceptar; fue la imagen de James la que la detuvo a tiempo. No obstante, la invitación confirmó sus sospechas de que era divorciado. No era que no le resultase atractivo, porque lo era, además de inteligente e interesante. El problema que estaba muy interesada en James. «¡Qué sutil soy!», se dijo; se estaba enamorando de él. Ya era hora de que se reconociera a sí misma sus sentimientos. Había sufrido demasiadas traiciones como para traicionarse a sí misma y engañarse respecto a lo que sentía por James.

Y siendo justos, la culpable de que Will la hubiera invitado a cenar era ella, que había coqueteado descaradamente con él. Lo había hecho casi sin darse cuenta, había resultado instintivo, pero incluso Nicole se había dado cuenta. Desde que interrumpió su conversación, cada vez que se cruzaba con ella en la sala de descanso o junto a la cafetera, le lanzaba miradas de resentimiento.

Ella había estado a punto de abofetear a Claudia el día que le dijo que James le pertenecía y que podría tenerlo cuando quisiera, de modo que comprendía a la perfección la actitud posesiva de Nicole con Will, y lo mucho que seguramente le molestaba verlo con ella. Había sido la magnitud de su propia rabia a las palabras de Claudia lo que le había servido para comprender que había mucho más en sus sentimientos que una simple atracción, aunque fuera evidente que la atracción nunca era simple.

Cuando llegó a casa, en lugar de relajarse escuchando música o viendo la televisión, siguió trabajando en los manuscritos que se había llevado de la oficina, por lo que llamó al restaurante chino de la esquina y encargó la cena. Mientras esperaba, retomó la lectura que tenía pendiente. Era bueno, pero el autor caía en demasiados tópicos y los personajes eran lineales, sin evoluciones. No obstante, la historia valía la pena y con un poco de trabajo por parte del autor y del editor podría llegar muy lejos. Con el bolígrafo rojo, escribió algunas notas, tachó párrafos redundantes

y siguió leyendo y resaltando aquello que había que modificar.

Cuando sonó el timbre, treinta minutos después, sacó la cartera del bolso dispuesta a pagar al repartidor, pero se encontró cara a cara con James.

Nada más ver su mirada, supo que algo le molestaba: sus ojos habían perdido su brillo y estaban opacos por la preocupación.

—Hola —dijo Emma mientras se apartaba para dejarlo pasar—. Qué agradable sorpresa.

Y la enorme sonrisa que le brindó aumentó el sentimiento de culpa que embargaba a James.

—Emma, tenemos que hablar —fue lo único que dijo. Aunque no era necesario mucho más, nunca lo había visto tan serio.

Al parecer, había acertado en su suposición: algo no iba bien. Seguramente Lis (que no podía mantener la boca cerrada) le había contado su encontronazo con su exnovia en el gimnasio y por eso estaba así, sintiéndose culpable por haber sido el motivo de disputa entre las dos. Decidió quitarle hierro al asunto y no hacerle sentir peor.

—James, no te preocupes por lo de Claudia. En realidad, tampoco es tan importante. Gracias a Dios no había nadie en el vestuario, así que no nos oyeron discutir.

La cara de James, de repente, perdió el poco color que tenía.

—¿Tú y Claudia? ¿Podrías explicarme de qué narices estás hablando? —dijo al tiempo que sus ojos volvían a brillar con algo parecido a la incertidumbre.

—De acuerdo, pero, por favor, ¿podrías no perder los papeles? En realidad no fue nada importante. Me la encontré en el gimnasio y me dijo que no tenía ninguna posibilidad contra ella, que podía conseguirte siempre que quisiera. No tenía intención de preocuparte y por eso no te lo había contado. Pero al ver tu cara he supuesto que Lis te lo había explicado y que por eso venías a estas horas a hablar conmigo. Después de todo, no habíamos vuelto a hablar desde el viernes.

James parpadeó ante la velada recriminación. Era consciente de que debería haberla llamado y haber dado la cara antes, pero estaba tan confuso que apenas sabía cómo explicarle sus sentimientos.

—Así que Lis lo sabía —comentó más para sí mismo que para que ella pudiera oírlo—. ¿Cuándo tuvo lugar el incidente?

—El sábado por la mañana.

El mismo día que Claudia había aparecido en su casa. Seguramente había ido allí directamente desde el gimnasio...

—Verás, Emma...

Pero lo que fuera que iba a decir quedó en suspenso cuando volvió a sonar el timbre. La comida china que estaba esperando. Emma pagó al repartidor, dejó las bolsas sobre la única mesa que no contenía trabajo extra, es decir, lecturas, y se volvió para invitar a James, que seguía estando tenso y con las manos en los bolsillos.

—¿Quieres quedarte a cenar conmigo? —propuso con una sonrisa—. He pedido comida para un regimiento —bromeó, pero él seguía perdido en sus pensamientos; fueran cuales fuesen, no parecían incluirla a ella.

—No, gracias —respondió saliendo del trance—. En realidad quería hablarte de algo importante. —Se detuvo, como si le costara un terrible esfuerzo seguir hablando—. Verás, Emma, eres una mujer maravillosa, los días que he pasado contigo han sido increíbles y de verdad que me siento muy atraído por ti, pero... Claudia ha vuelto a mi vida y quiero... —hizo una pausa para probar con otro término—... necesito comprobar si esta vez puede funcionar lo que tenemos.

Emma sintió sus palabras con la fuerza de un golpe en el estómago. De hecho, el suyo se resintió como si realmente lo hubiese recibido. Contuvo las náuseas que sentía y se quedó allí parada, intentando tragarse las ganas de gritar y de llorar al mismo tiempo.

¿Qué clase de idiota tenía enfrente? ¿Acaso no acababa de contarle lo que Claudia había dicho sobre él? ¿Claudia era la razón por la que la había ignorado tanto el sábado como el domingo? ¿Acaso era tan estúpido como para pensar que significaba algo para su ex? Para ella era un maldito trofeo y se merecía todo lo que la morena pudiera hacerle y un poco más.

—Emma, ¿estás bien? —preguntó James.

Una bocina, como las que avisaban de los bombardeos durante la segunda guerra mundial, sonó insistente en su cabeza. Pregunta equivocada. Pregunta muy equivocada. Pregunta incorrecta. Emma estalló.

—Por supuesto que estoy bien, engreído y presumido patán. Te mereces todo lo que te haga esa bruja medio desnuda que se burla de ti cada vez que te das la vuelta. Sois tal para cual y espero que os vaya muy bien juntos, porque sin duda los dos sois igual de superficiales, farsantes y embusteros.

«Y yo fui una tonta al creer que tú eras diferente.» De la misma forma en que había explotado, se calmó súbitamente. Hizo varias respiraciones y comenzó con su mantra. «Yo me calmaré, yo me calmaré, yo me calmaré...» Cuando supo que podía hablar con tranquilidad y educación, abrió los ojos que había mantenido cerrados y, mirando directamente a esos ojos azules que la habían cautivado, y que ahora se veían sorprendidos y... ¿desolados?, le pidió con una voz fría pero educada que se marchara de su casa.

—Lo siento, Emma. Te mereces lo mejor.

—Y es evidente que tú no lo eres —apuntó ella.

Él no protestó, ni siquiera se mostró sorprendido por su ataque de ira. No obstante, el dolor de ella se le había clavado hondo. Durante el instante en que Emma había permanecido con los ojos fuertemente apretados, la vio tan vulnerable e indefensa que se maldijo a sí mismo por hacerle daño. Jamás había querido lastimarla, pero Emma ejercía una atracción demasiado intensa sobre él. Mucho mayor que la que Claudia había ejercido alguna vez. Sin embargo, el amor era otra cosa, se dijo. Y su corazón pertenecía a Claudia, era de ella de quien estaba enamorado.

¿Por qué entonces, viéndola parada frente a él, tan dulce y herida, dudaba sobre su elección? ¿Por qué le importaba tanto que ella estuviera bien? ¿Que no lo odiara? ¿Por qué besar a Claudia ya no hacía que sintiera las rodillas flojas?

Absorto en sus propios pensamientos, se dio la vuelta dispuesto a marcharse, pero se detuvo en la puerta y la miró.

Ella ya había vuelto a ponerse su máscara de indiferencia, pero él aún seguía viendo su vulnerabilidad en sus preciosos ojos violeta.

—Lamento lo que ha sucedido —se disculpó—. No pretendía hacerte daño.

—No, la que siente lo que ha pasado entre nosotros soy yo. ¡No sabes cuánto, James! ¡No sabes cuánto!

James se quedó petrificado al entender el significado de sus palabras. La miró una última vez para retener su imagen en la cabeza, y se fue cerrando suavemente tras de sí, más solo y desubicado de lo que se había sentido nunca.

Capítulo 13

Una semana después, Emma estaba frenética. Ya había plazo para la publicación de la primera novela de Melissa Moon, y esa misma mañana tendría su primer contacto con la autora, que llevaría el esbozo y los primeros capítulos de la novela para que ella pudiera revisarlo y anotar sus impresiones. Al tratarse de una saga que iban a publicarle íntegramente y por encargo, como editora tenía que supervisarla al milímetro, no podían arriesgarse; por muy célebre que fuera la novelista, había mucho en juego.

Incluso había hablado con Will para que usara sus contactos y siguiera averiguando algo más sobre ella, ya que, tras salir del despacho de Will, quien, tal y como le había prometido, había investigado sobre su inminente visitante, seguía sin saber nada relevante sobre ella. Esa mujer era un auténtico misterio.

Su director de prensa le había puesto al día del escaso resultado de sus pesquisas mientras disfrutaban de un café en su despacho.

—Al parecer, Melissa Moon es un seudónimo. He intentado descubrir, a través de varios compañeros, el verdadero nombre de la autora, pero es un secreto tan bien guardado como la fórmula de la *burger* Cangreburger. De hecho, ella no tiene tratos directos con la editorial, todo se hace a través de su abogado. Es extrañísimo que haya aceptado reunirse con nosotros.

—¿*Burger* Cangreburger? —preguntó Emma riendo por la ocurrencia.

—¿Qué quieres? Tengo una niña de cinco años, fan de Bob Esponja. Al final ha terminado por gustarme a mí también —explicó un poco avergonzado.

Al salir del despacho de Will, comenzó a sentirse incómoda por

jugar con desventaja. No tenía nada donde agarrarse respecto a su nueva autora. En unos minutos se presentaría ante una persona de la que no sabía nada y tenían que coordinar fechas y objetivos. Una persona que bien podría resultar una diva o una profesional, no lo sabría hasta que la tuviera enfrente.

Por otro lado, estaba su cuñada y el casamiento. Las invitaciones se habían enviado esa misma semana y ahora quedaban mil detalles que supervisar: la prueba del vestido, el menú... Y a toda prisa, porque Lis quería casarse en Escocia durante el fin de año.

Esa idea llevó otra a su mente. Se pasó las manos por las sienes. Iba a tener que soportar durante el fin de año, y por consiguiente el año nuevo, a James y a Claudia. Porque era evidente que, por mucho que Lis no soportara a la novia de su hermano, la morena iba a ser la pareja de James en la boda.

Se regañó por pensar en eso cuando tenía otros asuntos más importantes de los que ocuparse. Durante los días anteriores, el trajín le había ahorrado pensar en James, y Megan y Lis se habían puesto de acuerdo para evitar tocar el tema delante de ella. Lo poco que sabía al respecto era lo que se le había escapado a su cuñada, y tampoco era muy fiable porque en ese asunto en concreto tendía a la exageración extrema. La rubia le confirmó que James había tomado la decisión de darle una oportunidad a su ex, pero al parecer se lo estaban tomando con calma y no vivían juntos, seguramente porque la casa de James le parecía demasiado poca cosa a Claudia, se dijo Emma, sin poder evitar fustigarse pensando en ellos.

De modo que, cuando a primera hora de la mañana de un jueves cargado de trabajo se encontró con James esperando en su despacho, la ira que la embargó le impidió escuchar lo que fuera que Carol le estuviera contando mientras se dirigía a toda prisa a encararlo. Ni siquiera se fijó en la cara asombrada de la mujer ante lo que fuera que hubiera descubierto y que le parecía tan interesante relatarle en esos instantes. Estaba tan acostumbrada a las locuras de su secretaria que la ignoró, dispuesta a sacar a James de su oficina, aunque fuera a la fuerza.

Entró como un vendaval en su despacho, hasta a ella misma le sorprendió la violencia de sus propios sentimientos, pero había decidido que no le importaba lo intensos que fueran, lo único esencial era que él desapareciera de su espacio. El mantra que se había estado repitiendo las

últimas semanas, y toda su compostura, se fue a pique por haberlo encontrado sentado y, esperándola, allí. Pero ¿qué clase de reacción era ésa? La respuesta la asustó, era la respuesta de alguien como Carol, nunca la que se esperaría de una mujer centrada, educada y cabal.

«No soy como Carol. Soy una mujer cabal. Perfectamente capaz de mantener una conversación educada con este hombre —se convenció—. Soy una mujer cabal, perfectamente capaz de mantener una conversación educada con este hombre.»

—¿Qué haces aquí, James? ¿A qué has venido? —inquirió con voz dura. Su compostura duró apenas los segundos que necesitó para detenerse frente a él.

James tuvo que tragar saliva antes de responder. La mujer que le estaba pidiendo explicaciones, con las mejillas arreboladas por la ira y su glorioso pelo suelto sobre los hombros, conseguía secarle la garganta y acelerarle el pulso.

—Hola, Emma —dijo simplemente.

El sonido de su nombre en sus labios aplacó por un momento la irritación que sentía contra él. ¿Cómo había podido hacerle eso? ¿Por qué había hecho que se sintiera tan a gusto a su lado para luego marcharse con otra? «¿Qué he hecho mal?», pensó, y se regañó a sí misma por permitirse tener ese pensamiento.

Se había prometido no dudar de sí misma nunca más. Le había costado casi un año convencerse de que ella no tenía la culpa de lo que le había sucedido con Antonio, que cualquier mujer en su lugar hubiese creído sus palabras. Y no estaba dispuesta a que James o lo que sentía por él, ya fuera cariño, desprecio o lo que fuera, la destruyera otra vez.

Esperó a que él contestara, pero parecía tan ensimismado en sus pensamientos como lo estaba ella misma.

—Te he hecho una pregunta —insistió.

—Verás, Em, no sé cómo decirte esto —comentó mientras se estrujaba las manos nervioso, y hacía crujir sus nudillos.

No le pasó desapercibido que él había usado el diminutivo de su nombre, el mismo que usaba la gente que la quería y la apreciaba: su hermano, su padre, Lis, Megan...

Al ver que se quedaba callado, Emma comenzó a impacientarse.

—James, tengo una cita importante, así que será mejor que sueltes lo que sea que tengas que decir, porque ahora mismo no puedo atenderte —le

explicó, deseando que se marchara de una vez—. Ni más tarde, tampoco.

—Yo soy tu cita importante, Emma —expuso de sopetón, como si le resultara más fácil hacerlo de ese modo.

Algo en la mente de la joven hizo clic y se encendió un interruptor. El comentario del abogado, que usó el masculino en lugar del femenino, lo que le había contado Will sobre un seudónimo... Su mirada se dirigió a la puerta, desde donde su secretaria la miraba como si pudiera leer en su alma... «Otra vez no», suplicó. Con toda la entereza que logró sacar de su cuerpo, preguntó, en un tono pausado y formal:

—¿Me estás diciendo que tú eres Melissa Moon? ¿Me estás diciendo que fuiste tú el que consiguió un contrato en exclusiva con mi padre?

—Sí. —Aquello fue lo único que salió de sus labios.

—Muy bien —dijo quitándose la chaqueta al tiempo que se volvía hacia Carol y le pedía, por favor, un par de tazas de café.

Eficiente, la mujer le preguntó a James cómo lo quería y éste respondió que solo y con mucho azúcar. Carol salió preocupada; era evidente que entre esos dos pasaba algo raro, pues Emma se había puesto pálida cuando lo había visto, y ella no estaba dispuesta a que volvieran a hacer daño a su Emma. De eso nada, la niña era demasiado buena para que la volvieran a lastimar. Vigilaría al guapote ese a ver qué pretendía... ¡Melissa Moon!, mira que los escritores eran raros. Cuando se lo contara a su Peter, estaba segura de que no la iba a creer, en fin...

James estaba sorprendido por la actitud de Emma: habían salido juntos, se habían acostado, ¡por Dios, y no le pedía explicaciones de por qué no le había contado que él era Melissa Moon! Durante una fracción de segundo, a su mente acudió la idea de que se había equivocado eligiendo a Claudia.

—¿Claudia lo sabe? —preguntó Emma, arrepintiéndose inmediatamente—. No, no me respondas. No quiero saberlo.

—No lo sabe. Los únicos que están al tanto son mi hermana, Matt, tu padre y ahora tú. Y por supuesto, mi abogado, que es quien se encarga de que todo siga siendo un secreto.

Emma asintió sin decir nada más. Tuvo que morderse la lengua para no preguntarle cómo podía estar con una mujer a la que le guardaba un secreto de semejante magnitud. ¿Acaso no confiaba en ella? ¿Cómo era posible amar a alguien y no confiar en él?

—Emma, me gustaría que fuéramos amigos. —Segundos después de pronunciar esas palabras, se arrepintió de haberlo hecho. Eran demasiado típicas, poco creíbles incluso.

Ella mantuvo su máscara cuando respondió:

—Lo siento, James, pero no creo posible que tú y yo podamos ser amigos. Primer punto, mis amigos no me engañan, ni me mienten o me ocultan información, y segundo punto, los amigos no se utilizan entre ellos para sus fines egoístas. Por no hablar del tercer punto...

—¿A qué te refieres? —la interrumpió confuso.

—Lo sabes perfectamente, así que evítame hablar de ello. ¿Has traído el esbozo?

Él simplemente asintió, no porque entendiera a qué se refería, sino porque comprendía que el descubrimiento de Emma era demasiado enorme, y debía darle algo de tiempo para que lo asimilara. Ante su silencio, ella continuó.

—Perfecto, déjame y ya te diré algo. Siento que no puedas tomarte el café —dijo al ver entrar a Carol con las dos tazas—, pero es completamente cierto que estoy muy ocupada. En cuanto pueda, te pasaré mis notas por correo electrónico, no será necesario que volvamos a vernos para ello.

—Por supuesto. Me ha gustado volver a verte —confesó, con timidez.

—Es una lástima que yo no pueda decir lo mismo, ¿no te parece?

Cuando se quedó sola, Emma empezó a temblar. Había vuelto a verlo antes de lo esperado; se había estado preparando para encontrarse con él en la boda, y de la mano de su pareja, pero no estaba lista para encontrárselo en su oficina con una sonrisa cansada y ese brillo especial que iluminaba sus ojos azules cuando la miraba.

—¿Emma? —la llamó Carol desde la puerta—, ¿te encuentras bien? Pareces enferma.

Estaba a punto de decir que sí cuando de sus labios escapó un «no».

—Me lo imaginaba —murmuró la mujer—. Tienes a Megan en la línea uno —se limitó a informar mientras salía por la puerta.

Emma lanzó un suspiro; ¿qué haría ella sin su estresante y metomentodo secretaria?

—Meg, estoy bien —afirmó antes de que su amiga le preguntara.

—Vale, entonces cuéntame por qué Carol estaba tan preocupada por

ti.

—Porque es Carol y nació preocupada. Simplemente ha pasado algo que me ha sorprendido, eso es todo.

—No vas a hacer que te pregunte, ¿verdad?

—No, porque no te voy a contar nada ahora. Después del trabajo tú y yo vamos a ir a comer hamburguesas y a beber cerveza y, con un poco de suerte, conoceremos a dos chicos fabulosos...

—Mejor que sea uno —la cortó su amiga—. Yo ya tengo un chico fabuloso que me da todo lo que necesito. Dos me dejarían agotada —bromeó Megan.

—¡Cariño! Eso es genial. Cuánto me alegra que lo tuyo con Patrick vaya tan bien. Mi vida es un horror, cuéntame cosas bonitas —pidió intentando desconectar de sus problemas.

—Lo siento, cielo, pero, igual que yo, tú también vas a tener que esperar a esta noche. Me paso por tu oficina en cuanto terminen las clases. Besos.

—Un beso, ¡bruja!

—Cariño, soy tarotista, eso no es un insulto para mí —bromeó Megan con cierto orgullo en la voz.

Lo último que oyó a través de la línea fue la risa divertida de su mejor amiga.

La alegría de Meg la hizo sentir mejor. Hasta que levantó la mirada y se encontró con el dossier que le había dejado James. «Concéntrate, Emma, concéntrate, Emma, concéntrate, Emma», se instó de nuevo como un mantra.

Era la primera vez que James visitaba a su cuñado en la oficina, pero las palabras de Emma le habían dejado perplejo y, si tenía que trabajar con ella, necesitaría saber dónde estaba el problema para intentar resolverlo... y su instinto le decía que el problema iba más allá de ellos.

El despacho de Matt era enorme, con varios ventanales que iban de lado a lado de la habitación y que permitían que entrara la luz natural. Una mesa de dibujo reinaba entre ellos. En el otro extremo, una mesa de escritorio con cómodas sillas y, pegado a la pared, un sofá de un llamativo color naranja. El despacho estaba decorado con gusto y elegancia, en

tonos negros y blancos; tan sólo el sofá rompía el cromatismo de la habitación y ofrecía un rincón informal donde relajarse.

Matt lo recibió con una sonrisa, sentado ante su enorme mesa de dibujo. Llevaba puestas unas gafas y James se sorprendió de no haberlo visto nunca antes con ellas.

—¿Qué visita más inesperada! —exclamó Matt con amabilidad.

—Sí, pero no es desinteresada —dijo él intentando bromear—. Necesito saber algo y creo que tú eres perfecto para contestarme.

La expresión de Matt cambió de repente, se volvió cerrada y cautelosa.

—Es sobre Emma —afirmó.

—Sí.

—Ya sabe que tú eres Melissa Moon y no le ha sentado bien que se lo ocultaras —afirmó nuevamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi hermana, la conozco, y sabía lo que iba a pasar cuando se lo contaras.

—¿Y por qué mierda no me lo comentaste? —preguntó enfadado.

—Porque tú ya eres mayorcito para medir las consecuencias de tus actos. Porque es mi hermana, ¡maldita sea! —explotó—. No debería ser yo quien te contase esto, pero vas a tener que trabajar codo a codo con ella y lo mejor es que estés al tanto de algo que le sucedió hace un tiempo —dijo mientras exhalaba aire lentamente—. Emma empezó a temer la «primera vez» el día que conoció a Antonio. Lo primero que le llamó la atención fueron sus ojos verdes, que su piel dorada y su cabello oscuro tan bien resaltaban. No era la clase de hombre con el que ella salía; acababa de cumplir los cuarenta y era tan expresivo que, cuando hablaba, agitaba las manos y sus ojos se achicaban o se abrían según lo que decía.

»Emma no tuvo ninguna oportunidad, era tan carismático que incluso yo lo encontraba interesante. Era un arquitecto de vocación y sabía qué decir para atraer a la gente. Conmigo hablaba durante horas de arcos, muros de carga y cemento... cualquier cosa que pensara que me interesaba. Con Lis, sobre moda, diseñadores... parecía como si lo supiera todo de todos los campos. Sin apenas esfuerzo, se metió en nuestras vidas y se dedicó a Em con empeño.

»Mi hermana siempre ha sido una soñadora y Antonio era eso lo que vendía, sueños. Sé por ella que nunca llegó a prometerle nada, se limitó a

venderle los sueños que ella guardaba en su interior.

»Y entonces, todo se descubrió; nuestra abogada en España vino a Londres para cerrar un trato con nosotros. Además de libros y construcciones, tenemos intereses en otros campos. En este caso, Nuria representaba a mi padre en un negocio de vinos: estábamos intentando comprar un viñedo en el norte del país. Nuria fue quien, sin saberlo, descubrió el juego que se traía Antonio.

James estaba expectante, jamás se habría imaginado que Emma hubiese tenido un desengaño como el que se avistaba en la narración de Matt. En su horrible primera cita se había mostrado entera, orgullosa e incluso insolente. Sin duda era una mujer de carácter que se sobreponía a los golpes.

—Nuria trabajaba en uno de los bufetes más importantes de Madrid y seis meses antes había conocido a Antonio en la inauguración de un hotel que había construido la empresa para la que éste trabajaba. Nuria y su equipo se habían encargado de los aspectos legales; allí lo conoció y, como te he dicho, Antonio es difícil de olvidar. Cuando Nuria visitó nuestro despacho, Antonio ya casi estaba dentro del proyecto por el que había dejado España.

»Nadie esperaba que en mitad de la conversación Nuria le preguntara por su esposa y por su bebé. Al parecer, seis meses antes, la mujer de Antonio había ido a la fiesta de inauguración del hotel con una barriga propia de una mujer a punto de dar a luz.

»La conmoción nos impidió matarlo. Ni mi padre ni yo pensamos en nada más que en Em, parecía tan feliz... Lo más duro que he hecho hasta el momento ha sido contarle la mentira de Antonio, ¡todo por llegar a mi padre y a su empresa! La utilizó para llegar hasta nosotros.

—Maldito cabrón —espetó James, con los ojos echando chispas.

—¿Entiendes ahora por qué Em no creerá nunca en ti?

—Pero yo no soy Antonio —se quejó.

—No, pero has metido la pata hasta el fondo, primero con Claudia y después por no contarle la verdad. Emma no es de las que perdonan fácilmente, vas a tener que plantearte hasta dónde piensas arrastrarte para que lo haga. Mi hermana sólo ve que, una vez más, un hombre ha conseguido un trato con mi padre recurriendo a ella.

James no protestó. Puede que las cosas no hubieran sido de ese modo; no obstante, era una interpretación bastante verosímil de lo

sucedido.

Capítulo 14

Ese mismo día, Emma decidió que ya estaba bien; ella no estaba hecha para lamentarse por las esquinas. Era guapa, inteligente, buena persona y, lo más importante, no se hundía porque un hombre la dejara.

«Él se lo pierde, él se lo pierde, él se lo pierde...», se repetía siguiendo su propia técnica de autoafirmación.

Sólo tenía que cambiar el chip y salir con otra persona; la pregunta era con quién. Se había pasado el último año sin encontrar a nadie que la atrajera lo suficiente como para plantearse una cita, y las perspectivas de que eso cambiara no eran muy halagüeñas. Fue entonces cuando pasó por la puerta del despacho de Will y vio que estaba solo, tecleando, concentrado en el ordenador y, al parecer, tan solo como ella.

—¿Todavía te apetece cenar conmigo? —lo abordó mientras entraba en el despacho.

Will sonrió, sorprendido por la propuesta y lo directa que había sido.

—Por supuesto, pero tiene que ser entre semana. El viernes y el sábado estaré de acampada con Emily —dijo señalando la foto de su hija que tenía sobre el escritorio.

—¿Qué te parece esta noche? —propuso Emma, al tiempo que tomaba nota mental para avisar a Megan y quedar con ella otro día.

—Esta noche me parece perfecto. Voy a llamar a Beth y te confirmo. —Al ver la cara de desconcierto con que lo miraba, sonrió y se lo explicó—. Beth es la canguro de Emily; tiene dieciséis años y no sé si sus padres la dejarán trabajar teniendo clase al día siguiente.

—Entiendo. En cuanto sepas algo, me avisas —respondió sonriente.

—¡Hecho!

Seis minutos después, Will entraba en su despacho para confirmar que la recogería a las seis en su casa.

Will era un hombre maravilloso, un gran conversador y un gran padre. Le había contado que su novia lo había abandonado nada más dar a luz, y se había largado de su vida dejándolo solo con un bebé.

Gracias a su familia había conseguido superarlo, trabajar y cuidar de Emily, pero ahora se tomaba las cosas con más calma. Tenía una hija de cinco años, por lo que salir con mujeres era un tema que se tomaba muy en serio. La niña no podía conocer a cien chicas. Eso terminaría por confundirla y una niña de su edad necesitaba estabilidad.

—Gracias por la parte que me toca.

—Es la verdad, no quiero que mi hija sufra las consecuencias de otra equivocación.

—Lo entiendo. ¿Hay algo entre Nicole y tú?

—Qué directa eres, jefa. Lo hubo, pero es demasiado inmadura. —Su voz no sonó tan firme como lo hacía normalmente—. No puedo educarla a ella también, con Emily ya tengo suficiente.

—A mí no me lo parece —la defendió Emma.

—Créeme, lo es. Me gusta mucho, no puedo evitar sentirme atraído por ella, pero Emily necesita otra cosa y yo no puedo permitirme estar con ella si va en detrimento de mi hija.

—Eres un padre estupendo. Me habría gustado tener un padre como tú —comentó melancólica.

—¿No tuviste una infancia feliz?

—No, mi infancia fue maravillosa, estábamos Matt y yo. Mis padres siempre andaban ocupados en viajes de negocios, pero aun así fue maravillosa. Mis padres son geniales y, aunque no los vea tanto como me gustaría, siempre he podido contar con ellos, a su manera.

—Y de amores, ¿qué tal la vida? —Había una chispa en su mirada que no se le escapó a Emma.

—Creía que esto era una cita y terminamos hablando de las personas que nos interesan, somos un poquito patéticos.

—Un poquito, tienes razón. Pero en la oficina se oyen cotilleos...

—En estos momentos, no estoy con nadie. Hay alguien, pero no estoy con él y no porque yo no haya querido. Empezamos a salir y creía que iba bien, pero entonces apareció su exnovia y decidió que tenía que concederle una oportunidad a su historia con ella... aunque para ello tuviera que darle carpetazo a la nuestra.

—Lamento haber sacado el tema —se disculpó al ver que Emma no

estaba cómoda.

—Tranquilo, estoy acostumbrada a que Carol hable; no lo hace con maldad, pero hay cosas que preferiría que se guardara para ella.

—En realidad me enteré por Rose, aunque seguramente Rose se enteró por Carol. Parece que nuestras secretarias intentan juntarnos, porque Rose habla maravillas de ti.

Emma también rio al recordar las palabras de Carol sobre Will.

—Sí, puede que tengas razón. Recuerdo que Carol comentó que le caías muy bien.

La cena prosiguió entre confidencias y risas. Will consiguió que se olvidara de los últimos días y que disfrutara de su primera salida nocturna sin James.

Cuando terminaron de cenar aún era temprano, por lo que decidieron ir a tomar una copa antes de regresar a casa y seguir con sus vidas de *singles*.

Entraron en un pub bastante conocido, que a pesar de tratarse de un día laboral estaba bastante lleno. La música era agradable, así que se quedaron. Will pidió un güisqui con naranja y Emma un ron con Coca-Cola. Eligieron una de las mesas vacías y se sentaron. Eran mesas bajas rodeadas de sofás de color blanco o de taburetes del mismo color. Ellos se sentaron juntos en uno de los sofás, puesto que era más fácil mantener una conversación sin tener que gritar.

Quince minutos después de haber llegado, Emma divisó enfrente de ella a Claudia, y acertó al pensar que, si estaba Claudia, también estaría James. Éste la miraba fijamente dos pasos más atrás. Emma hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza a modo de saludo y él respondió de la misma manera.

Se obligó a dirigir la atención hacia Will y su conversación. En realidad, antes de verlo, le había resultado natural estar allí con él y divertirse a su lado, pero, después de saber que James estaba allí, lo único que deseaba era verlo, tocarlo, hablarle... abofetearlo por estar con otra mujer.

—¿Quiénes son? —preguntó Will siguiendo su mirada.

—¿Quiénes son *quiénes*? —Estaba sorprendida de que Will se hubiera dado cuenta, había intentado observarlos con discreción.

—Ésos de ahí —dijo señalando con un discreto gesto de la cabeza en su dirección—. La pareja a la que te esfuerzas tanto en no mirar.

—No se te escapa una —comentó Emma ofreciéndole una sonrisa triste.

—Eso intento. No hace falta que me confirmes quién es, algo me dice que es el protagonista de la historia sobre la que hemos hablado durante la cena. —Repentinamente su mirada se volvió calculadora y en sus labios asomó una sonrisa traviesa—. ¿Quieres divertirte a su costa? —Se inclinó sobre ella al preguntar.

—¿En qué estás pensando exactamente?

—Bueno, me he dado cuenta de que, a pesar de estar con semejante morena, mejorando lo presente, por supuesto —dijo guiñándole un ojo—, tu amigo es incapaz de quitarte los ojos de encima, y me ha parecido ver que tú tampoco a él. Por eso te pregunto, ¿le hacemos sufrir un poco? Después de lo que me has contado, no tengo ninguna duda de que se lo merece.

—Hum, me estás tentando —le aseguró ella mientras decidía pagarle a James con la misma moneda.

—Lo sé —respondió Will al tiempo que cogía un mechón de su cabello con la mano derecha y se lo llevaba a los labios—. No te asustes, esto forma parte del plan —comentó, disfrutando de la situación.

—Me imagino —dijo Emma—, hemos sido muy sinceros el uno con el otro. Sé que te interesa otra persona y tú sabes que a mí también. Entre nosotros no hay romanticismo. —Se rio ante su propio comentario.

—Por eso esto es tan divertido, cariño, porque tú lo sabes y yo lo sé, pero él no tiene la más remota idea —explicó él mientras se acercaba y rozaba con la nariz la mejilla de Emma.

Emma no se atrevía a mirar en su dirección para comprobar su reacción. Apartar la mirada de su pareja le hubiera restado credibilidad a la pantomima. Will pareció leerle la mente, ya que comentó:

—Si las miradas matasen, yo ya estaría muerto. No puede apartar la vista de nosotros. La morena ha empezado a mosquearse y a decirle que se quiere marchar. Le está tirando de la chaqueta, pero él parece muy poco interesado en complacerla. Y ahora, el golpe de gracia —susurró cada vez más cerca de sus labios.

Delicadamente, posó la boca sobre la de ella. Emma pudo comprobar lo vacío que resultaba un beso cuando no había sentimientos de por medio. Se obligó a sí misma a entrelazar los brazos alrededor de su cuello, pero no fue por necesidad de tenerlo cerca, simplemente se trataba de un juego.

De una venganza que, podía decir sin pudor, estaba disfrutando.

Will se separó de ella y un guiño el ojo.

—Eres preciosa —explicó—, pero debo de estar más enamorado de Nicole de lo que pensaba, porque no he podido evitar desear que fuera ella, y no tú, la que aceptara mi beso.

Emma sonrió comprensiva y lo abrazó; puso más en ese abrazo de lo que había puesto en el beso. Puso amistad, comprensión, compañerismo y afecto.

Y ese abrazo fue lo que desquició completamente los nervios de James. Ese momento real entre Emma y Will fue lo que impulsó a James a marcharse a toda prisa con un vacío en el estómago y los puños y los dientes fuertemente apretados por la rabia.

Claudia tuvo que salir corriendo tras él, porque ni siquiera se volvió para hacerle saber que se iba.

—¿Por qué todos los chicos guapos con los que salgo terminan dejándome por sus exnovias? —preguntó Emma en broma.

—Porque somos tontos —sentenció Will—. Venga, vamos a casa, que mi canguro mañana tiene clase y nosotros trabajamos. Y por si te queda alguna duda, quiero que sepas que lo he pasado muy bien esta noche. Me alegra que seamos amigos. Si vuelves a necesitar que te bese en cualquier otro momento, no tienes más que pedirlo. Estaré encantado de servirte.

—Te tomo la palabra. —Se rio—. Yo también me alegro de haber salido contigo. Gracias por escucharme.

—Siempre que quieras o me necesites.

Emma sonrió satisfecha. Puede que no hubiera sido una cita al uso, pero el resultado era que había conseguido un amigo para toda la vida, y eso era algo que merecía mucho la pena.

Capítulo 15

El viernes, en cuanto terminaron las clases en el centro en el que trabajaba, Megan cogió el coche y se fue a buscar a su amiga, no sin antes pasarse por 4.o B y despedirse de su colega, Patrick, aunque la despedida fue, cómo decirlo, poco convencional. Estaba impaciente por conocer los detalles tanto de su cita con Will como de la visita de James. La llamada de Emma para cancelar su cena porque iba a salir con su compañero de trabajo había dejado a Megan con una sana curiosidad que se moría por satisfacer.

Su relación con Patrick la estaba absorbiendo completamente. No era que tuviera ninguna queja por ello; sin embargo, iba a intentar resarcir a su amiga y dedicarle toda la tarde y la noche del viernes: tenían que ponerse al día con los chismes.

Cuando llegó a Beating, Emma estaba ocupada al teléfono, por lo que se quedó en recepción hablando con Carol. La mujer le adelantó detalles suficientes como para que pudiera atar cabos. La secretaria había oído a Emma llamar James a Melissa Moon. Además, según Carol, su amiga estaba agitada y enfadada, información suficiente para Megan y sus cartas del tarot. Si bien no era muy buena interpretándolas, era cierto que la tirada era correcta, lo que fallaba era la visión de la tarotista, a la que no le vendrían mal unas buenas gafas de alta graduación.

Cuando Emma terminó, Megan ya sabía que iba a tener que ser cautelosa para sacar el tema de James. Desde la noche en que fracasó la cita con él, Emma había esquivado el asunto, a pesar de sus constantes intentos por conocer todos los detalles.

Sonriendo, se acercó a su mesa en cuanto su amiga colgó.

—Hola, *pelig-roja* —saludó Megan.

—Ja, ja, ja, ja —se carcajeó Emma—. Meg, cariño, te he dicho que no lo intentes, las pullas no son lo tuyo —replicó divertida—. Pero vamos

al tema, ¿qué tal con Patrick? —dijo antes de que Megan atacara con sus preguntas.

Al parecer la máxima de que la mejor defensa es un buen ataque resultaba cierta. Esas palabras fueron más que suficientes para que Megan se explayara a gusto y se olvidara de James durante un buen rato.

—¡Ay! Es tan guapo y tan dulce, y es tan buen profesor... Sus alumnos lo adoran y los míos también, ya puestos. En el recreo juega con ellos al fútbol y...

—Y tú no haces más que babear viéndolo correr tras la pelota —la cortó su amiga suspicaz.

—¡Cómo eres, mujer! Claro que no hago otra cosa —soltó muy seria y las dos volvieron a reír como niñas.

Después de una breve discusión sobre la comida (Emma prefería el McDonald's y Megan, el Burger King), ganaron las patatas Deluxe y fueron al McDonald's.

Entre risas y salsa barbacoa, Emma se enteró de que Patrick no era tan serio como lo pintaban y su amiga podía dar fe de ello, después de haber compartido un tórrido revolcón en la alfombra del salón cuando se presentó de improviso en su casa tras haber cumplido con un compromiso que había entablado con su ex.

—No puedes contarme estas cosas —se quejó Emma, entre risas—. Ahora miraré tu alfombra con otros ojos. Seré incapaz de volver a pisarla sin pensar en «eso» —dijo mientras reía.

Megan sonrió contenta; Emma se había olvidado durante un rato de sus preocupaciones, de contar calorías, del trabajo, de James...

—Dios, y será peor cuando vea a Patrick. Es preferible que no me cuentes los detalles morbosos —pidió con una sonrisa sincera—. O él terminará descubriendo que lo sé.

—Cuando lo veas, fingirás que no sabes nada de nada. De acuerdo que no es tan serio como parece, pero es tímido y no quiero que lo asustes, aún no está preparado para conocer esa parte de nuestra relación —explicó muy seria.

—¿Esa parte de nuestra relación? —preguntó Emma, intentando aguantarse la risa.

—Sí, esa parte de nuestra relación, tuya y mía. Ya sabes, que nos lo contamos todo y esas cosas. Además, si me gustaran las mujeres, me casaría contigo; también lo sabes, ¿verdad? —la interrogó poniendo

morritos y riendo.

—Por supuesto, amor. Tú también eres mi mujer perfecta —comentó ella guiñándole un ojo.

La compañía de Megan siempre la animaba por muy de bajón que estuviera. Tan enfrascadas estaban en su conversación y sus bromas, que no vieron a la pareja que acababa de entrar en el restaurante. Ella desentonaba en ese ambiente informal: llevaba un ajustado vestido con *print* animal y unas botas hasta las rodillas, y lucía una chaqueta de cuero, corta y abierta, de modo que el escote del vestido dejaba muy a la vista sus enormes atributos de plástico. Media docena de cabezas masculinas, la mayoría de ellas ubicadas en medio de sus familias, se volvieron para mirarla.

James no se sentía inseguro porque los hombres la devoraran con la mirada, su inseguridad nacía del descaró de Claudia, que prodigaba sonrisas por doquier, pues muchos hombres se lo tomaban como una invitación para acercarse a ella.

Volvió a preguntarse por enésima vez esa semana por qué estaban juntos. Y, como cada vez que se lo preguntaba, no supo qué responderse. La imagen de una mujer dormida con su rojo cabello extendido por la blancura de su almohada volvió a su mente, el estómago le había dado un vuelco mientras el calor se extendía hacia su vientre; algo estaba mal en su vida y ya era hora de tomar las riendas y cambiarla.

Una melodiosa risa atrajo su atención hacia el otro extremo de la hamburguesería. Se quedó plantado donde estaba cuando descubrió de quién se trataba. Había tenido que prometerle a Claudia una cena en el mejor restaurante de Londres sólo para que en esa ocasión aceptara acompañarlo, y ahí estaba Emma, disfrutando como una niña de su hamburguesa, de sus dedos manchados de mostaza y de comer patatas fritas con las manos.

Sin ser consciente de ello ni avisar a su acompañante, empezó a andar hacia ella. Emma y Megan estaban tan ensimismadas que no lo vieron acercarse, sólo se dieron cuenta de su presencia cuando él las saludó.

En ese momento, Claudia ya estaba a su lado sonriendo con falsedad.

—Hola, pareja —saludó Emma. Su voz sonó educada, pero fría y distante, como si una barrera invisible los separara.

—Hola, bonitas —respondió la morena—. Veo que no estáis muy interesadas en vuestra apariencia —dijo con desdén.

—¿Y eso? —preguntó la *pelig-roja* más *pelig-roja* que nunca, a juzgar por el brillo peligroso de su mirada.

—Yo jamás me comería una cosa de éstas —dijo mientras señalaba con asco una de las hamburguesas a medio devorar de Emma—. Pero, bueno, yo tengo una figura envidiable y es normal que me preocupe por mantenerla.

Ante semejante insulto, Megan, que no se lo esperaba, se atragantó con el bocado y empezó a toser. James se quedó demasiado estupefacto como para intervenir.

Emma parecía la única que conservaba la calma.

—Sí, cariño, eso es verdad, al fin y al cabo, la silicona nunca se deforma, por eso eres tan perfecta. Y ahora, si no os importa, nos gustaría seguir disfrutando de la comida sin indigestiones.

A James se le escapó una sonrisa. Emma era mucha Emma y definitivamente él era un capullo. «Punto y minipunto para el equipo de las chicas», pensó y, cogiendo a Claudia del brazo (pues se había quedado parada esperando que James la defendiera), se marchó con un escueto:

—Buenas noches. Espero que disfrutéis de vuestra cena. Nosotros intentaremos hacer lo mismo.

Emma supuso que se había ofendido por la brusca respuesta que le había dado a su novia. Nada más lejos de la realidad. James estaba enfadado con Claudia por mostrarse grosera e impertinente, y con él mismo por vivir obsesionado con ella, pero, sobre todo, estaba enfadado porque su hermana volviera a tener razón y él se viera obligado a soportar sus «te lo dije» de por vida.

—¡No lo puedo creer! ¡Será cretino! —exclamó Emma mientras James se alejaba llevándose a Claudia de la mano.

James sonrió sin ganas al oírla. «No sabes cuánto —pensó—. No sabes cuánto.»

Capítulo 16

Media hora después del encontronazo entre las dos mujeres, James todavía le daba vueltas a la idea que llevaba días rondándole desde que vio a Emma en el pub con aquel rubio estirado, la misma idea que desde entonces le golpeaba con más fuerza cada vez que pensaba en el abrazo del que fue testigo.

—James, cariño —ronroneó Claudia zalamera—, no me parece bien que seas el padrino del novio cuando ella va a ser la dama de honor de tu hermana. Ya has visto lo grosera que ha sido conmigo esta noche. ¿Por qué no le pides a Lis que me incluya entre las damas de la novia? Así asistiría a la boda y formaría parte de ella, igual que tú —pidió melosa.

James tardó varios segundos en asimilar la petición de su chica.

—En primer lugar, porque mi hermana te odia, y en segundo, porque es su boda y quiero que sea todo perfecto para ella, no quiero que tenga que aceptarte sólo por no molestarme.

—Muy bien —dijo enfurruñada—, pues entonces renuncia a ser el padrino y todos tan contentos. Al fin y al cabo, Matt no es nada tuyo.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó él, todavía asimilando lo que le acababa de pedir.

—No quiero que estés cerca de Emma, así que no quiero que seas el padrino. He visto cómo te mira, como si fueras una maldita hamburguesa de esas que se estaba comiendo. No estoy dispuesta a tolerarlo, ¿está claro? —El tono meloso había desaparecido de su voz; ahora había autoridad en él: estaba dándole una orden, de eso no había ninguna duda.

—¿Me estás pidiendo que, por unos malditos celos, arruine la boda de mi hermana?

—No son celos, es una simple cuestión de propiedad. Tú eres mío y no quiero que estés cerca de ella si yo no estoy para vigilarla o para vigilarte a ti.

—Tu regreso no ha sido por mí. Nada de todo esto ha sido por mí, sino por fastidiar a Emma. A tu rival. No puedes soportar perder, ¿verdad?

—¿Rival? Yo no tengo rival. No seas ridículo, James. Tú me quieres, no puedes no hacerlo.

James entendió en ese mismo instante lo que había hecho, pero fue más doloroso descubrir lo que había perdido.

Estaba tumbado en la cama, absorto en sus pensamientos con *Losing my mind*, de Daughtry, sonando de fondo. Por primera vez en mucho tiempo era consciente de hasta qué punto había llegado a perder la cabeza.

¿Por qué había estado tan ciego? Desde el momento en que la vio, mucho antes de que le derramara la cerveza por encima, ya se había fijado en ella. Desde que cruzó la puerta del pub, el ambiente había cambiado: ella lo había iluminado todo con su sonrisa. Estaba riendo por algo que le había contado su amiga y en ese instante el mundo de James había cambiado irremisiblemente.

No obstante, en esos momentos le embargaba la certeza de que terminar con Claudia no iba a ser suficiente y lamentarse por su error tampoco iba a solucionar sus problemas; había estado tan asustado por lo que sentía por Emma que se había agarrado al clavo ardiendo que era Claudia, a quien conocía muy bien. Estaba al tanto de sus defectos, y conocerlos le aseguraba que ya no le podría volver a hacer daño. Sin embargo, Emma sí que podía lastimarlo, era todo lo que alguna vez había soñado en una mujer y no había estado dispuesto a dejarse llevar y volver a salir herido. Se engañó a sí mismo y regresó con Claudia, pero nada había vuelto a ser como la primera vez. Ella ya no le calentaba la sangre; su nueva relación se había vuelto más una necesidad de escudarse en alguien que en un noviazgo pleno, propio de dos personas enamoradas.

¿Qué iba a hacer ahora? Su mirada se perdió en su portátil, y comenzó a visualizar letras que se agrupaban en palabras y expresaban sentimientos... Iba a hacer lo que hacía siempre: descargar sus pesares,

sus frustraciones, a él mismo, en las páginas de sus novelas.

Durante más de quince minutos permaneció como estaba, sentado en la cama, apoyado sobre la almohada y con los ojos cerrados; casi se podían ver los engranajes de su cerebro engrasándose y preparándose para trabajar.

Abrió los ojos y, sin descanso, sus dedos comenzaron a moverse sobre las teclas. Concentrado en sus palabras, de vez en cuando un escalofrío le recorría la espalda. Las situaciones que ideaba, las que describía, se volvían tan reales en su imaginación que conseguían alterarlo físicamente.

Durante tres días, apenas despegó la mirada de la pantalla de su portátil, lo justo para beber el café que le servían en el Pierre's Coffee o para comer cualquier cosa que se pudiera descongelar y servir. Hubo veces que hasta se olvidó de alimentarse, tan absorto como estaba en su trabajo. Tampoco atendió las llamadas de su móvil ni descolgó el teléfono de casa para saber quién estaba interesado en dar con él.

Se limitó a dejarse llevar por las palabras, que acudían a él entremezcladas con imágenes. Palabras que no eran capaces de expresar todo lo que necesitaba decir... palabras que no buscaban otra cosa más que comprensión y perdón.

Capítulo 17

Emma alargó la hora de levantarse todo el tiempo que pudo. Sabía que tenía que afrontar su día, pero después de la semana tan agitada que había sufrido y a la que había sobrevivido, únicamente pensaba en pasarse el día entero haciendo el vago y viendo comedias románticas con final feliz.

Ésas eran las únicas películas que realmente la atraían. Pensaba que la vida ya se ponía bastante difícil sola y, cuando encendía el televisor o iba al cine, lo hacía para evadirse de esos problemas, por eso esperaba ver historias que la animaran, que la hicieran reír y, sobre todo, que terminaran con promesas de futuro.

Un futuro que tenía al alcance de la mano cada domingo. Las comidas familiares, en las que sus padres siempre estaban pendientes el uno del otro, y su cuñada y su hermano enamoradísimos, le hacían ser todavía más consciente, si eso era posible, de que ella seguía sola y sin romance a la vista.

Se le ocurrió llamar a Megan e invitarla a acompañarla; al fin y al cabo, era lo más parecido que tenía a una relación estable. Sus padres la conocían y la adoraban desde que la vieron por primera vez con tan sólo cinco años, y Matt la consideraba una hermana pequeña más.

Sin levantarse, estiró el brazo hasta la mesilla de noche donde descansaba su móvil. Le dio a la tecla de últimas llamadas y marcó.

A los tres pitidos, su amiga contestó.

—Buenos días —saludó con voz cantarina.

—Buenos días. Oigo que te has levantado de buen humor —la tanteó antes de atreverse a invitarla.

—Más que levantarme de buen humor, lo que ocurre es que me acosté de buen humor. Patrick acaba de irse —explicó su amiga feliz.

—¿Me lo estás restregando por la cara? —preguntó entre suspiros, mientras se acomodaba la almohada en la espalda.

—La verdad es que un poco sí —reconoció Megan con una sonrisa perpetúa pintada en la cara—. Pero sé que no me lo tendrás en cuenta porque me quieres.

—De acuerdo, estás perdonada. En realidad te llamaba para invitarte a comer. ¡Te necesito, Meg! —suplicó con voz lastimosa—. Si tengo que pasar otro día rodeada de parejas felices, me moriré. Te necesito como apoyo moral —siguió ante el silencio de su amiga—. Es una lástima que no te haya hecho una video llamada, porque ahora no puedes ver la cara de pena que estoy poniendo.

—Cuenta conmigo, Em. Te acompañaré a casa de tus padres y me aguantaré, y me comeré las maravillas que hace su chef francés, y mantendré conversaciones con personas inteligentes y educadas que además me caen bien. Pero que conste que sólo lo hago por ti —explicó socarrona—. Los lujos que me ofreces no tienen nada que ver con que te diga que sí.

—El sarcasmo no te va nada —se quejó ella.

—Pues yo creo que se me da muy bien. En una hora paso a recogerte. —Y añadió fingiendo regañarla—: Levántate de la cama, ¡vaga!

—¿Cómo sabes que sigo en ella? —Instintivamente se incorporó y miró a su alrededor.

—Es por el mal aliento mañanero que me llega hasta aquí a través del teléfono —se burló Megan.

—¡Serás bruja! —exclamó ante la ocurrencia.

—¿Ya estamos otra vez con eso? Pues gracias, cariño, tú también eres un sol —contestó con guasa.

¡Mierda! Tenía que recordar que para Megan eso no era un insulto. Siempre que pretendía cabrearla, acababa halagándola.

La casa de sus padres en Mayfair era el lugar donde Emma y Matt habían pasado su infancia. Sus padres todavía conservaban intactos su dormitorio y el de su hermano. No era de extrañar, ya que la casa tenía suficientes habitaciones como para alojar a media docena de invitados sin necesidad de usar las suyas.

Era una casa de estilo y construcción victoriana que su padre había restaurado con mimo y dedicación. La fachada conservaba su antiguo

esplendor y el interior, aunque mantenía el estilo victoriano, estaba equipado con toda la tecnología del siglo ^{xxi}.

Tal y como había imaginado, sus padres se mostraron encantados con que Megan almorzara con ellos. De niñas pasaban muchos veranos juntas, tanto en casa de una como de la otra. Con el paso de los años, habían mantenido su amistad intacta, por lo que tanto los padres y hermanos de Megan como Matt y sus padres las consideraban de la familia. Al fin y al cabo, la amistad no es más que la familia a la que eliges.

La conversación de la sobremesa giró alrededor de la boda y los preparativos para ésta. Su padre les comentó que tenía pensado reservar todas las habitaciones del hotel para los invitados. Megan confirmó que iría acompañada y su madre la felicitó por haber encontrado a alguien. Aunque se abstuvo de mencionar que su hija no, la larga mirada que le lanzó fue más que suficiente para que todos comprendieran lo que estaba imaginando. «Nota mental —pensó Emma—: preguntarle a Will si quiere acompañarme a la boda.» La idea era perfecta, se felicitó. Will era guapo, inteligente, divertido y educado y, lo mejor de todo, era un buen amigo, detalle que su madre no tenía por qué conocer.

Lis y Matt se marcharon casi sin terminarse el postre, pues habían prometido tomar el té en casa de unos amigos. Emma estaba segura de que lo habían hecho a propósito para evitar a su madre y sus grandilocuentes ideas para la ceremonia. En cuanto se quedaron solas, su madre y Megan comenzaron a hablar sobre la buena pareja que hacían los dos y lo preciosa que iba a ser la celebración en un castillo escocés de cuento de hadas.

Su madre, que encontró en Megan a una perfecta oyente, alabó a sus futuros consuegros, a los que había conocido en la comida de compromiso que organizó su nuera. Emma rezó para que no hablara también sobre el hermano, pero Dios debía de tener los oídos taponados porque hizo caso omiso a sus súplicas. Así que Emma tuvo que escuchar lo guapo que era James y lo encantador que había estado durante la comida que las familias habían compartido.

Su padre debió de notar algo, o simplemente fue suerte, la cuestión es que se levantó de la mesa y le pidió que lo acompañara a la biblioteca para poder tomarse un brandi.

Al entrar en ella, le vino el olor a los puros que fumaba su padre,

mezclado con el perfume que usaba, y se sintió una niña de nuevo.

Matthew padre la hizo sentarse en uno de los sillones frente a su escritorio y él lo hizo tras él.

—¿Qué pasa, bichito?

—Nada, papá —respondió demasiado rápido.

—No digas que nada porque sé que algo te preocupa. ¿Es por la boda de Matt? Imagino que ser la dama de honor te supone una presión añadida.

—Sí, papá —dijo, aceptando la salida que le había dado su padre, en el mismo instante en que comprendió que su hija no quería hablar de ello.

—¿Sabes? Cuando conocí a tu madre ni siquiera me gustó.

—¿Qué quieres decir con eso? —La mirada de Matthew era calmada y destilaba comprensión.

—Quiero decir exactamente lo que he dicho. Que las cosas no son blancas o negras, existen los matices, los grises y, a veces, las explicaciones más sencillas son las verdaderas.

—Papá, ¿qué crees que sabes exactamente?

—Bichito, yo no sé nada y lo sé todo. No me convertí en uno de los hombres de negocios más importantes de Gran Bretaña sin usar la intuición. Sigue tu instinto y deja ya de hacerlo todo con la cabeza. El corazón tiene razones que la mente no entiende.

—Te quiero, papá —dijo emocionada.

—Está bien, cariño. Yo también te quiero. Vamos con mamá y con Megan —propuso mientras apagaba el puro en el cenicero—. Y no le digas a mamá que he fumado, estoy intentando dejarlo.

Megan y Emma estaban sentadas frente a un enorme bol de palomitas con mantequilla. Se enjugaban discretamente las lágrimas que se les habían escapado mientras veían *El diario de Noah*.

—Me encanta esta película —suspiró Megan—, ¡y Noah está tan bueno!

—Lo sé. Últimamente parece que no veo otra cosa.

—¿Qué sabes, que me encanta la película o que Noah está bueno?

Emma la miró exasperada.

—Déjate de bromas, Meg. —Emma todavía les daba vueltas a las palabras de su padre en la biblioteca.

—Palabrita que ya no bromeo más. Por hoy —añadió muy seria.

—¿Tú crees que James es sincero cuando dice que quiere que seamos amigos? —Aunque la pregunta iba dirigida a Megan, supo que se lo estaba preguntando también a su corazón.

—Creo que, si fue lo suficientemente sincero como para decirte en tu cara que quería estar con Claudia, e ir de frente, debe de ser igual de veraz cuando te dice que aprecia tu amistad. Aunque lo que yo piense no importa. Lo importante es lo que sientas tú.

—Eres la segunda persona que hoy me dice que haga caso a mis sentimientos y no a mis pensamientos.

—¿Y no te has parado a pensar que puede que tengamos razón?

—Me gustaría que todo fuera más fácil —se quejó Emma mientras volvía a darle al «Play».

—Entonces ¿dónde estaría la diversión cuando al final consigues lo que quieres? —murmuró bajito Megan.

Emma guardó silencio. Ojalá la vida fuera tan cierta como una novela o una película romántica... donde al final todo salía bien.

Capítulo 18

El lunes, después de un fin de semana de relax y bollería, Carol entró con cara de circunstancias en su despacho.

—Tu madre quiere hablar contigo —le comunicó muy seria.

—¿Está aquí? —preguntó al no verla por ningún lado.

—No, al teléfono.

—Gracias, Carol —se despidió mientras descolgaba el auricular.

Su madre era la única persona a la que Carol respetaba, la única que no entraba en su larga lista de chismes. Y su respeto se traducían en solemnidad cuando ella estaba cerca o al teléfono, como era el caso.

—Hola, mamá —la saludó.

—Hola, cariño. Necesito tu ayuda. Estoy haciéndome la manicura y me he dado cuenta de que mi pedicura también necesita una revisión, así que tardaré más de lo previsto; además, tu hermano me espera en el sastre esta tarde, y preciso que vayas tú y le hagas compañía hasta que llegue. Pero, cariño, no permitas que diga que no quiere chaleco, es imprescindible para un novio. Te veo luego, cielo. —Y colgó. Sin escuchar la conformidad de su hija. Sin molestarse en saber si estaba ocupada.

Emma suspiró. Su madre siempre hacía lo mismo, le soltaba la bomba de golpe y ni siquiera le daba la opción de negarse.

Además, ¿cuántas horas necesitaba para hacerse la manicura y la pedicura?, si eran las once de la mañana y la cita con su hermano no era hasta las tres. Respiró hondo varias veces. Su madre era una de las pocas personas que conseguían alterarla tan sólo con mirarla. Así que, cuando se ponía en plan diva, su tensión se disparaba.

Intentando no pensar más en eso, se puso a revisar los detalles para la cena de Navidad de la empresa. Después de volverse loca buscando sin éxito algún buen restaurante en el que cupieran todos, llamó a Carol, quien

se mostró más que encantada de ayudar en la organización. Esa mujer era una todoterreno.

Como eficiente secretaria que era, fue a su mesa y sacó de su cajón un inmenso tarjetero, que parecía contener las llaves del cielo.

Una hora después, ya tenían restaurante y mesa reservada, y ahora Carol se dedicaba a pasearse por los despachos, preguntando a los compañeros si querían carne o pescado.

Encima habían tenido una inmensa suerte, o a Carol para ser más exactos, ya que en el mismo restaurante había una zona reservada tipo pub para tomar copas, estilo *chill out*, por lo que la cena de ese año pintaba muy bien, hasta que Carol expuso lo evidente.

—¡Emma! —la llamó su eficiente secretaria—. Hay que invitar también a Melissa Moon. —Y en su examen había más de lo que daba a entender.

—¿Por qué quieres invitarlo? —preguntó con una mirada directa que no intimidó a su asistente.

—Siempre invitamos a los autores con los que estamos trabajando en ese momento; ¿han cambiado las directrices de la empresa y no me he enterado? —preguntó fingiendo inocencia.

—No, no han cambiado las directrices, Carol. Está bien, llámalo e invítalo. Al fin y al cabo, es tu trabajo —contestó visiblemente molesta por la intromisión de la secretaria aun a pesar de tener claro que hacerlo era lo correcto—. ¿Sabes qué, Carol? Eres mucho peor que mi madre.

Se levantó airada, cogió el abrigo y el bolso del perchero al salir y se despidió de su asistente, enfurruñada y molesta por tener que invitar a James a la cena. La cara de la secretaria resplandeció cuando la comparó con semejante dama.

Emma se mordió la lengua para no gritar. Siempre que pretendía insultar a alguien, acababa por halagarlo, había que tener mala suerte.

Iba a ser un día muy muy largo y, para colmo de males, su ordenador no dejaba de reiniciarse sin avisar.

Cuando Matt salió del probador, Emma pensó que tenía el hermano más atractivo del mundo. Al ver la reacción de su hermana, la sonrisa de él se ensanchó.

—¿Debo entender por tu cara que estoy guapo? —preguntó complacido.

—Estás impresionante —respondió con la voz temblorosa.

Matt se acercó rápidamente a ella.

—¿Qué pasa, bichito? —preguntó mientras le acariciaba la mejilla.

—Nada, simplemente estoy emocionada. Vas a casarte. Sabes que adoro a Lis, pero ya nunca más seremos tú y yo.

—Cariño, siempre seremos tú y yo, nada va a cambiar, simplemente nuestra familia se va a hacer un poco más grande. Pero tú siempre serás mi hermanita pequeña, siempre te voy a querer y a cuidar. Y siempre voy a querer que tú estés ahí para cuidarme también.

Emma sabía que se estaba mostrando tonta, pero al parecer últimamente todo lo que le importaba lo perdía: Megan había encontrado a Patrick, Matt iba a casarse con Lis y James... Era mejor no pensar en él.

Se esforzó por sonreírle a su hermano.

—Lo siento, ha sido un bajón momentáneo, sabes que estoy muy contenta con la boda y...

—James y Claudia ya no están juntos —soltó de golpe su hermano.

—¿Qué? —La tensión que había sentido se descargó en el monosílabo. Su voz sonó estridente en medio del silencio.

—Lis no quería que te lo dijera, pero yo creo que debes saberlo.

—¿Por qué Lis no me lo quería contar? —preguntó aún aturdida por la noticia.

—James no está bien; Lis cree que se arrepiente de haber vuelto con ella y opina que es preferible dejar que él se explique, pero eres mi hermana y no creo que lo mejor sea que te lo cuente él y que te pille desprevenida y vuelvas a caer. Deseo que tengas tiempo para tomar una decisión, que si te arriesgas, sepas las consecuencias. No quiero que te culpes si al final vuelve a salir mal.

»Te quiero y quiero que seas feliz, y realmente siento que a él le importas, pero tú debes pensar en ti, en lo que quieres. Em, te mereces ser feliz, te mereces a alguien que te quiera y se preocupe por tus sentimientos. Ahora ya sabes lo que hay, piensa qué vas a hacer y actúa en consecuencia.

—¿Desde cuándo no están juntos? —preguntó perspicaz.

—Creo que hace casi una semana que se separaron, ¿por qué lo preguntas?

—No me ha llamado, no se ha puesto en contacto conmigo de ninguna manera, así que no creo que le importe tanto, la verdad.

—Bichito, dale tiempo, imagino que estará ordenando sus ideas. No debe de ser fácil comprender que has fastidiado la oportunidad de conocer a alguien que vale la pena por una mujer tan hueca como Claudia —le comentó Matt comprensivo con su cuñado.

Emma levantó la vista hacia su hermano, que sonreía con ternura.

—Te quiero, Matt, no puedo imaginar un hermano mejor que tú —le dijo, esforzándose por no soltar la lagrimita.

La puerta de la sastrería se abrió y una mujer pulcramente arreglada, de unos cincuenta y tantos años, entró por la puerta, más tiesa que el palo de una escoba.

—Vosotros siempre estáis igual, venga el abrazo. Desde que teniais cinco y siete años no os habéis despegado el uno del otro. Bueno, ¿no hay uno de éstos para vuestra querida madre? —gruñó riendo la mujer.

—Claro, mamá —contestó Matt mientras arrastraba a su hermana junto a ella.

Después de los saludos y los besos, Emma se despidió, dejando a Alice Ewing y a su hermano hablando con el sastre y dándole los últimos ajustes al traje. Se marchó a cumplir con su deber como dama de honor, que consistía en probarse su propio vestido y aconsejar a la novia respecto al suyo.

La *boutique* estaba sólo tres calles más allá de donde se encontraba, así que decidió ir paseando y aprovechar que no llovía.

Intentó borrar de su mente las palabras de su hermano. James ya no estaba con Claudia desde hacía una semana, más o menos desde que coincidieron en la hamburguesería y, desde entonces, no había intentado hablar con ella, ni siquiera utilizando la excusa de su novela, que ella misma editaba. Y para terminar de complicarlo todo, iba a tener que fingir con Lis que no sabía nada de nada, porque no estaba dispuesta a comprometer a Matt por haberle confiado la verdad.

El ambiente en la ciudad cambió su humor. A menos de cuatro semanas para Navidad, las calles y los escaparates estaban ya adornados en rojo y verde, los Papá Noel decoraban cada esquina. Emma recordó cómo era esa festividad cuando era pequeña, la única época del año en que su padre se olvidaba de sus negocios y pasaba las fiestas en casa, sin teléfonos ni faxes que pudieran recordarle el trabajo.

En diez minutos, muchos más de lo normal, debido a que se paró a observar cada escaparate decorado que encontró durante el camino, llegó a la *boutique* donde la aguardaban Lis, su madre y el resto de las damas de honor: dos primas de su cuñada, su propia prima Anna y una amiga de la infancia de Lis; todas ellas, a excepción de Anna, que vivía también en Londres, habían volado para la ocasión, gracias al *jet* privado de su padre, y en cuanto terminara la prueba regresarían a sus casas, como si la prueba de vestidos se hubiera realizado a dos manzanas de sus hogares.

Cuando entró comprobó que la fiesta ya había empezado sin ella. Las risas salían del reservado vip y se oían por toda la tienda. Una de las dependientas enseguida la reconoció de otras pruebas anteriores y se acercó a ella sonriente, mientras le tendía la mano para recoger su abrigo y su bolso.

Emma dejó el móvil a propósito en él. Iba a disfrutar de la tarde sin pensar en nada más que vestidos de novia, canapés y champán.

—¿Amarillo? —preguntó asombrada Emma.

—No es amarillo, es color champán —corrigió la dueña de la *boutique* amablemente.

—Em, cariño, era el único color que os sentaba bien a todas —explicó su cuñada—; además, es perfecto para el poco combinable color de tu pelo.

—A mí me gusta mucho —comentó Maggie, la amiga de Lis.

—Sí, es precioso —terció la madre de su cuñada—, y os sienta de maravilla a todas.

A Emma enseguida le cayó bien, era muy amable y siempre tenía una sonrisa en los labios. Era una mezcla entre James y Lis y sin duda era igual de amigable que ellos.

—Cariño, es verdad —comentó Lis—. Tu hermano jamás me hubiera perdonado que te vistiera como a un fresón, por eso al final elegí este color —le explicó, señalando el vestido que llevaba puesto su cuñada. Y añadió en voz más baja—: Eres a la que mejor le queda de todas mis damas de honor.

—Así que ha sido por mi hermano, no por mí —bromeó Emma, intentando disimular la confidencia de su cuñada.

Lis estalló en risas.

—Lo siento, cielo, pero voy a casarme con él. Tengo que mantenerlo contento, ¡ya me entendéis! —dijo guiñándoles un ojo a las escandalosas

mujeres que la rodeaban alborotadas.

Hasta la madre de Lis, después de sonrojarse tímidamente al oír el comentario de su hija, se unió a las bromas de las mujeres.

Emma se preguntó si Lis le había contado algo sobre James y ella a su madre; la mera idea de que Rebecca supiera lo que había sucedido entre ella y James la hizo sentir incómoda. Lo supiera o no, Rebecca fue encantadora y educada durante toda la tarde; ninguna de las asistentes hizo alusión a nada que la incomodara, bien por desconocimiento, algo que dudaba tratándose de Lis, o bien por respeto a sus sentimientos.

Horas después, ya en casa y en pijama, Emma todavía se preguntaba el porqué del silencio de James. Si finalmente había terminado su relación con la víbora siliconada de poca ropa, ¿por qué no intentaba retomar lo que dejaron a medias?

«No te importa que no te llame», se dijo. Pero no era capaz de engañar a nadie y mucho menos a sí misma.

Se obligó a coger a la gata en brazos para que ésta le impidiera levantarse y lanzarse sobre el teléfono para llamarlo, no sólo porque seguía enamorada de él, sino porque lo que ambos habían compartido había sido tan real que le resultaba incomprensible su actual silencio.

—No vamos a llamarlo, ¿verdad, *Isis*? Al menos, no lo haremos esta noche. Primero tenemos que descubrir qué sucede. Es una pena que Carol no pueda entrometerse y descubrir qué ocurre —comentó al tiempo que acariciaba a la gata, que la recompensó con un agradable ronroneo.

Capítulo 19

Emma entró en la oficina puntual como cada mañana, aunque se había saltado el gimnasio y había aprovechado el tiempo durmiendo. El champán del día anterior hacía que notara un leve dolor de cabeza y cierto vacío en el estómago. Detalle que, unido a lo habitual que se estaba volviendo saltarse el ejercicio, conseguía que no se sintiera muy animada.

«Menos mal que el champán era del caro —pensó—, si no hoy no habría podido levantarme.»

Cuando terminaron las pruebas del vestido, las chicas al completo se marcharon al *Cittie of Yorke*, donde siguieron con el buen ambiente. Allí cenaron una bolsa de patatas fritas, un paquete de cacahuets, varias pintas y un par de cócteles. Afortunadamente habían llenado la barriga en la *boutique* con los canapés que les habían servido, porque la mezcla de alcohol y estómago vacío era como un cóctel molotov. El resultado de su noche se traducían en dolor de cabeza, falta de apetito y náuseas, ideal para afrontar todo un día de trabajo al lado de Carol.

Pidió a su secretaria un analgésico y un café bien cargado y se puso a ordenar su mesa. Cinco minutos después, su eficiente asistente regresó con lo que le había pedido, y sin hacer ninguno de los comentarios que acostumbraba a hacer. Al parecer todavía se acordaba del enfado de Emma de la tarde anterior y no quería presionarla. «Mejor», pensó, así evitaría la cháchara y, con un poco de suerte, el paracetamol le aliviaría la resaca.

Siguió ordenando su espacio, rodeada de un silencio celestial, hasta que Will apareció en su despacho para comentar varios puntos pendientes de la promoción de las nuevas publicaciones previstas para ese mismo mes. Emma intentó seguir la conversación, pero, entre el dolor de cabeza y lo despistada que andaba, los dos terminaron tomando café y charlando de cualquier cosa intrascendente.

Diez minutos con Will y se olvidaba de todas sus preocupaciones. Era

maravilloso tenerlo como amigo; le imprimía otra perspectiva distinta a las cosas. No era como Megan ni como Matt, ni siquiera era tan positivo y exagerado como Lis. Will era una versión masculina de Emma: maduro, responsable y con ese toque masculino que le permitía saber más que Emma sobre los misterios de su sexo. Sonrió al recordar que esa misma mañana lo había visto hablando con Nicole y que ésta parecía más feliz. No le había lanzado una mirada asesina cuando se acercó a ellos. Se preguntó si habrían vuelto, pero entonces otra de las ocurrencias de Will hizo acto de presencia y se olvidó por completo de todo lo demás. Tuvo que agarrarse la tripa porque tenía agujetas de tanto reír. Perdió el hilo de sus pensamientos y no le preguntó por su relación.

Otra de sus virtudes era que tenía unas manos prodigiosas: en tan sólo cinco minutos masajeando sus sienes, había conseguido atenuar su dolor de cabeza allí donde los analgésicos habían fallado.

—¿Sabes qué es lo mejor para la resaca? —preguntó en un tono confidencial.

Emma se encogió de hombros, a la espera de que le diera el remedio perfecto que la pusiera en marcha en un santiamén.

—No beber —apuntó completamente serio, lo que provocó que Emma volviera a reírse de sus ocurrencias.

—Si lo haces muy seguido corres el riesgo de que se te quede cara de resaca.

—¿Y eso qué es? —inquirió Emma entre risas.

—¿Conoces a Joseph, el de contabilidad?

—Lo conozco.

—Pues ahí tienes tu respuesta. Joseph tiene cara de resaca. Los párpados caídos detanto achicar los ojos, la frente arrugada por fruncir el ceño para intentar aliviar el dolor de cabeza, la boca anclada en una mueca triste...

—De verdad, ¡qué malo eres! —lo regañó Emma, más lúcida después del masaje y el café—. Joseph, el de contabilidad, es una persona encantadora. El pobre no tiene la culpa de parecer un pez. ¡Dios! Eres una pésima influencia. Acabo de llamarlo pez. —Emma rio de nuevo.

—Venga, dime que nunca lo habías pensado y puede que te crea —la pinchó Will, de muy buen humor.

—Una cosa es pensarlo y otra decirlo en voz alta —se defendió ella, mientras fruncía el ceño.

—Eso sólo muestra que yo soy más valiente —bromeó él.

Iba a protestar ante su afirmación cuando en ese preciso momento sonó el teléfono y, al descolgarlo, Carol le anunció una visita. Sus ojos vagaron a través de las cristaleras que rodeaban su oficina y se quedó totalmente paralizada al ver a James allí, observándola con el rostro serio y una mirada ¿dolida?, ¿sorprendida? Claro, seguramente había reconocido a Will de la noche en que se encontraron en el pub y había sacado sus propias conclusiones.

Siguió observando, mirándolo directamente mientras intentaba descifrar su mirada, olvidándose por completo de la presencia de Will en su oficina. Se enfadó consigo misma; su formación le permitía leer y escribir en tres idiomas diferentes y, en cambio, era incapaz de adivinar qué pensaba James. Era pésima para descifrar las expresiones de la gente.

Emma bajó la mirada de sus ojos y se fijó en que llevaba un gran sobre en la mano.

«La novela —pensó—. Ahora ya no hay ninguna excusa para que nos volvamos a ver. Le puedo mandar las notas y las correcciones por correo electrónico y todo volverá a ser tan normal como era mi vida antes de que él apareciera y la descolocara.»

Will, que la notó absorta, se levantó educadamente y le guiñó un ojo mientras decía:

—Seguimos teniendo pendiente una conversación. No le hagas sufrir mucho o, mejor, no te lo hagas a ti —la aconsejó muy serio—. Créeme, te lo digo desde la experiencia.

—Por supuesto —respondió Emma, pero ya no había la complicidad de unos momentos antes en su voz. En esos instantes toda su atención estaba depositada en el hombre que esperaba tras la puerta cerrada de su despacho.

Todavía con el teléfono en la mano, le pidió a Carol que lo dejara pasar y que, por favor, se acercara a retirar las tazas en las que Will y ella habían bebido su café.

Cuando James entró en la oficina, un escalofrío recorrió la espalda de Emma. Estaba tan atractivo como siempre, vestido con vaqueros y un jersey de punto gris por el que asomaba el cuello de una camisa blanca. Su mirada estaba fija en sus ojos y había tensión en su mandíbula. No obstante, a pesar del tiempo que llevaban sin verse, parecía sereno, mientras que ella por dentro era un flan.

Hasta que Emma se dio cuenta de que él sostenía con tanta fuerza el sobre que tenía los nudillos blancos. Puede que no estuviera tan sereno como aparentaba. Puede que se sintiera tan nervioso como ella.

—Buenos días, Emma —empezó a decir, pero luego se quedó callado, mirándola fijamente.

—Siéntate, James, por favor —le ofreció, dándole a entender que pensaba comportarse.

Esas palabras lo sacaron de su trance; relajó la tensión en las manos y se sentó frente a ella.

—He venido a traerte la novela —explicó, mientras se la tendía con firmeza—. Como verás, he variado algunos puntos, pero creo que la historia lo pedía.

—¿Ya la has terminado? —preguntó entre extrañada y ansiosa por comenzar a leerla.

—Sí. Necesitaba mantenerme ocupado, así que le he dedicado todo mi tiempo. Y creo que ha valido la pena. Ya me dirás. —Y añadió en un tono cargado de misterio—: Además, esta novela es diferente a todas las que he escrito anteriormente. Por primera vez en la prolífera carrera de Melissa Moon, el protagonista principal y narrador es un hombre: Daniel. —Al ver que no respondía, continuó—. La verdad es que estoy muy interesado en saber tu opinión.

Al decir esto, su seguridad vaciló; hubo un leve temblor en su voz que no le pasó desapercibido a Emma. ¿Se mostraba inseguro por su trabajo o había algo más detrás de esa duda? ¿Acaso no era consciente de lo buenas que eran sus novelas?

—Por supuesto, soy tu editora. Te pasaré mis notas por correo electrónico en cuanto las tenga —comentó lo más fríamente que pudo, dándole a entender que no era necesaria su presencia en Beating.

—Claro —contestó James—. ¿Sabes? Hay algo más que me gustaría comentarte, aunque no se trata de nada literario. —Esperó para ver si ella lo detenía diciéndole que no quería saber nada. Sin embargo, al ver que ella no protestaba, tomó aire y, sin apartar la mirada de sus ojos, confesó —: He dejado a Claudia. Me equivoqué al pensar que sentía algo por ella. No era así.

Esas palabras fueron suficientes para que el corazón de Emma se acelerara tanto que hasta temió que James pudiera oír sus descontrolados latidos.

—¡Oh! —fue lo único que pudo decir.

Un tenso silencio se instaló entre los dos. Emma no sabía qué responder ante semejante confesión, y James se mantenía a la espera de que ella reaccionara y dijera algo, lo que fuera. En vista de su silencio, decidió poner toda la carne en el asador.

—Sé que es tarde, pero me he dado cuenta de que la que me importa eres tú. En realidad es algo más que importar... Siento que necesito estar contigo. Eres preciosa por dentro y por fuera, me haces reír, contigo soy más yo de lo que lo he sido nunca con nadie y no consigo sacarte de mi cabeza ni siquiera cuando duermo.

Con cierto temor al rechazo, James estiró la mano sobre el escritorio y capturó la de Emma, entrelazó sus dedos y se maravilló con el tacto suave de su piel, pero sobre todo con que ella no se alejara del contacto.

—James —susurró Emma—. No sigas, por favor —pidió sin retirar la mano. Y había tal desesperación en esas cuatro palabras que él sacó sus propias conclusiones.

—Lo siento, no sabía que estabas con él. Lo imaginé, pero tenía la esperanza de que...

—¿De qué estás hablando? No estoy con nadie —le recriminó enfadada al creerla tan veleta, poniendo fin al contacto piel con piel de sus dedos—. Me hiciste mucho daño, no se trata de eso.

—Pero el hombre con el que estabas cuando entré es el mismo que estaba contigo en el pub...

—Es sólo un compañero, un amigo —se limitó a decir.

—Entonces ¿cuál es el problema? ¿Por qué no podemos comenzar de nuevo?

—Lo siento, James, no puedo confiar en ti. Siento no poder ser perfecta y olvidarlo todo. —Emma tuvo que controlar las lágrimas que no quería derramar en su presencia.

Ella se había entregado desde el primer momento y él había traicionado esa entrega y ahora iba a decirle que le importaba y tenía el descaro de parecer dolido sólo porque ella había sido sincera y le había dicho que no podía creerle.

Durante un instante deseó con todas sus fuerzas creer en sus palabras, creer que esa tristeza que veía en sus ojos era porque de verdad le importaba, porque, a su manera, inconstante e inmadura, la quería...

James posó de nuevo la mano sobre la de ella; las yemas de sus dedos

volvían a captar la calidez de su piel.

—No me interesa que seas perfecta; sólo necesito que comprendas lo perfecta que eres para mí. Y lo que más lamento es haber tardado tanto en darme cuenta. —Y había tanta sinceridad en sus ojos que estuvo tentada de olvidarse de todo—. Por cierto, Em, en el manuscrito encontrarás dos finales. Por diversas circunstancias no me he decidido por ninguno de los dos, así que lo dejo en tus manos; en cuanto decidas cuál prefieres, cuál es el correcto para la historia, el que necesitan los personajes... llámame, ¿de acuerdo? Estaré esperando tu respuesta —apuntó, con los ojos brillantes de esperanza, y salió dejando a Emma más confundida que nunca y con una honda sensación de vacío en el estómago.

Todavía no había tenido tiempo de asimilar las palabras de James, cuando Carol invadió de nuevo su oficina.

—¡Es muy guapo! Siempre me ha parecido el más guapo de la oficina —comentó sonriente—. Y tú, una chica con suerte.

Emma la miró extrañada.

—¡Espera! Guapo... ¿quién, James?

—¡No!, Will.

Emma suspiró exageradamente.

—Déjalo, Carol —dijo al recordar las palabras de Will el día de la cena: «Parece que nuestras secretarías intentan juntarnos».

—Lo digo en serio, es un buen hombre y un padre fantástico que adora a su hija —continuó, ignorando la petición de su jefa de dejar el tema.

—¿Cómo narices sabes tú eso? ¿Te lo contó Rose? —preguntó Emma intrigada.

—No. Peter y yo los vimos en Nothing Hill comprando. Iba con la niña —le explicó—. Es una ricura, ¡tan bonita!

—Carol, hablamos luego, ¿de acuerdo? Está empezando a darme migraña —pidió, esperando que su secretaria captara la indirecta y la dejara sola para poder meditar las palabras de James.

Carol no sabía qué hacer para entrar en la oficina de Emma y despedirse de ella. Tenía cita con el dentista para Katie, que había salido de clase antes para ir a buscarla y marcharse juntas. Decidió que lo mejor era

enviar a su hija a que la saludara, así Katie la ayudaría a olvidar lo que fuera que le había dicho el tal James y que la tenía de tan mal humor que hasta la había echado a ella de su despacho.

Emma le preocupaba de verdad. Era una muchacha muy fuerte, pero la mirada de sus ojos cada vez que ese hombre aparecía le rompía el corazón; se la veía tan necesitada, tan desvalida. Y lo había pasado tan mal por culpa de Antonio que un segundo desengaño podría hacerle perder la fe en el amor.

Carol miró a su Katie, que estaba sentada esperando que su madre recogiera sus cosas.

—Katie, cariño —la llamó, pero la joven pareció no oírlo—. ¡Katie! —volvió a llamarla, esta vez más alto. La chica giró la cara indiferente y se quitó el auricular del oído. Su madre oyó la estridente música que salía de él y movió la cabeza, desaprobando el gusto musical de su hija.

—¿Qué quieres, mamá? —preguntó la joven en un tono neutro, en el que no se distinguía ningún tipo de sentimiento.

—¿Por qué no te acercas y saludas a Emma mientras yo voy por el abrigo y el bolso? —la mandó esperanzada ante la idea de que su hija pudiera animarla.

—Claro, mamá —fue lo único que contestó la cría, encaminándose al despacho de la jefa de su madre con la misma actitud desapasionada con la que hablaba.

Una vez en la puerta, llamó suavemente y esperó a que Emma la invitara a pasar. No obstante, la pelirroja parecía tan absorta en su trabajo que no reaccionó. Dispuesta a cumplir con la tarea que le había encomendado su madre, no porque fuera una hija obediente, sino porque no estaba dispuesta a escuchar sus protestas si no lo hacía, asomó la cabeza tímidamente por la puerta y la llamó.

—Hola, Emma —la saludó, y esta vez había algo parecido a la admiración en su voz. Al oír el saludo, Emma levantó la cabeza de un fajo de papeles con una mirada triste que oscurecía sus ojos hasta casi otorgarles el color de la medianoche.

La joven se dio cuenta de que Emma estaba rara. Era evidente que algo la había afectado profundamente. Puede que fuera joven, pero no era tonta.

—¡Katie! —exclamó mientras se levantaba del escritorio y se acercaba para abrazarla con la primera sonrisa feliz del día—. ¿Cómo

estás? ¿Qué tal va todo?

—¿De verdad es necesario que te conteste? —preguntó ésta sonriendo—. Estoy segura de que mi madre ya te ha puesto al día de todo lo que hay que saber —respondió con tanta serenidad que Emma pensó que la madurez que le faltaba a su madre debía de haber pasado durante la gestación a su hija.

—No, tienes razón. No hace falta —contestó, sintiéndose tonta por haberle preguntado. De repente, se notó cansada—. ¿Cómo lo aguantas? —le preguntó simplemente, sin añadir otra explicación que aclarara la pregunta.

Katie se encogió de hombros y señaló los auriculares que llevaba colgando en el cuello.

—¿Y funciona? —preguntó esperanzada.

—No siempre. Pero de vez en cuando consigue que me evada temporalmente de todo. La música es capaz de acallar cualquier voz por discordante que sea.

—Igual sigo tu ejemplo. —Señaló el iPod—. A veces también quisiera olvidarme de todo, aunque fuera un ratito.

Katie sonrió; fue una sonrisa sincera, de comprensión. Emma se fijó en que sus ojos castaños parecían muy serenos. Maduros y sabios.

Katie se encaminó hacia la puerta para marcharse, pero se volvió antes de llegar.

—¿Sabes una cosa, Emma? Estaba arrepentido. Se arrepiente de lo que sea que te haya hecho —le comentó, como si sus palabras fueran lo más normal del mundo.

—¿Cómo lo sabes? —Se entendieron una vez más, a pesar de la ambigüedad de la pregunta.

—He visto su cara —respondió Katie y, sin añadir nada más, se marchó—. A veces veo esa misma expresión en el espejo.

Capítulo 20

Emma comprobó que su ordenador seguía fallando y le pidió a Carol que le mandara a alguien del departamento informático para que lo solucionara. La mala suerte se encargó de que esa persona fuera Nicole.

Desde el momento en que entró en su despacho, Emma se dio cuenta de que estaba resentida con ella. Debía de haberse enterado de que había salido a cenar con Will y por eso estaba tan distante con ella. Emma había invadido su espacio.

Para no entorpecer su trabajo, y al mismo tiempo escapar de ese ambiente tan enrarecido que se respiraba, se levantó de su mesa y se sentó en uno de los sillones reservados para las visitas a la espera de que se solucionara el tema de su ordenador.

Como no tenía otra cosa que hacer más que esperar, Emma se fijó en Nicole. Era guapa, a su manera. Llevaba el pelo corto por detrás y largo por delante. Oscuro y muy liso. Tenía el ceño fruncido por la concentración con la que hacía su trabajo. No parecía una niña inmadura, como Will había insinuado. Debía de tener unos treinta muy bien llevados, sólo visibles por las arrugas de expresión junto a sus ojos y su boca.

—Nicole —dijo casi sin darse cuenta.

Ella levantó la cabeza de la pieza que estaba cambiando y la miró sin responder. Emma se obligó a continuar, aunque ahora se sentía incómoda al pensar en lo que iba a decir.

—Will no me interesa. Al menos, no en el sentido que tú crees. Es un buen amigo. Un amigo que ha estado a mi lado cuando más he necesitado uno —explicó cohibida por su mirada.

La misma mirada que cambió poco a poco mientras Nicole asimilaba lo que le había dicho.

—Gracias por decírmelo. No tenías por qué hacerlo —contestó con una tímida sonrisa—. Pero te agradezco el gesto.

—No te rindas —dijo apenas en un murmullo y Nicole se preguntó a quién iba dirigido el consejo, si a ella o a la propia Emma.

Cuando el ordenador estuvo arreglado y se quedó sola en su despacho, volvió a su silla.

Miró la mesa pulcramente recogida y recordó sus propias palabras.

—¡No te rindas!

Posó la mano sobre el manuscrito de James. Llevaba más de media hora mirándolo y recordando su reciente encuentro. Tenía que leerlo, la fecha se acercaba y tenía que darle tiempo para hacer las correcciones pertinentes. Tenía que pasar por correctores y regresar de nuevo al autor para la última revisión. Por no hablar de la curiosidad que sentía, tanto por la novela en sí como por los dos finales de los que él le había hablado.

Emitió un largo suspiro y abrió el manuscrito por una página cualquiera: «Su largo cabello rojizo se derramaba en cascada sobre sus hombros y sus pechos. Daniel pensó que nunca había visto nada tan hermoso en su vida. Entre la mata de pelo se adivinaban dos rosados pezones. Tuvo que respirar varias veces para controlar las ansias de lanzarse sobre ella y devorarlos».

Emma estaba desconcertada. Rápidamente buscó la primera página para ver el título de la novela, para buscar alguna pista que le explicara lo que estaba leyendo, pero, en cambio, lo que vio consiguió confundirla más. En la segunda página, escrita a mano, había una dedicatoria: «A la pelirroja que me lo inspiró. La mujer perfecta... para mí».

Siguió hojeando la novela y otro encuentro la dejó aún más confusa. Emmaline, la protagonista femenina se llamaba Emmaline. Contra todo pronóstico estaba furiosa en lugar de sentirse halagada. ¿Cómo se atrevía a hacerle algo así? Si sentía algo por ella, ¿por qué la había ignorado durante la cena en la que apareció su ex? ¿Por qué había estado saliendo con Claudia? Y si no sentía nada, ¿por qué volvía a atormentarla de nuevo? ¿Era la novela una especie de disculpa? ¿Se sentía culpable? ¿De verdad la quería? Emma llegó a la conclusión, al pasar otra página, de que las respuestas a sus preguntas estaban en las páginas que tenía entre sus temblorosas manos, y sus crípticas palabras al entregársela cobraron sentido.

Siguió leyendo: «Daniel se quedó sin voz, nunca había deseado tanto a nadie, nunca había amado tanto a nadie y nunca se había equivocado tanto con nadie».

—Esto no es de lo que hablamos ni lo que me presentaste en el esbozo —murmuró Emma para sí, acelerada por lo que estaba leyendo—. ¡Maldita Melissa Moon! ¿Qué has hecho?

En un arranque de mala leche, cogió la novela, el abrigo y su bolso y salió de la oficina como una exhalación; ni siquiera se despidió de Rose, que había ocupado el puesto de Carol en su ausencia y que la miró como si temiera que fuera a abofetearla por sentarse en una silla que no era la suya. ¿Dónde narices estaba Carol cuando le hacía falta alguien a quien lanzar una de sus miradas fulminantes y que no se inmutara por ello?

Sentada en el coche, decidió que lo que necesitaba para calmarse y ordenar sus ideas era una sesión infernal de gimnasio y después unos minutos en la sauna. Si estaba agotada, no tendría fuerzas para pensar y, si no pensaba, el peso del pecho se le pasaría.

Como siempre, llevaba en el maletero todo lo necesario para ese fin. Condujo con la música a todo volumen, siguiendo el consejo de Katie, intentando acallar las preguntas que seguían bullendo en su mente. Veinte minutos después, entraba en el aparcamiento del gimnasio y, diez minutos más tarde, ataviada con ropa deportiva, quemaba mala leche y calorías al ritmo de Pit Bull en una bicicleta estática.

No contenta con los cuarenta y cinco minutos de ejercicios aeróbicos, se puso a ejercitarse con las pesas, pero ni el esfuerzo físico ni el monitor de la sala de musculación pudieron borrar de su mente las malditas preguntas que la atormentaban desde que había abierto el manuscrito.

César la sacó de sus pensamientos.

—Emma, ¿necesitas ayuda? —preguntó solícito.

César era el monitor más atractivo del gimnasio y también el más inaccesible. Desde hacía seis años, los mismos que llevaba abierto el centro, tenía una relación estable con el dueño. Los dos eran atractivos y fuertes, pero sobre todo eran encantadores con los clientes; a Emma siempre le alegraban la mañana. Pero la mañana hacía horas que había pasado y, además, era un día diferente porque algo le decía que aún podía empeorar mucho más.

Capítulo 21

Emma llegó a casa de James completamente empapada. Había salido de su casa con los pantalones de chándal, la sudadera y las zapatillas viejas con las que se sentía cómoda en casa. Como no pensaba salir, se había cambiado al llegar, se había preparado un bol de palomitas para recuperar parte de las fuerzas gastadas con el deporte y había retomado, o más bien comenzado, la lectura del manuscrito de James. Esta vez empezó por el principio, obligándose a no pasar páginas y a leer el final antes de tiempo.

Apenas había conseguido pasar de la página cincuenta y su corazón ya estaba acelerado y tocado.

Sin pensarlo mucho, había cogido las llaves de casa y había salido sin rumbo fijo, con la intención de despejar la mente. Su subconsciente fue el encargado de que estuviera ante su puerta tiritando de frío y sin saber qué decir. El pelo se le había oscurecido por el agua y ahora era de un rojo intenso, pegado a sus frías mejillas.

A pesar de la lluvia, la ropa mojada y el remolino de emociones de su cabeza, se quedó en la puerta sin atreverse a llamar, demasiado confusa como para hacer algo más que mojarse y mirar la puerta cerrada y pensar en lo que había al otro lado de ella.

Después de tres interminables minutos a la intemperie, la puerta se abrió y apareció James con una toalla en las manos. Sin decir nada, se apartó para que pasara y se la ofreció. Emma lo miró interrogante al tiempo que la cogía y se secaba un poco el cabello con ella. Estaba tan mojada que una simple toalla podía hacer muy poco para mejorar su estado.

—Estaba mirando por la ventana cómo llovía y te he visto llegar. Al ver que no llamabas, he decidido esperar y darte tiempo para que tomaras una decisión, no quería presionarte, pero como no he visto que te marcharas, y seguía lloviendo, he decidido tomar la iniciativa e invitarte a

entrar. Y voy a seguir tomando la iniciativa y te voy a preparar un baño antes de que cojas una pulmonía. Luego podemos hablar, si quieres...

Estaba tan seguro, se veía tan firme, que se sintió tonta, calada hasta los huesos y sin ser capaz de pronunciar una palabra.

Emma asintió y continuó callada, mientras seguía a James escaleras arriba hasta el baño contiguo a su dormitorio.

Había estado otras veces en su casa desde la mañana en que despertó en su cama, apenas capaz de recordar cómo había llegado allí. No obstante, hasta ese momento no había vuelto a pisar su dormitorio. Sin poder evitarlo, se fijó en la cama y se preguntó cuántas veces se habría acostado con Claudia en ella. En ella o en cualquier otro lugar de esa casa, ya puestos.

Su cara y la dirección de su mirada debían de hablar por ella, porque James contestó a la pregunta que no había hecho.

—Nunca me he acostado con ella en esta cama —le dijo con sinceridad.

Emma intentó con todas sus fuerzas aguantar las lágrimas que le escocían en los ojos. Lo miró con el ceño fruncido, aún sin decir una sola palabra, pero no fue necesario; James notó el escepticismo ante sus palabras en sus preciosos ojos violeta.

—Te prometo que es cierto. Claudia no soportaba mi casa. Los suyos son las *suites* de hotel de su padre, a ser posible las del ático —comentó y Emma pudo sentir algo parecido a la repugnancia en su voz.

Emma no ofreció una respuesta, ni siquiera lo miró. Imaginarse a Claudia y a James juntos le oprimía el pecho y le cortaba la respiración. Mucho más que cualquier otra cosa en el mundo. Entró en el baño y cerró la puerta tras de sí, apoyándose un instante en ella. La magnitud de volver a estar tan cerca de él, oliendo el perfume de su piel en el ambiente, la golpeó con fuerza.

Mientras ella trataba de recuperar la cordura, James rebuscó en su armario y sacó una camiseta, que le quedaría enorme, y un par de gruesos calcetines. Sacó también unos pantalones cortos, que ya no utilizaba y que eran lo suficientemente estrechos para ella. Lo dejó todo sobre la cama y salió de la habitación, sin atreverse a comprobar si Emma había echado el seguro en el baño o no.

James ya había metido su ropa mojada en la secadora y estaba sentado en el comedor cuando Emma bajó con el pelo casi seco, suelto y rizado sobre sus hombros y su espalda. Llevaba puesta su ropa, que le quedaba holgada por todas partes, iba descalza, no se había puesto los calcetines que él le había dejado, y James pudo ver que llevaba las uñas de los pies pintadas de rosa. Ninguno de los dos dijo nada, no porque no tuvieran nada que decir, sino por todo lo contrario.

James subió la temperatura del termostato para que Emma no sintiera frío y se volvió a sentar a su lado en el sofá. En los minutos que había pasado esperando a que ella se bañara y se cambiara, había imaginado mil maneras distintas de disculparse, de convencerla de la veracidad de sus sentimientos, y ahora que estaba sentada a su lado era incapaz de recordarlas. Tenía tanto miedo a equivocarse de nuevo que optó por callar y esperar hasta que ella decidiera romper su silencio.

Ninguno de los dos se sintió incómodo por estar sentados juntos y callados. Era algo demasiado natural, estar juntos era muy fácil, demasiado fácil dadas las circunstancias. Y una de las causas por las que se encontraban en esos momentos así. La química entre ellos había sido instantánea e iba más allá del dormitorio. Hablaban sin presiones, se relacionaban entre sí como si se conocieran desde siempre. Se comprendían. Y había sido ésa la causa de que Emma se hubiera arriesgado tanto, de que hubiera confiado ciegamente en James, y el motivo por el que ahora se sentía tan dolida y engañada.

Finalmente, fue Emma quien quebró su silencio autoimpuesto.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar.

James entendió lo que quería saber sin necesitar ninguna explicación adicional.

—Porque eres tú, siempre has sido tú. Y no encontraba otra forma mejor de explicártelo; es lo que soy, lo que siento, quizá te ayude a entenderme. —Sus palabras suplicaban una oportunidad, la oportunidad de explicarse, de resarcirla por lo pasado. Y Emma lo había comprendido a la perfección—. Nunca he estado más equivocado que cuando te alejé de mí.

—¿Por qué me haces esto? —se quejó Emma.

—Cariño, no puedo no hacer nada y ver cómo pierdo la única oportunidad que tengo de ser feliz. Desde que te conozco, he tenido tanto

miedo de enamorarme de ti que me he convertido en un hombre bipolar. Me moría por besarte, por tocarte, y he tenido que reprimirme para no lanzarme sobre ti y dejarme llevar por mis deseos. Porque eres peligrosa, eres demasiado peligrosa para mi salud mental y emocional. Te quiero y necesito que entiendas que nunca más te voy a fallar, no voy a volver a esconderme de ti, te necesito a mi lado —se explicó mientras cogía su mano entre las suyas y le acariciaba la palma con el pulgar. No se atrevía a nada más, puesto que era incapaz de saber cómo iba a reaccionar. En este caso lo mejor era dejarla a ella tomar la iniciativa.

—¡Oh, James! —fue lo único que logró decir antes de que sus ojos se desbordaran en lágrimas silenciosas de miedo y felicidad.

James no le dejó decir nada más; la levantó de donde estaba y la sentó sobre su regazo mientras con una mano le frotaba la espalda y con la otra le acariciaba el pelo. Tuvo que controlarse; tenerla tan cerca de él, tan cálida, era superior a sus fuerzas. El deseo de tenerla más cerca era tan poderoso que tuvo que apretar con fuerza los dientes para no presionarla.

En ese momento, ella levantó los ojos hacia él y, al mirarlos de nuevo, supo que estaba perdido, sus buenas intenciones sobre dejar que ella tomara la decisión se evaporaron de su mente. Hambriento, se lanzó sobre sus labios; ella lo esperaba con la boca entreabierta y el pulso acelerado por la expectativa de volver a sentirlo sobre su necesitada piel.

Ese beso no se parecía a ninguno de los que se hubieran dado antes, era sensual y tibio, sí, pero estaba también lleno de promesas, de sueños y de esperanza, de miedos y de amor.

A los labios pronto les siguieron las manos. Tanto uno como otra buscaron debajo de sus ropas. James gimió sobre su boca cuando comprobó que Emma no llevaba nada más que su camiseta.

Sus dedos se detuvieron sobre sus pechos, firmes y flexibles entre sus manos. Se separó de su tentadora boca y apresó con ella los firmes montículos que segundos antes se había deleitado tocando. Emma gimió al sentir la humedad en sus sensibles pezones y se arqueó para ofrecérselos, ansiosa por sus caricias.

Ninguno de los dos intentó llegar más allá del sofá, sabían que era demasiado tarde para alcanzar el dormitorio y tampoco importaba, cualquier lugar era perfecto para estar en brazos del otro.

Emma hundió la cara en su cuello y el aroma de James hizo que se sintiera húmeda y excitada. Se moría por sentir su piel caliente sobre ella,

debajo de ella, por todas partes. Con cuidado, deslizó la camiseta de él sobre su torso con la intención de sacársela por la cabeza. James se despegó de mala gana de sus labios para permitirle que se la quitara, pero aprovechó la ventaja que Emma le daba y la tumbó de espaldas en el sofá, mientras tiraba de su pantalón y se deshacía de él, lanzándolo al suelo. Las largas piernas de Emma le rodearon la cintura, apresándolo contra su cuerpo mientras sus dedos rebuscaban en sus bóxers. James tuvo que respirar varias veces para controlar sus ganas de hundirse en ella. Todavía era pronto, necesitaba degustarla más y más, lenta y minuciosamente.

—James —susurró Emma, llevando al límite su autocontrol—. ¡Quítatelos! —pidió tirando de sus bóxers.

Por toda respuesta, James presionó su erección contra ella, tentándola y desquiciándola. Emma tiró con fuerza de los calzoncillos y él se los sacó de una patada. Sin añadir nada más, se lanzó sobre su boca entreabierta para robarle el aliento con un beso ardiente al tiempo que sus dedos buscaban su caliente humedad.

—Por favor —suplicó ella—. Te necesito, ¡ya!

Y eso fue suficiente para que él olvidara todo lo que llevaba días soñando con hacerle. Sustituyendo sus dedos, se hundió dentro de ella, con un gruñido satisfecho y posesivo.

Notarla rodeándolo era la sensación más extraordinaria que podía recordar. Con cuidado, salió de su delicioso cuerpo y embistió con fuerza; repitió el movimiento hasta que Emma se unió a sus envites marcando su propio ritmo, acompañándose al suyo, excitándolo, haciendo que le resultara imposible aguantar un minuto más sin dejarse llevar por la pasión. Coordinados hasta el final, alcanzaron el clímax mientras se miraban a los ojos.

Dos horas después, Emma despertó en el mismo sofá en el que habían hecho el amor, desnuda y rodeada por sus brazos. ¿Qué había hecho? ¿De verdad lo perdonaba? ¿Con tanta facilidad? Un par de frases bonitas, unas horas de sexo y... ¿ya estaba?, ¿se sentía capaz de volver a confiar en él? Puede que, después de todo, el perdón no fuera el problema, sino que el impedimento real era la confianza que ella ya no tenía en él.

Aún no se había movido cuando oyó a James preguntar con la voz ronca por el sueño:

—¿Qué piensas?

—Es tarde. Tengo que irme —fue la única respuesta que le dio.

James se incorporó sobre su codo, observándola con minuciosidad, buscando en su expresión alguna pista que le dijera cómo se sentía.

—Quédate, son más de las doce de la noche y has venido andando.

—Cogeré un taxi, pero tengo que irme a casa —repitió mecánicamente.

—¿Por qué, Emma? ¿Por qué tienes que irte? —Y su voz sonó tan triste que a punto estuvo de olvidarse de todo y quedarse allí con él, arropada por su calor.

—Mañana tengo que trabajar y... —Se calló; en realidad, dijera lo que dijese, él sabría la verdad.

—Está bien. Yo te llevaré —respondió James, sin quejarse o protestar por su actitud, evitando presionarla. Estaba dispuesto a darle tiempo para que asimilara lo que había entre los dos, pero, desde luego, ni iba a alejarse de ella ni permitiría que ella lo hiciera de él.

—James, no es necesario que me acompañes. Puedo pedir un taxi —se explicó.

—Sí, lo es. Yo te llevaré. Tu ropa está en la secadora. Vístete —le dijo y le dio un beso en la mejilla. Emma no se apartó. «Buena señal», pensó él.

Emma estuvo a punto de sonreír cuando le había ordenado que se vistiera. «Qué mandón», pensó nuevamente. Casi estuvo a punto de sonreír, casi...

Horas después, Emma daba vueltas en su cama, demasiado nerviosa para dormir o tal vez demasiado sola. Sonrió al pensar en lo que le diría Megan si la viera en ese momento: «¡Duérmete! Aunque sólo sea para que Carol no salga corriendo asustada cuando te vea con cara de zombi mañana en el despacho».

«Nota mental —se dijo Emma—: llamar a Megan y hacer uso de su mentalidad práctica para buscar una solución que ordene el caos en que se había convertido mi vida.

»Segunda nota mental: no volver a acostarme con James hasta que esté ciento por ciento segura de lo que voy a hacer, y eso implica... no más besos, no más nada.»

Capítulo 22

Por primera vez desde que había asumido el control de Beating, uno de los sellos de la gran editorial de su padre, Emma llamó a la oficina para avisar de que no iba a ir a trabajar ese día.

Enseguida se encontró con las preguntas de su preocupada secretaria sobre si se sentía mal, si había tenido algún accidente o si le había pasado algo a su madre, a la que idolatraba. Le costó más de diez minutos y un leve dolor de cabeza conseguir que colgara, algo más tranquila con sus explicaciones. No alegó enfermedad ni nada para justificarse, simplemente se tomó el día para asuntos propios.

En realidad, se tomaba el día libre con un fin: tenía que descansar y organizarse. Por lo que, a pesar de no ir a trabajar, se levantó pronto, se duchó, se puso unos vaqueros cómodos, un jersey de lana grueso, un poco de máscara para las pestañas y una buena pasada de brillo rosa palo en los labios que acentuaba la palidez de su piel, y se dispuso a organizar su agenda. Una vez que tuvo lo más importante bajo control, le puso comida en el cuenco a la gata por si no llegaba a mediodía y salió por la puerta con un paraguas en el bolso y una idea en mente.

Emma sonrió a las puertas del Geoffrey Chaucer, el mismo colegio privado al que ella y Megan habían asistido de niñas. Los alumnos seguían vistiendo los mismos uniformes escolares, jugaban en los mismos columpios... como si por el Chaucer no pasaran los años.

Entró por la puerta de profesores y se topó de cara con el conserje, que le cortó el paso. Era un hombre de unos sesenta años, no debía de faltarle mucho para la jubilación. Se veía muy serio y curtido, y Emma pensó que definitivamente había que ser así para enfrentarse cada día a

cientos de maquiavélicos cerebros en miniatura. No obstante, a pesar de su edad, parecía nuevo en el centro o, al menos, no estaba en la época escolar de Emma y Megan.

—¿Adónde va, señorita? —preguntó amable pero firme, con la mirada fija en sus ojos.

—Vengo a ver a la profesora Megan Greene.

—¿La está esperando? —preguntó suspicaz—. No me ha comentado que fuera a recibir a nadie.

—En realidad no me espera —confesó—. Pero puedo asegurarle que se alegrará de verme —bromeó, con una sonrisa amable.

—Está de suerte, es la hora de las tutorías y, si no tiene ninguna entrevista con algún alumno y sus padres, seguro que podrá atenderla —explicó y Emma se preguntó cómo el conserje sabía tanto sobre el horario de su amiga.

—Seguro —se limitó a contestar.

—Por aquí, por favor —dijo mientras la hacía entrar con un gesto en el enorme pasillo del centro escolar—. Seguramente estará en el departamento de lengua.

Emma se calló que era perfectamente capaz de encontrarlo sin su ayuda, pero contra todo pronóstico el hombre se situó tras ella, en lugar de delante para guiarla, lo que hizo que ella se preguntara para qué la seguía, si acaso temería que fuese a meterse en alguna aula para perturbar alguna clase o quizá le preocupara que fuera a llevarse algo. La sola idea de que la vieran como a una ladrona la hizo sonreír. De las dos amigas, ella era la buena, la responsable, y Megan, la rebelde.

Cuando llegaron a dicho departamento, el conserje, tomándose muchas molestias, llamó y esperó a que le permitieran la entrada. Se oyó entonces a Megan darle paso.

—Señorita Greene, aquí hay una señorita que pregunta por usted —expuso con ojos brillantes y una sonrisa que dejaba a la vista su dentadura postiza.

—¿Una señorita? —preguntó mientras se oía al otro lado el arrastrar de la silla al levantarse, y un instante después aparecía su cara por el marco de la puerta.

En cuanto vio quién era la señorita en cuestión, sonrió a Emma y se volvió para fulminar al conserje con la mirada.

—Señor Bassi, la próxima vez que venga mi mejor amiga, aquí

presente, no va a necesitar de sus servicios para llegar hasta mí. Como exalumna del colegio, conoce a la perfección dónde se encuentra cada sala. ¿Me he explicado correctamente?

—Por supuesto, señorita Greene. Disculpe, señorita —dijo él inclinándose levemente en dirección a Emma. Parecía avergonzado y Emma se sintió culpable por la reprimenda que había recibido por su causa.

Una vez que el bedel se hubo marchado, la pelirroja se volvió hacia Megan con cara de pocos amigos.

—Megan Elisabeth Greene, ¿se puede saber por qué has sido tan maleducada con el pobre viejo? —la regañó con los brazos en jarras, esperando una respuesta.

—Porque el pobre viejo que tú dices es un viejo verde que babea sobre mí cada vez que me mira las tetas, que es bastante a menudo, porque es un pesado que busca cualquier excusa para rozarse conmigo y porque me parece que no te has dado cuenta de cómo te miraba el culo —expuso Megan con toda la naturalidad.

Emma se quedó callada sin nada que decir. Durante unos segundos se miraron la una a la otra, asimilando lo que acababa de suceder, para instantes más tarde ponerse a reír con la misma fuerza y espontaneidad con la que reían a los doce años.

—Así que ha sido por eso por lo que me ha hecho caminar delante de él —comentó entre risas.

—Por supuesto, ¿qué te creías?, ¿que era por caballerosidad? —replicó la otra burlona ante la candidez de su amiga.

Seguían riendo cuando una cabeza masculina asomó por la puerta por la que había salido Megan.

—¿Va todo bien? —preguntó muy cortés.

—Perfecto, Patrick —respondió Megan, a la que se le iluminaron los ojos en cuanto lo vio.

Emma alzó una ceja inquisitiva, pero se abstuvo de preguntar nada en voz alta. Tomó nota mental para más tarde.

Megan captó el gesto.

—Patrick, ésta es Emma. Mi mejor amiga.

—Hola, Emma. Encantado de conocerte —saludó con cortesía y una sonrisa sincera.

—Igualmente. He oído hablar muy bien de ti —dijo ésta, sin perderse

la reacción de Megan, que puso cara de estar planteándose el asesinato.

—Lo mismo digo.

—Entremos y tomaremos un té —ofreció Meg—. Debes de querer contarme algo muy grave cuando has venido hasta aquí a estas horas y sin avisar —contraatacó.

—Qué bien me conoces —se limitó a decir al tiempo que la seguía.

Emma tuvo la oportunidad de hablar con Patrick unos minutos. No era para nada lo que se esperaba. Era un hombre moreno, de ojos de color miel y tan grande y alto que seguro que tenían que hacerle la ropa a medida. Sí que parecía serio, su expresión al menos lo era, pero después de hablar con él uno comprendía que su seriedad era debida a su timidez. A Emma le sorprendió que alguien tan grande fuera una persona tímida. Pero, sobre todo, le agradó lo educado y amable que era.

Se quedó unos minutos con ellas, pero escapó en cuanto tuvo la oportunidad y un alumno fue a avisar de que un maestro había fallado. Pareció darse cuenta de que las dos necesitaban hablar.

—Además de inteligente, considerado. Muy buena elección, Megan —bromeó su amiga.

—Ya ves, lo tiene todo: inteligencia, educación... ¡Y encima es guapísimo!

—Vuelvo a estar de acuerdo contigo. Tu Patrick es muy atractivo.

No se sentía con fuerzas para contarle a Megan la razón por la que había ido a visitarla al trabajo, así que desvió su atención hablando de Patrick.

—Tienes razón, nunca imaginé que fuera tan guapo. Me lo habías pintado como un profesor estirado y me lo había imaginado bajito, con gafas y con un traje a cuadros con olor a naftalina.

Megan se echó a reír.

—Buen intento, Ewing, pero no vas a conseguir despistarme, por mucho que uses la baza de adular al novio. No cuela.

—Tienes razón, necesitaba hablar contigo. —Se alisó el pantalón, nerviosa—. Ayer me acosté con James, de nuevo.

Megan mantuvo la compostura durante al menos tres segundos; después su máscara de neutralidad se vino abajo.

—¡Muy bien! —exclamó, dando énfasis a sus palabras con una palmada—. Muy bien, cariño, eso ha estado muy bien. ¿Qué se había creído esa pelandusca, que te iba a intimidar y tú no ibas a hacer nada?

Ahora que pruebe de su propia medicina. A ver si aprende y empieza a salir a la calle con algo más que las bragas —seguía aquélla con su perorata.

—No, Meg. No lo entiendes. Ellos ya no están juntos —explicó.

—¿La ha dejado por ti, quieres decir?

—Supongo —contestó la pelirroja—. No lo sé.

—Mejor me lo pones, que muerda el polvo que levantan tus tacones. —Se calló al ver que su amiga estaba rara o más rara de lo habitual. Se fijó entonces en las ojeras y se dio cuenta de que algo andaba mal—. ¿Qué pasa, cariño? —preguntó preocupada—. ¿No me digas que te sientes culpable?

—Estoy, no sé... confusa, creo; no quiero volver a equivocarme con él. Me da miedo confiar en sus palabras y que después me vuelva a suceder lo mismo.

—Cariño, no creo que le interese Claudia o que le haya interesado verdaderamente desde que te conoce. Tengo la sensación de que la usó como escudo. Como barrera contra ti y lo que sentía.

Megan realmente le había dado vueltas al tema y, por lo poco que los conocía y los breves momentos en que los había visto juntos, había llegado a la conclusión de que algo no encajaba. James no parecía enamorado de Claudia, ni siquiera interesado. El día que coincidieron en la hamburguesería, se había molestado más con Claudia por sus impertinencias que por la respuesta de Emma a sus insultos.

—¿No? Pues explícame entonces por qué volvió con ella. Vino a mi casa para decirme que se había acabado.

—Cariño —la tranquilizó—, yo no soy psicóloga, pero debe de ser muy duro que tu pareja te deje el mismo día que le propones matrimonio. Probablemente estaba confundido o herido y quiso comprobar qué sentía realmente por ella. No sé, no lo conozco más que de unas horas, pero me pareció un tipo inteligente que sabía lo que quería. Y esa noche estaba más que claro lo que quería. Te quería a ti, cariño. Se quedó prendado en cuanto te vio —explicó Megan, dejando de lado todo su sarcasmo y sus arrebatos.

—La atracción no es amor. El sexo no es amor —atacó Emma.

—No, no lo es. Pero el sexo es su expresión.

Ante esa afirmación, Emma optó por callar.

—Ya sé que me repito y me repito y que, al final, te tomas a risa todo

lo que te digo, pero es cierto que no todas las relaciones están abocadas al fracaso. Mira a Lis y a Matt, tus padres, los míos... míranos a Patrick y a mí. De acuerdo que James no estuvo muy acertado en sus decisiones, pero eso no es lo que importa, lo que importa es si tú lo quieres, si quieres estar con él. Da igual lo que dure, un mes, una semana, un año, lo que sea; nunca será tiempo desperdiciado si de verdad quieres estar con él.

La conversación se vio interrumpida por el timbre que anunciaba el final de la clase.

—Tengo que irme, ahora tengo clase, pero si quieres podemos comer juntas. ¿Qué te parece nuestro italiano?

—Gracias, Meg, pero tengo algunos asuntos pendientes esta mañana.
—Se acercó y le dio un beso en la mejilla, mientras le susurraba al oído
—: Si Patrick lo tiene todo bien proporcionado, tienes que estar dolorida.

Megan abrió los ojos como platos ante el comentario de su amiga y enrojeció al instante. Emma rio divertida.

—Dios, ¿en qué te he convertido? —exclamó Megan todavía ruborizada.

—Te llamo —se despidió Emma mientras salía otra vez al enorme pasillo, ahora repleto de estudiantes que iban a sus aulas—. Y, Megan, la próxima vez que comamos juntas, trae a Patrick —pidió, guiñándole un ojo.

El teléfono sonó en su bolso. Entre los pañuelos de papel, la cartera, la agenda, el monedero, el brillo de labios y mil cosas más que llevaba en él, cuando por fin lo encontró ya habían colgado. Lo guardó en el bolsillo de su chaqueta, por si volvían a llamar; ni siquiera se molestó en mirar de quién era la llamada porque todavía seguía dándole vueltas al último consejo de Megan.

Acababa de abandonar el Geoffrey Chaucer cuando el móvil volvió a sonar. Miró con desgana la pantalla. Era su día libre y por nada del mundo pensaba ir a la oficina, así que Carol tendría que apañarse aquel día sin ella. Pero no era su secretaria quien la buscaba en su día de asueto, sino su cuñada.

No le dio tiempo a nada más que a llevarse el teléfono a la oreja cuando escuchó a Lis preguntar:

—Emma, ¿dónde estás? —Parecía alterada, algo bastante normal en ella, que era puro nervio.

—¿Por qué?, ¿qué sucede? —preguntó al notar lo excitada que estaba

su cuñada.

—La boda, Emma, me pasa la maldita boda. Te he llamado a casa, a la oficina. Dime dónde estás y quedamos, que necesito que nos organicemos —propuso sin dar detalles.

—¿Que nos organicemos? —preguntó ella desconcertada y bastante desconfiada.

—Pues claro, este fin de semana nos vamos todos a Escocia.

Emma evitó deliberadamente preguntar a quiénes se refería con todos.

—¡Estás loca!

—Eso dice tu hermano, y se va a casar conmigo.

—Mi hermano está enamorado de ti. Yo no. Y repito, ¡estás loca!

—De acuerdo, estoy loca. ¡Haz la maleta! —Y colgó antes de que Emma pudiera replicarle.

Capítulo 23

El primer día de descanso en su vida laboral no había servido para nada y mucho menos para descansar. Lis la había obligado a irse a casa a esperarla y se había presentado allí con un desayuno completo para dos o, lo que es lo mismo, miles de calorías innecesarias, libreta y bolígrafo en mano y mil tarjetas de floristas, catering, pasteleros, maquilladoras, peluqueras, músicos... Parecía las páginas amarillas ambulantes.

Y el notición de que se iban a Escocia, al viejo castillo en el que habían decidido casarse ella y su hermano. Pero lo más increíble era que no le había dado opción a negarse. En plan sargento, le había explicado que era la dama de honor principal y que era obligación de la dama de honor dar apoyo moral a la novia en todo momento. Y, por supuesto, eso incluía dejarlo todo y marcharse a Escocia con el novio, la novia y el padrino, y ayudar a organizar una ceremonia que se iba a celebrar en menos de tres semanas y a la que todavía le faltaban detalles tan nimios como el catering o reservar habitaciones para los invitados que llegaban de fuera.

Sin contar con que, con ello, la obligaba a pasar el fin de semana junto al hombre que se había propuesto evitar.

Mientras su cuñada le pedía opinión sobre las flores (¿calas o rosas blancas?), la tarta nupcial (¿chocolate y nata o crema pastelera y vainilla?), la música (¿la marcha nupcial o el *Ave María*?) y un largo etcétera de asuntos, sonó su móvil. Emma lo miró despreocupada, esperando que fuera Carol, pero tampoco se trataba de ella en esa ocasión. La pantalla del iPhone anunciaba claramente que quien llamaba era James. El estómago le dio un vuelco, ¿qué iba a decirle? Y más estando Lis frente a ella. Volvió a guardarlo en el bolsillo, como si nada.

—¿No piensas contestar? —preguntó la rubia fingiendo poco interés.

—No, hoy es mi día libre y no estoy para nadie —respondió.

—Excepto para mí —matizó su cuñada.

—Por supuesto —le dio la razón—. Pero sólo porque me has obligado. —Se rio.

Lis no volvió a comentar nada de la llamada y James no insistió.

Después de que se fuera, Emma estaba tan cansada que ni siquiera fue capaz de abrir el manuscrito de Melissa Moon, a pesar de las ganas que tenía de leerlo y descubrir sus secretos.

Al día siguiente, la oficina estaba patas arriba. Se había ausentado un solo día y Carol la había liado parda con su agenda.

Huyendo del caos y de su secretaria, se refugió en el despacho de Will. Éste la recibió sonriente y la invitó a café y a una deliciosa tarta de arándanos que le había llevado Nicole. Al parecer la chica había seguido su consejo y se había propuesto ser la madre que Emily necesitaba y, para comenzar, le había dado por practicar con la repostería. Se veía a la legua que Will estaba encantado con la actitud de su novia y Emma se alegró de que por fin le fueran las cosas bien. Era un buen hombre y se merecía ser feliz.

Para Will tampoco pasó desapercibida su mirada perdida y, como nunca estaba de más una visión masculina de los hechos, Emma le contó lo que había sucedido en esos últimos días que llevaban sin hablar: el manuscrito, la noche que habían pasado juntos...

Will se mantuvo pensativo un momento y al final le dijo lo mismo que le había confesado James, que todo parecía apuntar a que la profundidad de sus sentimientos por ella le habían dado miedo. Según él, era evidente que sentía algo por ella por cómo reaccionó al verlos juntos en el pub. Se olvidó hasta de su acompañante al ver que se estaban besando. Emma sonrió para sí misma, medio divertida, medio irritada; al parecer James era un experto en olvidar a sus acompañantes cuando aparecía una nueva mujer en escena.

Tal y como le había pedido Megan, Will también le aconsejó que se tomara su tiempo y pensara bien las cosas antes de tomar una decisión. Con esa idea en mente, regresó a su despacho, decidida a limar asperezas con James y llamarlo. Al fin y al cabo, iban a pasar el fin de semana juntos

y no era plan crear situaciones incómodas con sus hermanos delante. «Sólo lo llamas por eso, nada más que por eso. Lo que no significa que no vayas a hacer caso a tus amigos y a pensar bien las cosas.»

Al llegar a su despacho, sus buenas intenciones se esfumaron. Con el teléfono en la mano le entró el pánico y finalmente decidió que lo mejor era esperar y cruzar los dedos para que el reencuentro no fuera muy tenso. Al fin y al cabo, era él quien había metido la pata. Que fuera él el que se esforzara por arreglarlo.

Emma llevaba las maletas en el coche cuando fue a trabajar el viernes; estaba nerviosa y ansiosa al mismo tiempo.

Desde la última noche que habían estado juntos, no sabía nada de James. La había llamado un par de veces al móvil, pero, al ver que ella no se lo cogía, no volvió a insistir. Dos llamadas en tres días, nada significativo.

Se preguntó si intentaba proporcionarle un tiempo para que se aclarara o era simplemente que ya no estaba interesado.

Se molestó ante tal pensamiento. James no era tan cínico como lo estaba pintando. Era cierto que había cometido un error, pero no podía crucificarlo para siempre por ello. «¡Mierda!—se regañó ante tal pensamiento—, me estoy ablandando.»

Le dejó el transportín en el que iba Isis a Carol. La mujer iba a hacerse cargo de la gata en su ausencia; con sus padres no podía contar, pues viajaban más que las azafatas. Podría habérsela dejado a Megan, pero Carol se había ofrecido y ella no quería dañar sus sentimientos.

Si le hubieran dicho a Megan que al ir a su librería favorita aquella mañana se iba a encontrar con James, estaba segura de que se habría quedado en la cama o se habría marchado con sus alumnos a la excursión que habían organizado para ese mismo día al museo de Ciencias Naturales. De acuerdo, eso no. Seguramente lo primero.

Pero como no lo sabía, aprovechó la mañana libre y se marchó a culturizarse. Iba dispuesta a ampliar su biblioteca ocultista con cuantos

libros encontrara sobre el tema y se topó con un fantasma que no esperaba ver.

Nada más entrar, fue directa a la parte posterior de la tienda, en la que estaban los tesoros que ella quería desenterrar del montón de polvo que los cubría. A esa parte de la librería sólo iban los frikis que leían versiones originales en lenguas extranjeras y ella. Por supuesto los frikis eran los otros. Ella sólo era especial.

Estaba ensimismada con un fabuloso libro de principios del siglo ^{xx}, cuyas ilustraciones del tarot de Marsella eran espectaculares, cuando se dio cuenta de que tenía compañía: en la estantería contigua un tipo hojeaba un grueso tomo tan polvoriento como el suyo.

Encantada con las láminas del libro, ni se molestó en mirar al hombre, y no lo habría hecho si éste no la hubiera saludado. La voz no le sonó conocida, pero aun así sacó la mirada a regañadientes de su libro y se topó de cara con James, alias don ojazos azules, para más señas rebautizado por ella misma.

—Hola, Megan —la saludó.

—¿Quién narices te ha dado permiso para que me hables? Yo no soy como Emma, que es demasiado buena. Conmigo lo vas a tener un poquito más difícil —le explicó en ese tono tan peculiar de Megan, con el que, dijera lo que dijese, era imposible enfadarse con ella.

—En ese caso, disculpa —pidió él, mientras se daba la vuelta para irse.

—De eso nada —lo regañó Megan—, ahora no vayas de víctima y me dejes aquí con la palabra en la boca. Te estoy hablando, ¿sabes? Y para compensarme por todo lo que he tenido que oír hablar de ti, ahora te vas a quedar calladito y me vas a escuchar. Pero ¿quieres responder?

—Sí —contestó James acojonado.

—¿Sí... qué? —Megan estaba impacientándose.

—Sí, lo que quieras —dijo James cada vez más nervioso. Esa mujer estaba como una regadera.

—Ahora empezamos a entendernos. —Sonrió victoriosa—. Voy a ser directa, no me gusta andarme por las ramas. —Hecho para el que no era necesaria la aclaración.

—No me digas —susurró James, que se quedó callado de golpe al ver a Megan levantar la ceja expectante.

—No soy sorda. Así que no murmures —le aclaró y lo regañó al

tiempo—. Pero vamos a lo que vamos. ¿Es cierto que ya no estás con la coja?

—¿Coja? —preguntó James. Pero entonces captó el significado de la pulla de Megan—. Vaya, Megan, me dejas asombrado —comentó James, que no esperaba la gracia de la chica—. Supongo que lo de coja va por Claudia y el significado de su nombre en latín.

—¡Qué agudo! Te mereces un aplauso. —Y dio una única palmada—. Pero no te hagas el listo conmigo y evadas la respuesta.

—Es cierto, ya no estoy con ella —respondió mirándola a los ojos.

—¿Por qué? —Y su mirada fue tan directa que James supo que iba a decirle la verdad antes siquiera de hablar.

—Quiero a Emma —confesó aguantándole la mirada.

—¿Sabes lo difícil que lo tienes? ¿No te vas a rendir cuando veas que no es tan blandita como parece? —preguntó pendiente de cada gesto del hombre que delatara su intención.

—No me voy a rendir. —Y la determinación con la que estaba parado frente a ella, sosteniendo su mirada, le confirmó que era cierto.

—En ese caso, te haré un enorme favor, pero no por ti, sino porque quiero a Emma y se merece ser feliz ya de una vez por todas. Y mi gran consejo es: no la presiones, pero no te apartes, que vea que estás ahí, pero... y esto es lo importante: si no reacciona ante tu constante presencia, haz lo que sea para que lo haga rápido o habrás perdido tu oportunidad. Es la persona más cabezota que conozco; no dejes que llegue a la conclusión de que está mejor sin ti, porque, si lo hace, estás perdido.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer todo eso? —preguntó pasándose las manos por el cabello.

—Tú eres el genio, averígualo. Y pronto, porque, como le vuelvas a hacer daño, no voy a ser tan buena contigo, ¿me has entendido? —preguntó para disipar cualquier duda.

—Sí, señora —contestó James muy serio. Al escucharlo, Megan esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Vas aprendiendo, soldado —dijo divertida—. Después de todo, tampoco estás mal —declaró complacida con sus palabras.

—¿Es eso un cumplido? —aventuró James.

—No tientes a la suerte, guapito —lo regañó mientras se acercaba a la caja con su polvoriento tesoro en brazos.

James la vio marcharse mientras murmuraba para sí:

—No es tan fiero el león como lo pintan.

—¡No soy sorda. Así que no murmures! —gritó Megan.

Pero James habría jurado que era imposible que lo hubiese oído. Al parecer era más bruja de lo que parecía. Sonrió ante la idea.

A las dos salía el vuelo a Escocia. Emma aparcó en el aeropuerto, descargó sus pertenencias y empezó a temblar sin remedio. Estaba tan nerviosa que tuvo que serenarse un poco antes de encaminarse a la terminal. Cargada con su maleta de fin de semana de Louis Vuitton y su maxibolso a juego, parecía una de esas *celebrities* que paseaban su palmito por el aeropuerto de Heathrow.

—Emma.

Oyó su nombre tan cerca que dio un respingo. James estaba parado frente a ella, más atractivo que el pecado, vestido de negro de la cabeza a los pies. Llevaba una bolsa de viaje del mismo color colgada del hombro.

—Hola, James. —Aquello fue lo único que logró balbucear.

—Dame —pidió—, yo te llevaré la maleta.

Emma sonrió y se la dio, no había olvidado lo mandón que podía llegar a ser. Aunque tampoco podía negar que ese aspecto de su personalidad podía tener su punto en determinados contextos.

Caminaron juntos y en silencio hasta la puerta de embarque; parecían dos adolescentes que se atraían en lugar de dos adultos que se querían.

Embarcaron a los quince minutos de llegar. Lis y Matt también estaban allí, se los veía emocionados; no era de extrañar, ya que se trataba de su boda.

Tal y como suponía, se pasó lo que duró el vuelo a Edimburgo sentada junto a James. La incomodidad del principio había desaparecido. Los dos bromearon sobre sus hermanos y lo complicado que iba a ser complacer a Lis.

James le contó historias sobre su país. Al parecer, todos los castillos de Escocia estaban habitados por fantasmas medievales que atormentaban a los huéspedes que invadían sus aposentos. Emma rio ante la ocurrencia, ella era demasiado racional para creer en esas cosas. Lo paranormal se lo dejaba a su amiga Megan, que era la experta. Después de todo, era capaz de adivinar el futuro.

Capítulo 24

El trayecto de Londres a Edimburgo pasó casi sin que ninguno de ellos se diera cuenta. Una vez que superaron la timidez del primer momento fue muy agradable, a pesar de las constantes volteretas de su estómago, producidas por su proximidad y el aroma que emanaba de él.

Por su parte, James se mostraba con Emma como siempre: divertido, cómplice y muy interesado en lo que tenía que decir.

Al aterrizar en Edimburgo, un chófer los estaba esperando para conducirlos al castillo en el que se iba a celebrar la ceremonia y donde iban a pasar el fin de semana.

Lo primero que notó Emma al pisar Escocia fue el frío que hacía. Menos mal que había cargado la maleta con ropa de abrigo. Esperaba que el castillo en el que iban a vivir no fuera tan medieval como para no tener calefacción central o se iba a quedar allí congelada para la posteridad.

En el coche, Lis parloteaba sin cesar; al parecer ni siquiera había avisado a sus padres de que iban a estar en el país. Se trataba de un viaje única y exclusivamente para la boda y no quería que nadie se despistara.

—Lo primero que hay que hacer cuando lleguemos es ver el salón de baile. Tengo entendido que es descomunal y tendrá que serlo para que quepan todos los invitados de tu padre. —Era evidente que no estaba muy contenta en ese punto. Al principio, el enlace iba a ser un acontecimiento familiar, pero sus padres no podían permitirlo y habían intentado convencer a Matt para que se pusiera de su lado. El pobre se había visto entre la espada y la pared. No obstante, había sido Alice quien había solucionado el conflicto vendiéndole a Lis sus ideas, al decirle que, como era ella la que diseñaba su propio vestido, la boda podría ser también un escaparate para su trabajo, ya que iba a asistir gente muy influyente del mundo de la moda... Al menos con eso había conseguido que su futura nuera dejara de protestar cada vez que veía la lista de invitados, que crecía

por momentos.

—Lo primero que voy a hacer en cuanto llegue va a ser darme un baño caliente que me quite el frío y la humedad del cuerpo —explicó Emma deleitándose con el pensamiento.

—¡Buena idea! —la apoyó James—. Creo que haré lo mismo.

Emma no pudo evitar las lascivas imágenes que aparecieron en su mente: James desnudo, con el agua resbalando sobre su piel... Se sonrojó tan violentamente ante tales pensamientos que fue evidente para todos lo que estaba pasando por su cabeza en esos instantes. Dispuesta a no quedar como una tonta, dijo:

—Por supuesto que si alguien tiene alguna idea mejor para calentar el cuerpo...

Los tres la miraron con cara de asombro. Su hermano abrió tanto los ojos que dio la sensación de que se le iban a escapar de las órbitas, la boca de Lis dibujó una perfecta «o» y James rompió el hielo soltando una carcajada tan sincera que provocó en los demás una sonrisa.

—No puedo creer que haya dicho eso —murmuró Emma, y añadió en voz más alta—: Sois unos malpensados.

Y contra todo pronóstico, su indignación los hizo reír con más ganas.

Cuando llegaron al castillo-hotel, el chófer amablemente abrió la puerta para que saliera. Emma se quedó hipnotizada por lo que estaba viendo. El hotel era real y literalmente un castillo. De hecho, se parecía muchísimo al que aparecía en las cabeceras de las películas de Disney. Compartían las mismas torres redondas y puntiagudas, las señoriales chimeneas. Daba la sensación de entrar en otro mundo donde todo era posible.

Para reforzar esa sensación, el hotel estaba rodeado de bosques verdes y majestuosos prados.

Sin decir nada, James la cogió del codo y la condujo adentro. El vestíbulo era enorme y estaba perfectamente iluminado por dos arañas enormes que colgaban del altísimo techo. Emma sintió que se había metido en un cuento de hadas y por un momento deseó ser la protagonista.

Salió de su trance cuando vio a los otros acercarse a la recepción, situada a mano derecha de la puerta principal. La persona que los estaba

atendiendo apenas tenía acento, cosa que agradeció, ya que el acento escocés le resultaba complicado de asimilar y entender.

—Señorita, lo siento, pero no es posible —le decía el recepcionista a Lis con cara realmente apenada.

—¿Cómo que no es posible? Se reservaron a principios de semana —aclaraba su cuñada, aunque Emma notó que no estaba muy alterada tratándose de ella.

—Aquí me consta una reserva de dos habitaciones dobles —dijo el recepcionista tras teclear en el ordenador.

Emma empezó a comprender el azoramiento del empleado.

—¿No tienen otra habitación libre? —intervino su hermano—. Nos arreglaremos con cualquiera.

—Lo siento, pero no; la única habitación que tenemos vacía es la del fantasma —explicó con toda la naturalidad del mundo—, y esa habitación jamás se utiliza.

—¿Por qué? ¿No está en condiciones? —aventuró Emma.

—Por supuesto que está en condiciones —explicó el joven, algo ofendido por la pregunta—. Era el dormitorio de la duquesa de Venlaw. Se mantiene siempre limpia y perfectamente equipada. El que no se use se debe básicamente a que ningún huésped está interesado en ocuparla. El llanto de la duquesa es tan fuerte que nadie puede dormir ahí.

—¿Y por qué llora? —preguntó Lis con la mano en la garganta y la mirada fija en el recepcionista.

—Por su amante, por supuesto. Cuando tenía dieciocho años, su padre la obligó a casarse con el duque, pero ella estaba enamorada de un conde bastante pobre. Éste, al descubrir que su padre pretendía casarla con otro, se marchó de Escocia para hacer fortuna, pero cuando regresó ya era demasiado tarde. Moira se había casado con el viejo duque. Dispuesto a todo por verla, el conde se coló una noche en esa misma habitación y murió a manos de los criados del esposo ultrajado. La duquesa se quitó la vida lanzándose por la ventana de su dormitorio y desde entonces vaga por el castillo buscando a su conde... y lamentando su pérdida.

—Es una historia preciosa —dijo Lis mientras se enjugaba una lágrima.

—Más bien es una tragedia —replicó Emma, aunque a su vena romántica el relato le había calado hondo.

—Eso mismo, señorita, una tragedia. Al igual que lo es el tema de la

habitación extra, a no ser que estén dispuestos a compartirla con la duquesa —aventuró el recepcionista.

Emma permaneció a la espera, era evidente que era un tema que les afectaba a James y a ella. Matt y Lis compartían habitación. Así que o bien compartía dormitorio con James o con la duquesa. James permitió que fuera ella quien tomara la decisión. Se limitó a mirarla en silencio. No se ofreció a ocupar él mismo el dormitorio del fantasma. Emma no creía en lo sobrenatural, pero alguna razón debía de haber para que tanta gente creyera en la duquesa.

—No será necesario, gracias. Nos apañaremos con las dos habitaciones dobles —concluyó mirando de frente a James, que soltó de golpe todo el aire que había retenido en los pulmones mientras ella decidía.

Las habitaciones que les habían asignado eran contiguas. Lis y Matt entraron en la suya y, por la actitud juguetona de su hermano, dedujo que tardarían bastante en salir. «Da igual —pensó—; ahora mismo lo único que necesito es un baño y silencio.»

El empleado del hotel abrió la puerta de su habitación y dejó su equipaje dentro. Mientras ella inspeccionaba la *suite*, James le dio propina al empleado, quien se dio la vuelta y se marchó en silencio.

La habitación era preciosa, pero, si había algo realmente impactante y de ensueño, eso era la cama. Era tan grande que Emma dudó que ella y James se tocaran durante la noche. Tenía cuatro postes tallados y colgaduras que permitían correr las cortinas sobre ella, de manera que la cama quedaba aislada del resto de la habitación. Mezclaba a la perfección clasicismo y comodidad. El suelo estaba cubierto por una moqueta roja que cubría el dormitorio en su totalidad. El cuarto de baño era lo único que pertenecía a otro mundo más actual. Estaba perfectamente equipado con *jacuzzi*, ducha de hidromasaje y demás artilugios modernos.

Fueron las palabras de James las que la sacaron de golpe de sus pensamientos.

—Tengo una pregunta que me gustaría hacerte, si no te importa.

—¿Vamos a empezar otra vez con el juego? —Le sonrió cansada.

—En realidad no, es sólo una pregunta. ¿De verdad te has creído que

el fantasma de la duquesa está en el castillo? —Y su mirada le dijo a Emma que su respuesta iba a determinar la actitud de James.

Tardó varios segundos en contestar, pero finalmente lo hizo.

—No —se limitó a decir.

Los ojos de James no se despegaron de los suyos en ningún momento, por lo que Emma fue capaz de notar el alivio en ellos cuando respondió negativamente a su pregunta.

—¿Qué lado de la cama prefieres? Ya te dije una vez que me quedaría con el que tú descartases.

—Me quedaré con el derecho —le dijo con voz firme.

Emma estaba metida en remojo hasta el cuello. Después de deshacer el equipaje, James había abandonado la habitación para darle un poco de intimidad y ella estaba disfrutando de ese baño con el que tanto había fantaseado en el coche de camino al hotel.

Una vez que notó que el agua caliente había calmado la tensión de sus músculos, se levantó, se secó y comenzó a vestirse. Se había llevado todo lo necesario consigo al baño por si James volvía para arreglarse para la cena. Lis había organizado la prueba del menú para esa misma noche y el hotel había dispuesto de uno de los salones vip para tal fin.

Al salir del aseo, se encontró con James esperando para darse una ducha y cambiarse de ropa.

—¿Ya has terminado? —preguntó mientras, poco a poco, se iba desnudando—. Tengo que arreglarme o llegaré tarde a la cena.

Emma se puso tan colorada como el vestido rojo que llevaba, de manga corta y hasta la rodilla. Por hacer algo, se puso la rebeca negra que había dejado sobre la cama. Mientras, James seguía quitándose la ropa como si nada.

—¿Estás bien? —preguntó con cara de bueno, pero no engañaba a nadie.

«Está haciéndolo aposta», se dijo Emma.

—Perfectamente —contestó alzando el mentón—. ¿Por qué lo dices?

—Pareces un poco alterada —comentó, plantado delante de ella desnudo del todo.

—Estoy perfectamente.

—Genial. ¿Me esperas y bajamos juntos?

—De acuerdo —contestó con la mirada clavada en sus ojos, temerosa de moverse y ver más de lo que podían soportar sus nervios.

Emma pasó el tiempo que tardó James en ducharse leyendo su novela. Como no esperaba compartir dormitorio con él, se la había llevado para terminarla. Pero ahora que se había visto obligada a compartir cuarto con él, la idea de que la pillara leyéndola no le atraía lo más mínimo, por lo que, cuando oyó que cerraba el grifo de la ducha, la guardó en el cajón esperando la ocasión de poder retomarla sin testigos.

James salió del baño oliendo deliciosamente tentador. A Emma se le hizo la boca agua, y se complicó más cuando James volvió a quedarse desnudo frente a ella. Al parecer, ese hombre carecía de pudor. O pensaba que, puesto que ya lo había visto desnudo con anterioridad, ahora ya no tenía que esconderse de ella. En cualquier caso, si las cosas seguían así, iba a ser el fin de semana más largo de su vida e iba a acabar arrugada como una pasa.

Aturdida, empezó a jugar con los botones de su chaquetita de punto.

James estaba disfrutando mucho con la situación. Había decidido que, ya que darle tiempo y no atosigarla no había funcionado, la iba a llevar al límite, a ver si por fin reaccionaba y admitía lo que sentía por él.

Lo de ponerse en cueros había sido el primer asalto y estaba encantado de que estuviera funcionando tan bien. Emma se encontraba totalmente descolocada. No sabía dónde meterse para no mirarlo. Había empezado con los botones de su chaqueta y ahora estaba rebuscando en el minibolso negro que llevaba, ¡como si se pudiera perder algo ahí dentro!

—Estoy listo. ¿Nos vamos?

Ella levantó con cuidado la mirada de su bolso, para asegurarse de que se había vestido.

—Sí. Estoy hambrienta.

James sonrió para sí mismo. Eso sonaba muy muy bien.

Capítulo 25

Cuando llegaron al comedor privado en el que iban a realizar la prueba de menú, Lis y Matt ya estaban allí, esperándolos. Era un rincón elegante, pero sobre todo íntimo, muy diferente del gran comedor en el que el hotel servía a sus huéspedes.

El reservado era circular, como las torres del castillo que tanto habían llamado la atención de Emma. Estaba ubicado en la quinta planta, en el ala oeste. Unos grandes ventanales, que abarcaban toda la pared, permitían que entrara la luz; en las paredes había colgados lienzos del castillo visto por diferentes pintores en diferentes y en la pared central, sobre la chimenea, presidiendo el salón, estaba emplazado el retrato de una mujer con un suntuoso vestido de fiesta de la época.

Emma supo quién era ella sin necesidad de preguntar. La duquesa era preciosa; llevaba el cabello oscuro recogido sobre la cabeza, aunque para suavizar sus rasgos se había soltado algunos mechones que se ondulaban en torno a su rostro. Pero lo que más llamó la atención de Emma era la capacidad del pintor para plasmar una mirada tan triste como la que la duquesa mostraba al mundo.

Una de las camareras que los servían se fijó en la dirección de su mirada y le confirmó lo que ya sospechaba, que era la duquesa de Venlaw. Emma se volvió, dispuesta a agradecer a la joven la aclaración, pero lo que vio la dejó sin palabras.

La camarera estaba flirteando descaradamente con James; le sonreía de un modo abiertamente sexual, incluso rozó desvergonzadamente su brazo cuando fue a ponerle el plato delante. Poco le faltó para meterle un pecho en un ojo o invitarlo, directamente, a acompañarla a la cocina.

La cara de Lis tampoco tenía precio; su cuñada estaba atónita al tiempo que escandalizada con el descaro de la chica, que a pesar de las miradas de las mujeres no daba muestras de vergüenza o arrepentimiento.

La muchacha era muy guapa, de eso no cabía duda. Llevaba su larga melena dorada recogida en una coleta baja, iba correctamente maquillada, ni mucho ni poco, por lo que era su expresión la que le confería ese aire de mujer fatal. En cuanto al atuendo, era el típico uniforme de camarera, camisa blanca y falda oscura; el problema era que había recortado considerablemente la falda, de modo que le llegaba hasta medio muslo. El remate final eran un par de zapatos de tacón de aguja. Emma miró a su compañera; la otra camarera llevaba unos zapatos negros horrorosos, planos y sin ninguna gracia, que era lo que tendría que llevar la rubia, ¡qué narices!

Los hombres, por su parte, no parecían haberse dado cuenta de nada: Matt seguía disfrutando de la comida sin descanso y James la miraba ¿interesado?, ¿sorprendido? Emma se quedó alucinada ante su actitud. Podía estar realmente interesado en la camarera. El colmo de la mala suerte era que se sentía incapaz de adivinar qué pensaba por su expresión.

La cena continuó con las miraditas de cordero degollado de la rubia, la mala leche monumental de Emma y la estupefacción de Lis, quien, a pesar de su afilada lengua, esa noche fue capaz de retenerla y no comentar nada al respecto; al parecer la actitud de su hermano la tenía tan descolocada como a ella.

La camarera (que descubrieron que se llamaba Catriona gracias a James, el cual al parecer la había conocido mientras Emma se daba un baño en su habitación) parecía a cada instante más embelesada con él. Su sonrisa era permanente y mostraba unos dientes blancos y rectos que harían las delicias de cualquier dentista.

A la hora de los postres, todos ellos, cada uno por diferentes razones, estaban deseando que la cena terminase. Matt pensaba en repetir la actuación de esa misma tarde en la enorme cama con dosel de su habitación, por lo que lanzaba miradas lascivas a Lis, que parecía no enterarse de sus intenciones; Emma, quería deshacerse del incordio rubio con patas; Lis, ver el salón de baile, y James, volver a llevar al límite a Emma para comprobar si por fin movía ficha y conseguía el jaque mate que tanto deseaba.

Al terminar la cena, sus hermanos se disculparon y volaron a su

habitación, mientras que James y Emma decidieron explorar juntos el castillo. Bajaron a la planta baja, donde todavía estaba de turno el amable recepcionista que los había recibido, y le preguntaron por la oferta de ocio del hotel. El recepcionista les habló de varios locales que, al parecer, estaban de moda y del espectáculo que organizaba el hotel cada noche en el salón azul, pero el interés de la pareja se despertó cuando les comentó que el parador había habilitado la antigua biblioteca del castillo como cafetería; de hecho, se conservaban los libros de los duques y se habían añadido algunos más por los herederos de éstos.

Les dio las indicaciones para encontrarla y siguió con su trabajo frente al ordenador. Emma se dio cuenta enseguida de que James parecía un niño ante un tesoro escondido que hubiera que encontrar. Sonrió ante la idea; para ella hallar la biblioteca también era una aventura y, para qué engañarse, compartirla con James era lo mejor de todo.

La antigua biblioteca debía de haber sido digna de ver. Las estanterías estaban dentro de las propias paredes. Y, tal y como les habían comentado en recepción, había libros antiguos y otros más modernos. Las obras quedaban a la vista, pero protegidas del paso del tiempo por un cristal transparente. Realmente era magnífica la idea de las estanterías empotradas en la pared y cubiertas por un cristal. Emma tomó nota mental de llevar a Matt al día siguiente. Como arquitecto, seguramente apreciaría la estructura del local y querría adaptarla a sus trabajos.

—Es fantástica —exclamó James visiblemente admirado—. Además, las mesas y sillas de la cafetería son escritorios y sillas de escritorios. ¡Es perfecta! ¿Sabes? —Y, sin esperar respuesta, se explicó—. Se acaba de convertir en mi lugar favorito en el mundo. —Y su sonrisa fue tan inocente y genuina que Emma se encontró a sí misma respondiéndole con igual intensidad—. Y estoy encantado de compartirlo contigo —añadió e hizo que el corazón de Emma se acelerara encantado—. De haberlo encontrado contigo.

Pero el mágico momento se rompió en cuanto oyeron una conocida voz a sus espaldas.

—¿Qué van a tomar? —preguntó Catriona, y Emma casi se atragantó con su propia saliva. ¿Qué estaba pasado, acaso era la única camarera del hotel? No sólo los había servido durante la cena, al parecer también iba a servirles el café, y en dos lugares completamente diferentes.

—Hola, Catriona —la saludó amigablemente James—. ¿Qué haces por aquí?

—Hola, James —contestó ella con una sonrisa coqueta y expectante, y Emma se molestó ante tanta familiaridad. No tardó en regañarse a sí misma por sentirse molesta porque James intimara con una camarera. No era cosa suya, él era libre de hacer lo que le viniera en gana y a ella no le importaba—. Estoy cubriendo a una compañera que tenía un compromiso.

«No me importa lo que James haga con su vida, no me importa lo que James haga con su vida», se repitió mentalmente. Pero ¡y un cuerno!, eso no se lo creía ni ella.

Una hora después, Emma se sentía agotada. Había pasado la mañana en la oficina y la tarde viajando, se moría por meterse en la cama, pero James no parecía muy dispuesto y ella no pensaba ponérselo fácil a la tal Catriona y dejarlo solo para que la camarera pudiera lanzarle un ataque directo. Después de charlar sobre el tiempo, el frío que hacía en Escocia y lo bonito que era el castillo, James y ella se retiraron a descansar. Al llegar al dormitorio, James siguió con su plan. Deseoso de escandalizar a Emma, se dispuso a meterse en la cama como su madre lo trajo al mundo.

Emma contuvo el aliento.

—¿Piensas dormir así? —Y, por su voz, James supo que estaba empezando a alterarla de verdad.

—¿Así, cómo? —preguntó con fingida inocencia.

—Desnudo —dijo mientras movía el brazo hacia delante como marcando sus palabras.

—¡Ah! Siempre duermo así. —«Mentira cochina», pensó, pero jugaba con la ventaja de que ella no lo sabía—. ¿Por qué?, ¿te molesta? —preguntó inocente.

—No, no me importa lo más mínimo cómo duermas —contestó a la defensiva.

«Vamos bien», se animó James y se metió bajo las sábanas. Cinco minutos después, Emma salía del cuarto de baño con unos minúsculos pantalones cortos, una camiseta de manga larga y oliendo a su crema de noche.

Sin decirse nada el uno a la otra, Emma se acostó en su lado y James estiró el brazo y apagó la luz de su mesilla de noche.

—Tengo una pregunta para ti —intervino James.

—¿Quieres jugar ahora? —preguntó ella, haciendo alusión a su propio juego privado de las preguntas.

—Siempre es buen momento para conocerse —alegó, divertido por la sorpresa de Emma.

—De acuerdo, ¡dispara!

James no se lo pensó dos veces.

—¿Ya has leído el manuscrito?

—No entiendo en qué te va a ayudar mi respuesta —repuso a la defensiva.

—Me va ayudar mucho; ¿no vas a contestar? —la pinchó para ver si respondía.

—No —fue su réplica.

—¿No lo has leído o no vas a contestar? —siguió con su táctica.

—No te voy a contestar —le dijo molesta porque le resultara tan fácil calarla.

—¿Ves?, ya sé algo más de ti. Eres una borde, adorable pero borde. —Y fue evidente que la respuesta de Emma lo había puesto de buen humor.

—Te puedo asegurar que tengo muchas más cualidades.

—No lo dudo, preciosa. Pero me encanta ese punto borde que sólo ve la luz para mí. Es mío y me gusta.

Emma le respondió con una sonrisa que él no pudo ver en la oscuridad.

«La noche va a ser larga», se dijo James, que empezaba a notar las consecuencias de estar desnudo y en la misma cama que Emma. Durante más de una hora y media intentó dormir, olvidarse de la mujer que estaba a su lado, del calor que desprendía su cuerpo y del perfume de su cabello esparcido sobre la almohada. Pero, sobre todo, intentó olvidarse del insoportable calor. ¡Dios! Estaba desnudo, tapado apenas con una sábana y estaba pasando más calor que en toda su vida. El infierno seguro que era templado comparado con la temperatura que había en esa maldita cama. Y para colmo, Emma se mantenía inmóvil y con la respiración acompasada desde hacía bastantes minutos, prácticamente se había dormido al apoyar la cabeza en la almohada. Y allí estaba él, con todo el cuerpo en tensión, hirviéndole la sangre de necesidad y manteniendo una fuerza de voluntad férrea que era lo único que le impedía hacerle el amor.

Suspiró, dolorido. Ya no aguantaba más. Con cuidado, se levantó de

la cama, se puso unos calzoncillos negros de Calvin Klein, cogió la almohada de su lado y la colcha que habían tirado a los pies del lecho y se tumbó en el sofá que había en el centro de la habitación. Era lo suficientemente grande como para que pudiera dormitar algunas horas, aunque la comodidad no era una de sus cualidades.

Su nueva táctica no estaba funcionando si él era incapaz de pegar ojo y ella dormía a pierna suelta. Tendría que intentar algo nuevo. Mientras maquinaba qué hacer, por fin se quedó dormido.

Emma dejó de fingir que dormía cuando notó que la respiración de James se volvía regular y que había dejado de moverse en el sofá. Había estado tan nerviosa, por tener que compartir cama con él, que lo único que se le había ocurrido había sido simular que dormía.

Silenciosamente, abrió el cajón en el que había escondido horas antes el manuscrito de James y comenzó a leer con la linterna del iPhone por miedo a que la luz de la lamparita de noche lo despertara y la descubriera enfrascada en su novela.

Ese hombre iba a terminar con su salud por muchas razones, a la que ahora, además, se le sumaba una posible ceguera por tener que leer con tan poca luz.

Capítulo 26

Emma despertó con el sonido del agua de la ducha en el cuarto de baño. Se sintió tonta cuando al abrir los ojos descubrió que se había quedado dormida con el libro de James entre las manos. La batería del iPhone se había agotado durante la noche y ahora estaba apagado.

«¡Fantástico!», se recriminó, seguro que James se había dado cuenta de que se había quedado dormida con el dichoso libro en las manos. Pero es que había sido incapaz de dejar de leerlo; a pesar del cansancio y del temor a ser descubierta, no había podido dejar de leer, cayendo agotada sin tener tiempo siquiera para apagar la linterna.

La historia entre Daniel y Emmaline la tenía totalmente atrapada. El único problema era que se había dormido antes de llegar a los dos finales sobre los que le había hablado James. Estaba perdida en sus pensamientos cuando llamaron a la puerta. Emma se levantó de un salto dispuesta a comprobar quién era. Al abrir la puerta se encontró con su cuñada, perfectamente arreglada, en el pasillo.

—¿Qué haces que no estás vestida todavía? —No se le escapó a Emma que la pregunta había sonado a reproche.

—Acabo de despertarme. ¿Qué hora es? Se supone que estamos de vacaciones, Lis —se defendió—. No sabía que madrugar formaba parte del paquete.

—No, cariño. Esto son todo menos unas vacaciones. Tú y yo tenemos que ultimar los detalles de mi boda, ¿te acuerdas? Y la cosa es que ya tengo el día planeado para nosotras.

—Para nosotras —repitió Emma con desgana—. ¿Y qué pasa con Matt y James? ¿No tienes planes para ellos?

—Ellos harán equitación o cualquiera de las actividades que organice el hotel. Tienen que hacerlo para luego recomendárselo a los asistentes al enlace. —Emma le frunció el ceño a su cuñada, esperando que entre esas

actividades no estuviera la dichosa camarera.

Oyó que la puerta del baño se abría y rezó para que James, al menos esta vez, llevara ropa, porque de lo contrario su hermana se iba a encontrar con una sorpresa.

—Hola, James —lo saludó ésta mirando por encima del hombro de Emma.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó extrañado y completamente vestido.

—He venido a llevarme a Emma. Tenemos que ir al pueblo a ver a la florista, hablar con el párroco, la peluquera, la maquilladora...

—¡Vaya! Pues sí que tenéis la mañana ocupada —se burló, dirigiéndole a Emma una sonrisa maliciosa—. Yo pienso aprovechar el día para relajarme. —Y, diciendo eso, le lanzó una mirada pícaro a Emma, que sintió un escalofrío por la espalda.

—Voy a ducharme —anunció Emma—. ¿Crees que entra, dentro de esos planes tuyos para mi vida, el desayuno? —preguntó de mala leche al pensar que le iba a dejar vía libre a Catriona.

—Por supuesto —contestó Lis como si no se hubiese dado cuenta de la actitud de su cuñada—. Matt y yo os esperaremos en el comedor —anunció, y se marchó.

James decidió que, dado el humor en que estaba Emma, lo mejor era hacer un mutis y bajar con los demás. Siguió arreglándose mientras ella iba recogiendo su ropa para darse una ducha.

—Yo también bajo a desayunar. Necesito un café en vena. Te veo en el comedor —le comentó al tiempo que abría la puerta de la habitación y se marchaba.

Emma se fijó entonces en que había plegado la colcha que había utilizado esa noche y que había dejado cuidadosamente la almohada sobre ella.

Enfurrugada, se permitió una vez sola meditar sobre lo que estaba pasando. Era poco probable, se dijo, que la muchacha estuviera otra vez trabajando; debían de tener turnos de ocho horas y parecía seguro que no volvería a trabajar hasta la tarde, así que podía permitirse relajarse durante toda la mañana, mientras acompañaba a Lis en lo que fuera que tuviera planeado; después ya buscaría el modo de alejarla de James.

Con esos pensamientos, se duchó y se arregló para un largo día de caminatas y visitas. Se puso vaqueros, botas altas y un jersey de cachemir

azul celeste, que destacaba el color de sus ojos. Debajo de éste se puso uno más fino, ya que seguramente le molestaría cuando entraran en algún comercio. La gente de Escocia ponía la calefacción muy alta para evitar el frío.

Bajó a desayunar y se encontró con el comedor repleto de turistas. A juzgar por la cantidad de gente que había allí esa mañana, era cierto lo que les habían dicho en recepción, no tenían habitaciones disponibles.

Estaba parada en la puerta, intentando localizar a los suyos, cuando Catriona, la dichosa camarera multihorarios, se paró a su lado y amablemente le señaló dónde estaban sentados sus amigos. Emma le dio las gracias, mientras una punzada de rabia y celos le atravesaba el estómago.

¿Qué pasaba con esa chica? ¿Nunca descansaba? Y encima era evidente que los tenía bien controladitos, porque sabía perfectamente dónde se habían sentado.

Cuando llegó hasta ellos, los demás ya casi habían terminado su desayuno. Su hermano la saludó y le preguntó qué tal había dormido, y Emma fue incapaz de descubrir ningún tono burlón en la pregunta, por lo que contestó cortésmente que muy bien, evitando comentar que había tenido la cama para ella sola.

Al levantar la cabeza se encontró con los ojos de Catriona, que le preguntó amablemente qué deseaba beber. Parecía tan solícita que Emma pensó que ni siquiera la veía como una rival.

De repente, de mal humor, pidió un café cargado y se levantó para ir al bufé a por unas tostadas con mantequilla y mermelada de melocotón. Necesitaba un poco de azúcar que le alegrara la mañana.

Desayunó bastante absorta, sin intervenir en la conversación que se desarrollaba entre los otros. En cuanto dejó el cubierto sobre el plato, Lis se levantó como impulsada por un resorte y anunció que se marchaban al pueblo, porque tenían muchas cosas que hacer.

Tirando de ella sin muchos miramientos, la sacó del comedor, casi a rastras. Cuando estuvieron en el vestíbulo, la llevó hasta uno de los sofás en los que los huéspedes podían leer la prensa y le soltó de golpe, y sin

previo aviso, la charla que había ensayado mientras ella desayunaba.

—¿Piensas seguir todo el fin de semana con esta actitud? —Tenía las mejillas rojas por la rabia.

—¿Qué actitud? —preguntó descolocada ante la vehemencia de su cuñada—. ¿Qué se supone que he hecho ahora?

—¿Es que acaso estás ciega? ¿No te has dado cuenta de que la camarerita rubia no le quita el ojo de encima a mi hermano? Si hasta ha hecho turno doble para poder estar cerca de él.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó.

—Me lo ha dicho Morgan —le respondió como si ella tuviera idea de quién era el tal Morgan. Emma hizo un gesto interrogante y Lis contestó a la pregunta no verbalizada de su amiga—. Morgan es el recepcionista que nos atendió ayer. Hoy tiene el turno de mañanas.

—De acuerdo —contestó.

—¿De acuerdo? ¿Eso es lo único que vas a contestar? —preguntó cada vez más molesta por la pasividad de su cuñada.

—¿Qué narices esperas que diga? —preguntó ya bastante alterada. Por lo menos ya tenía claro que el interés de la camarera por James no era paranoia suya, Lis también pensaba lo mismo y el tal Morgan lo confirmaba.

—No quiero que digas nada. ¡Maldita sea! Has pasado la noche con él y ni siquiera has sido capaz de hacer nada para que no te dejara venir conmigo. Para que se peleara conmigo por pasar el día a tu lado... Con todas las molestias que me he tomado por vosotros, ¿en qué estás pensando, Emma? Te rendiste con Claudia, ¿piensas rendirte también ahora?

Lis se llevó las manos a la cabeza como si no fuera capaz de creer lo que estaba viendo. La actitud pasiva de su cuñada la desesperaba.

—Vete a la mierda, Lis. No me rendí con Claudia, él me dijo que quería estar con ella. ¿Qué se suponía que debía hacer yo? ¿Obligarlo a escogerme a mí?

—Lo siento, Em. Es que estoy preocupada por los dos. Yo... —Emma la interrumpió antes de que pudiera seguir disculpándose.

—No sé qué quieres que haga. Si a él le interesa esa chica, yo no puedo hacer nada. No, espera, es que no quiero hacer nada. —Y añadió, dejando salir todo lo que la atormentaba—: Se supone que le importo, que me quiere, y se busca a la tal Catriona sólo porque a mí me está costando

perdonarlo. Pues no creo que valga la pena.

«Mentirosa —se regañó—. Lo que pasa es que estás celosa.»

—No seas injusta, él no se ha buscado a nadie. Es ella la que lo intenta —la amonestó Lis.

—Sí, pero tampoco le deja claro que no está interesado. Hasta la llama por su nombre.

—Emma, no puedes culparlo por ser educado —lo defendió su hermana.

—Sí, tienes razón. Pensaré en lo que has dicho. Además, aún tengo que terminar la novela —dijo para sí. No supo si Lis la había oído o no, porque no hizo ningún comentario al respecto—. Por cierto, ¿a qué molestias te referías? ¿Qué se supone que has hecho para juntarnos?

—¿De verdad crees que el hotel se equivocó con la reserva? —dijo al tiempo que le guiñaba un ojo y sonreía.

Emma la miró resignada y no dijo nada, escindida entre echarle la bronca o besarla.

Pasaron el resto de la mañana de floristería en floristería. Lis tenía que elegir el tipo de flor con la que iban a adornar el salón de baile; estaban indecisas entre flores de invierno o flores de invernadero. A ello le siguió la iglesia y la charla del sacerdote sobre el matrimonio, la fidelidad y los hijos... Al menos, cuando le tocó el turno a la peluquería, pudo relajarse escuchando los cotilleos del pueblo (aunque no conociera a nadie, se rio como nunca con las ocurrencias de las parroquianas del local) y con Bianca, la hija menor y ayudante de la dueña, que tenía unas manos increíbles. Le lavó el pelo y le dio un masaje capilar que la dejó como nueva, borrando de un plumazo todos los problemas que le golpeaban la cabeza en busca de solución.

La prueba del peinado de novia de Lis fue de maravilla. A la primera acertaron con el modelo que mejor le iba. Lis, muy precavida, había llevado las fotos del vestido para que la mujer supiera cómo era el cuello y la peinara en consecuencia. La maquilladora resultó ser la hija mayor de la peluquera, así que, cuando salieron del salón de belleza, estaban encantadas, relajadas y muy guapas. Emma hasta se había olvidado de la competencia que la esperaba en el hotel.

Como ya habían picado en la peluquería de todo lo que las mujeres habían llevado para almorzar, ninguna de las dos tenía hambre. Emma subió a su habitación a continuar con su lectura y Lis arrastró a Morgan, que acababa de terminar su turno, al salón de baile para detallarle cómo lo quería todo para el gran día.

Tal y como había imaginado, tenía la habitación para ella sola. James debía de estar comiendo o montando a caballo con Matt. Las mujeres de la limpieza habían vuelto a poner la colcha en su sitio. La cama estaba perfecta, por lo que Emma cogió su libro y se sentó en el sofá en el que James había pasado la noche.

Continuó leyendo por donde recordaba haberse quedado. Había que reconocer que James escribía bien; era fascinante cómo iba enlazando las señales, de manera que todo cobraba sentido. Detalles que no parecían importantes adquirirían un nuevo significado al leer la siguiente página.

Impaciente por llegar al final y descubrir cuáles eran las dos opciones de las que él hablaba, apenas se despegó del libro hasta que lo hubo terminado. La presión de su estómago, la sensación de ligereza, como si pudiera salir volando en cualquier momento, auguraban un gran final.

Al llegar a la última página, Emma se dio cuenta de lo tarde que era. Se le había pasado de largo la hora de cenar y estaba hambrienta. Le extrañó que James no hubiera aparecido por allí, pero no le dio más importancia, probablemente estaba con Matt y Lis.

Decidió acercarse a la cafetería-biblioteca y tomar algún bollo y un café. No le apetecía meterse en el restaurante y cenar sola, incluso era posible que a aquellas horas ya hubiesen cerrado la cocina.

Cuando entró, lo primero que vio fue que no había casi nadie en ella. El hotel había preparado un espectáculo para sus huéspedes en el salón azul y, a juzgar por lo vacío que estaban el vestíbulo y la cafetería, debían de estar todos disfrutando de él. Una pareja de señores mayores ocupaba una mesa junto a la puerta y el otro era James, que estaba sentado a la misma mesa que la noche anterior. Ellos tres eran los únicos clientes que habían preferido la tranquilidad al ajetreo del espectáculo.

Emma estaba parada en la entrada; James todavía no la había visto, pero Catriona sí. La camarera estaba prácticamente encima de él mientras hablaba y se envaró al verla. «¡Vaya, no es tan tonta como quiere parecer!», pensó la pelirroja al ver su reacción a su presencia.

Pero, a pesar de la tensión, la rubia no se apartó del todo y tuvo la cara dura de pasarle un papelito a James, seguramente con su número de teléfono, su dirección o cualquier insinuación más directa. «¡Hasta aquí hemos llegado!», se dijo Emma, y se abalanzó sobre él antes de que pudiera guardar la hoja o incluso abrirla para ver qué contenía.

James se quedó paralizado al ver la manera en que le había arrebatado el papel de las manos, pero eso no era todo.

—Ya es suficiente —le dijo a Catriona, clavando la mirada en sus ojos—. Supongo que no es necesario que te diga nada más, ¿verdad? —preguntó amenazante. Pero la rubia no pensaba rendirse sin dar batalla, por lo que replicó:

—Que yo sepa, no es tu marido ni tu novio, y si a él no le molestan mis atenciones, a ti, mucho menos.

Destilaba tal hiel que Emma entendió que realmente estaba interesada en James.

—Pues no estás bien informada, porque es mío. ¿Te ha quedado claro? —preguntó rabiando por el descaro de su rival—. Y a mí sí que me molestan tus atenciones.

La rubia miró a James y éste se limitó a sonreír como un tonto y a levantar los hombros, aceptando las palabras de Emma.

En ese preciso momento fue cuando Emma se dio cuenta de lo que había hecho e iba a retractarse, avergonzada, cuando James se percató de su azoramiento y le puso el dedo sobre sus suaves labios.

—Ni se te ocurra. Tienes razón, soy tuyo, y me alegro de que por fin te hayas dado cuenta.

Sin saber cómo, se encontró entre sus brazos mientras se besaban apasionadamente. Cuando James la soltó, sólo para acomodarla en el borde de la mesa, los pocos huéspedes que quedaban en la cafetería se habían marchado junto con Catriona, que había tenido la delicadeza de bajar las luces.

Emma estaba eufórica, y no sólo por tener a James pegado a su cuerpo y sentir su sabor en la boca. Se sentía liberada por haberle plantado cara a lo que sentía, por dejar el miedo de lado y atreverse a entregarse

por completo.

Se sentía plena, atrevida y feliz. Con firmeza, empujó a James contra la mesa en la que había estado tomando café y se colocó entre sus piernas; en esos instantes no le preocupaba que entrara nadie. En lo único en lo que podía pensar era en las palabras de James: «Tienes razón, soy tuyo, tienes razón, soy tuyo...».

Con descaro y seguridad, tiró de James para que se separara de la mesa y lo instó a sentarse de nuevo en la silla. Sin perder el contacto visual, le desabrochó los botones de sus vaqueros y lo ayudó a despegar el trasero de la silla para librarse de ellos. Una vez que lo tuvo a su merced, se sentó a horcajadas en sus piernas y descargó la tensión que había ido acumulando durante todo el fin de semana.

Hicieron el amor en la biblioteca, despacio, redescubriéndose el uno a la otra. Después, saciados y agotados, subieron a su habitación dispuestos a aclarar los puntos que quedaban en el aire.

Emma descubrió que el supuesto interés de James por la camarera era una treta para hacerla reaccionar, y que la charla de Lis había sido después de que él les contara su plan durante el desayuno. También resultó deliberado el que no se hubiese pasado por la habitación durante todo el día, ya que Lis le había informado de que ella estaba allí y quizá, con un poco de suerte, ella ataría cabos e iría a sacarlo de las garras de Catriona. Lo único que no había sido fingido era el interés de la camarera. También supo que la idea inicial de ponerla al límite había sido de su mejor amiga y del encuentro casual de Megan y James en una librería. Emma sonrió ante la explicación.

—Parece que los libros nos han unido desde el principio: mi editorial, tu libro, Megan... —apuntó Emma.

—Cierto, ahora nos toca escribir el nuestro y que tenga un final feliz.

—Esa parte es imprescindible en toda novela romántica. Tendrías que saberlo. —Rio y volvió a besarlo.

La conversación que tenían pendiente aclaró algunos puntos descolgados. No obstante, todavía no habían hablado de lo más importante y ése era el momento perfecto para hacerlo.

—¿Recuerdas cuando vimos *Bailando con lobos* y te dije que entendía

perfectamente a Dunbar porque sentía que no pertenecía a ningún lugar? —Emma asintió con la cabeza, demasiado nerviosa para hablar—. Te mentí, desde la primera vez que te vi supe que tú eras mi lugar. Cuando me aconsejaste que me enamorara y encontrara un hogar en mi pareja, me asusté. Apenas nos conocíamos y ya te resultaba tan fácil leer en mí... No quiero perder mi lugar, mi hogar, por un estúpido error, por estar demasiado asustado para entregarme a ti.

»Te quiero y necesito que pases tu vida junto a mí. Dime, ¿qué final has elegido para esta historia? No te puedo asegurar que me conforme, pero...

Emma se lanzó a sus brazos y lo besó. Metió las manos bajo su ropa y recorrió con ellas su torso. Las yemas de sus dedos podían captar la dureza de sus músculos y la tibieza de su cuerpo pegado a ella.

—¿Te da esto una pista? —inquirió, antes de volver a arrasar su boca.

James se separó de sus labios unos milímetros, aún tenía su cuerpo acoplado al de ella, y susurró:

—Has elegido el final perfecto, mi amor.

Capítulo 27

Los días anteriores a la boda fueron un caos, a los preparativos se les unieron las fiestas navideñas: los familiares, las comidas copiosas, los nervios de la novia porque todo saliera perfecto.

Esos días, Emma apenas paró por casa; su cuñada la necesitaba para todo y, para colmo de males, su templado hermano no estaba mucho mejor que la novia. Emma deseaba que pasara el día de una vez. Y cuando por fin llegó, se dio cuenta de que todo el esfuerzo había valido la pena sólo por ver la cara de felicidad de sus hermanos.

Lis estaba preciosa, el vestido le quedaba como un guante y su cara resplandecía de gozo.

Las damas de honor corrían impacientes por la *suite* de la novia; el hotel había tenido la deferencia de enviarles varias botellas de champán y algunas, entre los nervios y el alcohol, ya estaban más que excitadas.

Rebecca, la madre de Lis, intentaba ocultar las lágrimas de felicidad al ver a su hija vestida de novia y dispuesta a casarse con el hombre que amaba.

En los días previos de ensayos y retoques de última hora, Emma había llegado a conocer más profundamente a Rebecca; era una mujer encantadora cuya personalidad no se parecía en nada a la de su hija, al igual que Emma era lo opuesto a su madre. Rebecca era más como James, comedida, educada y con ese punto picante y divertido que tanto le atraía. Para Rebecca, llorar en la boda de su pequeña era la cosa más natural del mundo, no sentía vergüenza o que estaba rompiendo con el protocolo, como lo vería su madre, que para algunas cosas era peor que la mismísima reina de Inglaterra.

Emma miró a la que sería oficialmente su cuñada en unos minutos y le sonrió a través del espejo.

—Eres la novia más preciosa que he visto nunca —comentó emocionada.

—Gracias —dijo sorbiéndose la nariz—. No quiero llorar o se me correrá la máscara de pestañas. —Se miró una última vez el en espejo y se volvió para abrazar a su cuñada—. Dentro de nada seremos hermanas.

Emma sonrió.

—Hace mucho tiempo que tú y yo somos hermanas —afirmó, y las dos mujeres tuvieron que tragarse las lágrimas que acudían a sus ojos.

Unos golpes en la puerta llamaron la atención de todas las presentes.

—Ya está aquí papá —avisó Rebecca, visiblemente emocionada, a su hija.

Emma se dio cuenta de que Lis temblaba a pesar de la calefacción. Sorprendentemente, las mismas mujeres que unos segundos antes estaban histéricas gritando salieron al pasillo en respetuoso silencio, y se colocaron detrás de Lis y su padre.

El salón de baile estaba lleno de gente, amigos y desconocidos que habían ido a compartir con ellos la felicidad de la boda, pero Emma no veía a nadie más que al hombre situado detrás de su hermano. Los músicos con sus violines empezaron a tocar, la novia y sus damas desfilaron por el pasillo central, pero Emma era incapaz de apartar la mirada de dos ojos azules que la cautivaron desde el primer instante en que se encontró con ellos.

Al paso de la novia se oían por encima de la música suspiros y exclamaciones sobre lo guapa que estaba Lis o lo elegante que era su vestido.

Cuando llegaron al altar, que habían creado para la ocasión y que estaba plagado de rosas blancas, Emma se colocó en su sitio, al lado de la novia, y fue cuando alzó la mirada y la trabó con la de su hermano cuando tuvo que hacer el mayor esfuerzo por no llorar. Matt desprendía felicidad. Mirándola, se llevó sonriendo dos dedos a los labios y le lanzó un beso seguido de tres palabras que la hicieron sollozar.

—Te quiero, bichito.

La ceremonia fue tan emotiva que hasta su propia madre terminó llorando.

Una vez que comenzó el banquete, Emma encontró la oportunidad de

escaparse del bullicio de la fiesta y de los invitados y huyó de allí buscando un poco de aire fresco o, al menos, no tan cargado.

Sus pasos la llevaron a la cafetería-biblioteca del hotel, que a esas horas no ejercía como cafetería sino como biblioteca. Se sentó a una de las mesas y se descalzó emitiendo un largo suspiro de alivio; los tacones la estaban matando.

—¿Qué haces aquí tan sola? —preguntó una voz profunda y masculina.

Emma se volvió, sonriendo.

—Esperarte, por supuesto.

—¿Cómo sabías que iba a venir? —preguntó divertido.

—Porque tú siempre vienes a mí y yo siempre voy a ti.

—Cierto, mi amor. Muy cierto —susurró, pegado a sus labios.

La levantó en brazos de la silla y la depositó suavemente sobre la mesa en la que se había sentado, colocándose luego entre sus piernas separadas.

—No estarás pensando en hacerlo aquí y ahora, ¿verdad? —preguntó alarmada.

—Aquí y ahora, mi amor. ¡Por los viejos tiempos! —Su boca capturó el lóbulo de la oreja de ella mientras intentaba desatarle los botones del vestido de dama de honor, que tan bien se adaptaban a su esbelto cuerpo.

Por suerte, el banquete no había terminado, por lo que aún disponían de tiempo para ellos. James recorrió sus costillas con las manos, mientras ella enredaba los dedos en su pelo. En menos de dos segundos le había desatado el vestido y lo bajaba hasta su cintura; sintió las manos calientes de James sobre sus pechos y un suspiro satisfecho escapó de sus labios entreabiertos mientras él pellizcaba sus pezones.

James separó su boca de la de ella y con pericia dejó un reguero de besos y mordisquitos desde su cuello hasta sus clavículas. Siguió bajando centrado en su meta, sus pechos.

Cambió las manos por los labios y se dispuso a saborear los erguidos botones rosados que tanto habían adorado sus dedos. El gemido sorprendido de Emma le erizó la piel.

Y aceleró el desbocado latido de su corazón.

—No creo que pueda tomarme las cosas con calma si sigues haciendo esos ruiditos —le dijo sin apartar la boca de su piel.

—Entonces no esperes —pidió Emma con la voz entrecortada.

—Te compensaré después.

—Lo sé —concedió ella—. Siempre lo haces.

«Quiero que sea siempre así», pensó Emma, mientras la cabeza le daba vueltas y los brazos de James la estrechaban con fuerza contra sí. El jaleo del banquete dejó de oírse y se perdieron el uno en brazos de la otra.

La pareja regresó a la fiesta treinta minutos después, mucho más felices y sonrientes.

Los padres de ambos se tomaron muy bien la relación de los jóvenes. Emma había pasado dos días en Escocia con James, los únicos que Lis le había permitido escapar de ella en las últimas semanas, y James pasó el día de Navidad en Mayfair con Emma y sus padres.

Al terminar la cena, su padre se lo había llevado a la biblioteca con la excusa de fumar y Emma había estado nerviosa hasta que los vio regresar sonrientes, a Matthew padre con la mano sobre el hombro de su futuro yerno.

La madre de Emma había mostrado su conformidad desde el primer minuto. James era muy guapo, por lo que estaba segura de que le darían unos nietos preciosísimos a los que poder consentir y vestir como estrellas de la pasarela en miniatura.

Por otro lado, la pareja había asistido a la cena de Navidad de Beating, de modo que era más que oficial que estaban juntos, lo sabían la familia y los amigos y todos estaban encantados con la felicidad que irradiaban. Al parecer también se especuló sobre ellos en la oficina, gracias a los comentarios de Carol. Will la abrazó y le aconsejó que fuera muy feliz. Emma estaba más que dispuesta a seguir el consejo de su buen amigo.

Siguieron saludando a los invitados, hasta que llegaron a Megan, que estaba radiante junto a su Patrick. James le guiñó un ojo y su amiga le devolvió el guiño cómplice. Emma tomó nota mental de preguntar qué se traían esos dos entre manos.

La sorpresa de la noche fue que Patrick y James se conocían, ya que ambos eran asiduos del Pierre's Coffee.

Emma pensó que había valido la pena arriesgarse. Sonrió ante la idea

y siguió disfrutando de la boda de su hermano mayor.

Capítulo 28

—De acuerdo, ¿dónde vamos a vivir? A mí me encanta mi casa y a ti, la tuya, creo que va a ser imposible que nos pongamos de acuerdo en esto — se quejó Emma con un puchero.

Habían decidido dar el gran paso y vivir juntos y la primera decisión importante como pareja era resolver dónde vivirían.

—Podemos jugárnoslo —propuso James muy serio.

—¿En qué clase de juego estás pensando exactamente? —preguntó Emma con curiosidad.

Después de superar el juego de las preguntas, James había seguido inventando nuevas formas, cada una más original y provocadora que la otra, para conocerse mejor.

—En uno que te encantará. Estoy seguro.

—¡James! Deja de hacerte el misterioso y desembucha.

—De acuerdo. A ver qué se me ocurre —dijo llevándose el dedo índice a la sien como si estuviera pensando—, ¡ya lo tengo!, Desnúdate y tumbate en la cama.

—¿Qué?!

—Es parte del juego. No discutas o perderás antes de empezar —la amenazó James disfrutando de las reacciones de su novia.

—¿No crees que debería saber en qué consiste tu juego?

—Hum. Mejor no —decidió riendo.

—Eso no es muy justo.

—Puede que tengas razón. De acuerdo —concedió poco convencido—. El juego consiste en que te tumbes en la cama; si pasados, pongamos..., diez minutos, has conseguido no reaccionar a mis caricias, me rendiré y me iré a vivir a tu casita de muñecas. Si gano yo, tal y como estoy seguro de que pasará, puesto que eres incapaz de resistirte a mis encantos, viviremos aquí. ¿Quieres jugar conmigo?

—No me parece un juego muy equitativo. ¿Por qué tengo que ser yo la que se resista? —se quejó Emma, consciente de lo complicado que iba a ser hacerlo.

—¿Tienes miedo a perder? —la pinchó James.

—Para nada. Puedo hacerlo. No eres tan irresistible como parece creer.

—Perfecto. ¡Quítate la ropa! —le pidió James victorioso; la jugada le había salido redonda, se mirara por donde se mirase iba a salir ganando.

—Sólo tengo una pregunta antes de empezar a desnudarme: ¿qué pasa si el que no puede resistirse eres tú? Supongo que pondremos ciertos límites, ¿no? —preguntó con una mirada sensual clavada en su oponente.

—Estás muy segura de ti misma —dijo James riendo—, pero, si el que no puede resistirse soy yo, te daremos a ti como vencedora. En cuanto a los límites, mejor si no ponemos ninguno, ¿no te parece?

—Me parece bien —aceptó quitándose las botas de una patada—. James, me encantan tus juegos. Aunque he de confesar que éste supera al de las preguntas —ronroneó mientras se tomaba su tiempo para desnudarse.

Emma adoraba su casa y estaba dispuesta a todo por conservarla.

James sonrió para sí; ya había decidido complacer a su novia, sobre todo porque era consciente de que, debido a Claudia, Emma no se sentía muy cómoda en su hogar. No obstante, ya que iba a darse por vencido, estaba dispuesto a disfrutar de la rendición al máximo.

Emma se soltó lentamente la coleta, sabedora de que James no le quitaba la vista de encima mientras se la comía con los ojos. Con los mismos movimientos lánguidos y sensuales, se desabrochó el cinturón rojo de su vestido negro.

—Sé lo que intentas hacer —le dijo James con una sonrisa predatoria en los labios.

—Sólo lo que tú me has pedido, amor. Me desnudo a petición tuya.

—*Pelig-roja*... me encantas.

—Lo sé.

Emma sonrió con los ojos brillantes y se subió lentamente, muy lentamente, el vestido hasta sacárselo por la cabeza. Se quedó sólo en ropa interior, la misma que había comprado con Megan en Agent Provocateur.

—Creo que voy a disfrutar perdiendo este juego —susurró James

con voz ronca y cargada de deseo.

—Estoy segura de ello —dijo al tiempo que, obediente, se tumbaba sobre la cama, ya sin nada de ropa encima.

James tardó tres segundos en deshacerse de los zapatos y la camiseta y tumbarse a su lado para devorar su boca a placer.

Tuvo que recordarse que quería disfrutar cada instante. Con el cuerpo tenso por la anticipación, se separó de sus tentadores labios.

Con la cabeza dándole vueltas, Emma tuvo que esforzarse para no echarle los brazos al cuello a James para evitar que se separara de ella. Cerró los ojos y se mantuvo inmóvil; intentó pensar en algo desagradable que la ayudara a resistir, pero nada ayudaba a olvidarse de las deliciosas sensaciones que despertaban en su cuerpo los labios de James. Con los ojos aún cerrados, oyó cómo su novio se desabrochaba la cremallera de los pantalones vaqueros. Durante un momento notó que había bajado de la cama y se imaginó que había sido para deshacerse completamente de la ropa. Su mente la traicionó cuando puso ante ella una serie de imágenes de James desnudo.

—¿Todo bien, amor? —preguntó él en un susurro provocador junto a su oreja.

—Perfecto —contestó sin abrir los ojos.

—Entonces ¿por qué no me miras? —la pinchó él.

—Estoy bien así. Gracias.

—Emma. ¡Mírame! —pidió James dulcemente.

Ella abrió los ojos temerosa.

—Está bien, viviremos donde tú quieras —cedió él al verla tan tensa —. Pero... vas a tener que compensarme.

—Por supuesto —accedió ella riendo feliz.

—¿Qué tal si empiezas a compensarme ahora mismo, amor?

—Como quieras —aceptó Emma buscando sus labios.

Epílogo

El día había sido agotador, jamás se había imaginado que una boda pudiera ser tan cansada. Primero la peluquera y el centenar de horquillas, después la maquilladora corriendo para los últimos detalles, las flores, los niños de los pétalos, las damas de honor y los nervios, la distribución de los invitados de última hora... Mil detalles que hacían que el día fuera perfecto. Y sin duda lo había sido.

Acababan de cruzar el umbral del dormitorio, cuando James se quedó mirándola fijamente mientras la dejaba con cuidado en la orilla de la enorme cama que presidía la habitación.

—Estoy seguro de que seremos felices y comeremos perdices para siempre —susurró James mientras rozaba su nariz en el hueco que había entre su oreja y su cuello.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Emma, intrigada por su confianza.

—Pues porque es la segunda vez que nos enamoramos los dos. Según tu teoría, la primera vez siempre es un horror y hasta el momento siempre has tenido razón: Claudia es un horror, Antonio es un horror, nuestra primera cita fue de pena...

—¡Vaya, te he convencido! —se sorprendió Emma—. Y yo que creía que tú serías el del sentido común en este matrimonio —lo regañó juguetona.

—Cariño, parece mentira que no lo sepas. Tú siempre me convencerás sobre lo que sea, hasta de vivir en esa casa de muñecas que tienes por hogar —murmuró junto a sus labios.

—¿Estás seguro de que te puedo convencer de cualquier cosa? —preguntó pícaro.

—Por supuesto. ¿Qué tienes en mente? —la retó.

—Bésame y destruyamos mi teoría. Haz que nuestra primera vez después de casarnos sea inolvidable.

—Cuenta con ello, mi amor, cuenta con ello —respondió mientras se deshacía a toda prisa de la ropa de ambos.

Un amor delicioso

Capítulo 1

Lis estaba de bastante mal humor, algo que venía siendo habitual cada viernes de cinco a siete de la tarde. Exactamente desde que entraba en el curso de cocina al que se había matriculado con la esperanza de aprender a cocinar algo medio decente y de que su hermano James dejara de burlarse de sus inexistentes dotes culinarias. Dicho mal humor desaparecía en cuanto dejaba de ver a cierto compañero *hiperperfecto* que la sacaba de quicio y que, para más señas, se había convertido en su compañero de mesa.

Lástima que su primera impresión hubiese sido tan equivocada, se lamentó mientras recogía su cabello corto en una diminuta coleta y se ponía el delantal blanco que todos llevaban.

La primera vez que lo vio se quedó prendada de sus ojos violeta y su sonrisa traviesa, incluso rezó para que el profesor los pusiera juntos. Lo lamentable radicó en que ésa fuera la primera vez, en sus veintiocho años, que el Todopoderoso tuvo tiempo que dedicarle. Y es que Matt Ewing podía estar buenísimo y destilar encanto por cada poro de su piel, pero era un prepotente de mucho cuidado, o al menos ésa era la impresión que había sacado Lis tras dos breves conversaciones con él y unas cuantas horas de pie a su lado disfrutando de sus elegantes movimientos y del delicioso perfume de su *aftershave*.

Durante su primera charla, había tardado dos segundos, tras responder a su amable saludo, en preguntarle si era escocesa, algo que le molestó de un modo exagerado, ya que ella no tenía ningún acento que la delatara.

En su segunda conversación se había jactado de tener buena mano en la cocina, consciente de lo pésimo que se le daba a ella.

—Creo que lo estás haciendo mal —le dijo con suavidad inclinándose sobre ella, que era unos buenos veinte centímetros más baja

—, tienes que batir primero los huevos.

—Te equivocas —lo cortó ceñuda.

—Creo que no. —Le dedicó una sonrisa arrebatadora y siguió batiendo sus huevos.

—Bueno, pues estoy segura de que lo haces, así que gano yo —le espetó con muy poca amabilidad. «¿Por qué narices tiene que estar tan bueno?!»

Él se rio divertido, aunque la tendencia tremendista de Lis confundió su alegría con burla.

—No sabía que era una competición, ni mucho menos que hubiera un vencedor —explicó con la mirada clavada en sus rosados labios.

—Siempre hay un ganador. Deberías saberlo.

Matt se calló. La chica era rubia y menuda, pero el brillo de decisión que había en sus ojos la engrandecía. Además, lo único que pretendía al hablarle era conocerla, entablar una amistad, dar pie para poder invitarla a una copa al terminar las clases... para nada molestarla o conseguir que lo odiara. Era demasiado bonita para odiarlo, él quería comenzar con una copa, después una cena y tal vez surgiría entre ellos algo más... De momento él ya se sentía cautivado.

Apartó la vista de la carita de hada que lo miraba preguntándose si era mentalmente cuerdo, y siguió con la receta, con la convicción de que iba a ser imposible que esa mujer aceptara tomarse algo diferente al cianuro con él; por supuesto ella se limitaría a servírselo, pensó riendo.

Cada uno terminó su plato; evidentemente, el de Lis fue un desastre mientras que el de él no sólo tenía un aspecto delicioso, sino que sabía de igual manera. Y eso mismo fue el detonante de su abierta animadversión por su compañero. A Lis no le gustaba perder, pero todavía le gustaba menos hacerlo ante un hombre educado y atractivo que parecía capaz de hacer cualquier cosa sin apenas concentración.

Y es que, mientras que ella se había matriculado en el curso de cocina para principiantes y hacía honor a su estatus de novata, él era diestro y elegante hasta para batir los malditos huevos. De manera que Lis aventuró que el único motivo que lo había llevado hasta allí era su interés por ligar con alguna de las chicas que asistían a la clase de cocina. «Como si él necesitara alguna ayuda extra para conseguir a una mujer», le recriminó su conciencia, pero la acalló decidida a no dejarse convencer, ni siquiera

por ella misma.

De las quince personas que asistían al curso, cuatro eran hombres jóvenes que se pasaban más tiempo mirando a las asistentes femeninas que leyendo las recetas o poniéndolas en práctica. Siendo justa, algo que en ese instante le molestaba enormemente ser, Matt no entraba en ese grupo.

Respiró varias veces antes de adentrarse en el aula; entre el fastidio y el mal humor, se filtraba el nerviosismo. En cuanto pisó la enorme cocina, se dio cuenta de que su compañero todavía no había llegado, algo extraño dada su extrema puntualidad británica.

Intentando ocupar su tiempo en algo más útil que mirar hacia la puerta para ver si entraba, se puso a revisar la receta que iban a preparar esa tarde: pollo al horno a la mostaza con miel. Frunció el ceño; así a priori el título no conseguía que se le hiciera la boca agua. Desvió la atención hacia la hoja de ingredientes:

1 pollo entero
4 patatas medianas
1 taza de miel
½ taza de mostaza
Sal al gusto
1 ajo
Perejil
Aceite de oliva
1 cebolla
1 vaso de caldo de verduras sin sal

Con la lista delante, el pollo al horno a la mostaza con miel mejoraba un poco. No obstante, no quiso hacerse ilusiones, seguramente acabaría poniéndole azúcar en lugar de sal, o algo peor, y quemándolo para diversión de toda la clase, que cada viernes esperaba sus recetas con entusiasmo.

Por más que se regañó a sí misma por ser incapaz de centrarse en pelar las patatas, Lis se pasó los siguientes quince minutos mirando hacia la puerta para ver si finalmente Matt aparecía. No fue así. El tiempo pasó, los alumnos retrasados llegaron, pero su compañero no entró por la puerta del aula.

Comenzó a sentirse incómoda ante su inesperado interés. «¿No había decidido ya que no me cae bien? ¿Por qué narices estoy tan pendiente de si asiste o no?» Acabó por justificarse alegando que, con él cerca, la clase de cocina era más amena. Cuando estaba Matt, todo era más entretenido. Las dos horas que duraba la clase se le pasaban veloces poniéndole mala cara o refunfuñando por lo perfectos que eran sus platos.

El que fuera un hombre atractivo, que además olía maravillosamente bien, no tenía nada que ver con sus ganas de verlo. Nada de nada.

Tras dos viernes seguidos en los que Matt no apareció en las clases de cocina, Lis se planteó la posibilidad de hacer lo mismo y no asistir esa tarde. Había tenido un día horripilante: las telas les habían llegado con retraso y ahora iban a tener que trabajar más horas extra para llegar a tiempo a la entrega. Para colmo, se trataba de Alice Ewing, una clienta a la que quería impresionar a toda costa; además, se le había roto un tacón de sus Louboutin al salir del taller, y después estaba James y su corazón lastimado.

Suspiró, permitiéndose durante unos segundos dejarse llevar por la autocompasión, la misma que no le había permitido sentir a su hermano.

—Ya es suficiente —se dijo en voz alta—. Hay que moverse o te deprimirás todavía más.

Decidida a no dejarse vencer por el desánimo, se atusó su cabello dorado y corto, se puso el abrigo, se colgó el bolso y salió por la puerta, dispuesta a volver a quemar la comida o a confundir la sal con el azúcar, ¡qué más daba cuál fuera la catástrofe culinaria de la tarde! Cualquier cosa era mejor que quedarse en casa lamentándose.

Matt se sentía impaciente porque comenzara la clase de cocina. Había estado fuera de Londres varias semanas para tratar la compra de un viñedo en el que su padre estaba interesado, y tenía ganas de retomar su rutina. El viaje a España había sido agradable... el tiempo cálido a pesar de estar en otoño, la comida deliciosa; no obstante, no había disfrutado de la estancia tanto como habría sido de esperar. En esos días se había encontrado a sí mismo pensando, en numerosas ocasiones, en recetas de cocina y en compañeras rubias y menudas con sonrisas angelicales y ojos que brillaban traviesos.

Se volvió cuando notó que alguien lo tocaba en el hombro; su

corazón se aceleró de anticipación y... se desaceleró en cuanto vio de quién se trataba o más concretamente de quién no se trataba.

Vivien, una de las compañeras del curso que llevaba haciéndole ojitos desde el primer día, le sonreía con picardía parada ante él en una postura que hacía que sus senos estuvieran a punto de salirse de su ajustado jersey de cachemira.

—Rebienvenido, Matt —lo saludó con una sonrisa expectante.

—Muchas gracias, Vivien —contestó tratando educadamente de señalarle que no estaba interesado.

—Te hemos echado mucho de menos, sobre todo tu compañera —dijo con intención de hacer quedar mal a Lis—. Aunque yo no me he quedado corta, y eso que la pobre ha estado muy desanimada estos días que no te ha visto. ¡Ha quemado más sartenes que nunca!

Matt notó la mordacidad de sus palabras, pero no le importó, ni siquiera le prestó atención a lo que trataba de insinuar. Su mente se había quedado atorada en la primera parte de su discurso, una parte que deseaba con todas sus fuerzas que fuera cierta, aquélla en la que, según Vivien, Lis lo había echado de menos.

—A mí me ha sucedido lo mismo, la he echado mucho de menos —respondió casi sin pensar, movido por la necesidad de protegerla.

—¿De verdad? —preguntó detrás de él la voz de la susodicha—. Cualquiera lo diría, puesto que no me has llamado en todos estos días.

Matt sonrió siguiéndole el juego; los dos sabían que era imposible que la hubiera llamado, puesto que no tenía su teléfono, pero al parecer Lis había escuchado su conversación con Vivien y quería vengarse de la velada burla de la que había sido objeto.

Tanto Vivien como Matt se volvieron para encontrarse de frente con una sonriente hadita de rostro dulce y mirada retadora.

—¡Oh! ¿Estáis juntos? —preguntó ésta cada vez más sorprendida.

Matt sonrió para sí; «A ver cómo sales de ésta, rubita», se dijo divertido.

—Nos estamos conociendo, pero sí... podría decirse que estamos juntos. Gracias por preguntar, Vivien. Eres muy amable. —Su sonrisa fue cándida y dulce. Matt estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva.

Matt abrió los ojos como platos ante la afirmación de ella. Había que reconocerle el mérito, sabía mentir. Lo había dicho todo con tanta naturalidad que, si no hubiese sido porque era uno de los implicados,

habría creído a pies juntillas sus palabras.

Una idea bulló entonces en su cabeza, una idea que caldeó su cuerpo e hipersensibilizó su piel.

—Vivien, si nos permites, Lis y yo vamos a tomarnos la tarde libre, tenemos mucho de que hablar, ¿verdad, preciosa?

Esta vez fue el turno de ella para sorprenderse.

—Claro. Tenemos que ponernos al día, precioso.

Salieron antes de que el profesor apareciera por el aula. Lis volvió a rezarle al mismo dios que la había escuchado la última vez, para que éste apareciera y les impidiera marcharse, pero, en esta ocasión, el Todopoderoso debía de estar ocupado porque salieron de allí sin que nadie les llamara la atención.

Matt la guio hasta una cafetería cercana. Sin hablar más que para agradecerle que le abriera la puerta, se sentaron a una de las mesas del local. Inmediatamente se acercó una camarera, que le dio un buen repaso a su acompañante, antes de inclinarse sobre él, invadiendo su espacio para preguntarle qué deseaba tomar.

Él apartó la mirada de la camarera y le preguntó con una sonrisa:

—¿Qué quieres tomar, Lis? ¿Un té, un café?

—¿Té? Odio el té.

La camarera la miró como si hubiera cometido un sacrilegio; Matt sólo rio por lo bajo.

—Si no te importa, prefiero una pinta bien fría.

—Que sean dos.

La chica se marchó tras dirigirle otra mirada apreciativa a Matt que a Lis no se le escapó.

—Creo que has escandalizado a la camarera —bromeó.

—Estoy segura de que eso lo has hecho tú. La pobre no podía dejar de mirarte, y la verdad, no entiendo por qué —le dijo sonriendo.

—Acabas de romperme el corazón y estoy casi seguro de que lo estás disfrutando.

—Me has pillado —dijo levantando los brazos en señal de rendición.

En ese instante la muchacha regresó con las bebidas, que depositó delante de Matt sin siquiera mirar a Lis. Ésta se mordió la lengua para no decirle lo que pensaba de ella y le brindó una sonrisa alentadora a Matt, en honor de la morena que les servía las cervezas.

—¿Dónde has estado estas semanas? —Intentó imprimir a su voz indiferencia, pero la verdad era que estaba muy interesada en la respuesta.

—De viaje de negocios; ¿por qué, me has echado de menos?

—Sabes que sí. Te lo ha contado Vivien delante de mí hace un ratito, ¡qué mala memoria tienes!, vas a tener que probar con los rabos de pasa. —Matt se sentía fascinado con esa mujer que bromeaba con él con mordacidad y dulzura al mismo tiempo; sin duda nunca había conocido a nadie como ella.

—Tienes razón, lo olvidé. ¿Y qué tal las clases? ¿Ya eres capaz de hacer una *omelette* sin quemar la sartén?

—Sabes que no, y no deberías burlarte. No es muy caballeroso por tu parte —lo regañó mucho más cómoda de lo que se había sentido nunca a su lado.

—¿Sabes? Voy a compensarte.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —preguntó intrigada.

—Muy fácil. Voy a enseñarte a cocinar.

Capítulo 2

Lis entró en la cafetería y localizó inmediatamente a la persona que andaba buscando. Se acercó con decisión y se sentó a su mesa.

—¿Qué haces por los bajos fondos? —preguntó James, sorprendido de que su hermanita hubiera ido hasta el Pierre's Coffee. Lis era la clase de mujer que, a pesar de ser tremendamente solidaria con casi todas las causas habidas y por haber, se volvía intransigente cuando se trataba de mal gusto, y para ella las paredes plagadas de retratos de escritores muertos y de un París en blanco y negro era una horrerada, con todas las letras.

—Evidentemente, buscarte.

—¿Y para qué soy bueno, hermanita?

—Necesito que me enseñes a cocinar.

—¿Perdón?

—Me has oído perfectamente, James. No te hagas el interesante. —Lis no estaba lo que se dice orgullosa de pedirle ayuda; de todas las personas que conocía, su hermano era el que más se había burlado de ella a causa de su incapacidad para preparar algo comestible. No obstante, también era el mejor cocinero que conocía y su mejor amigo.

—Pero, Lis, creía que te habías apuntado a un curso de cocina con ese fin.

—Lo he hecho —respondió con tranquilidad.

—Lo siento, ahora sí que me he perdido.

—¿No puedes simplemente ayudarme, sin hacer preguntas incómodas? —planteó a pesar de conocer la respuesta por anticipado.

—Sabes que no. ¡Desembucha! Esto se vuelve interesante.

—Eres insufrible. Te lo contaré, pero antes necesito una cerveza.

—Uau, definitivamente esto se pone cada vez más interesante — aceptó él cerrando el portátil en el que había estado trabajando antes de la

interrupción.

Ante una señal de James, la dueña de la cafetería se acercó para tomar nota a la recién llegada. Dos minutos después rellenaba la taza de café de su cliente más fiel, y le servía una cerveza a su hermana.

—¡Sorpréndeme! —pidió en cuanto volvieron a estar a solas.

—En mi clase de cocina hay un hombre.

—Siempre suele haber uno cuando vienes a pedirme ayuda; ¿qué más?

Lis le frunció el ceño antes de seguir hablando.

—Es un cocinero estupendo y se ha ofrecido a ayudarme... a darme clases particulares.

—Eso es genial; entonces ¿para qué me necesitas a mí teniéndolo a él?

—Ya lo sabes —contestó mirándolo a los ojos.

—Entiendo. Esperas que te dé clases de cocina para que, cuando él lo haga, descubra lo estupendamente que guisas; ¿voy bien?

—Vas perfecto. —Los ojos le brillaron expectantes ante la respuesta de James.

—Olvídalo, Lis. Me gustan mucho mi cocina y mis sartenes, por no hablar de que, si intentase enseñarte, acabarías enfadándote conmigo cuando no te salieran las recetas y marchándote hecha una fiera.

—Yo no soy así —se quejó.

Su hermano ignoró el comentario, sabedor de que ésa era una batalla perdida.

—¿Sabes qué es lo que yo haría si fuera tú? Lo invitaría a cenar, descongelaría cualquier cosa, eso se te da genial, e intentaría conseguir una próxima cita en la que cocinara él. Está claro que ese hombre te gusta.

—No es que me guste...

—Lo que tú digas. Pero la respuesta sigue siendo no. Imposible, te quiero demasiado, hermanita —concedió James magnánimo.

El viernes siguiente Lis estaba más que molesta, estaba furiosa consigo misma por haberse pasado la semana esperando una llamada de Matt que no había llegado. Después de ofrecerse a ayudarla mientras se tomaban unas cervezas y coqueteaban abiertamente, se habían intercambiado los teléfonos, lo que le había hecho suponer que la

llamaría.

Entró en clase con la vista fija al frente, consciente de que en esos instantes Matt estaba hablando con Vivien y Steph. «Bueno —se dijo—: he bajado la guardia y he metido la pata, pero al menos ahora sé que mi primera impresión era la acertada. Es un maldito inglés arrogante.»

Siguió sin mirar en su dirección hasta que llegó a su sitio. Con parsimonia, se quitó el abrigo y se puso el delantal; no obstante, Matt seguía hablando con las cazadoras, mote con el que Lis las había bautizado al darse cuenta de que buscaban desesperadamente hacerse con los favores de uno de los cuatro chicos del curso. Si bien al comienzo había pensado que no tenían ninguna preferencia, ahora ya no estaba tan segura de ello.

Matt había tenido una semana horrible, y la única razón por la que había asistido esa tarde a clase de cocina en lugar de quedarse en su casa y llamar a su hermana Emma para comprobar que estaba mejor ni siquiera se había dignado a mirarlo.

Si bien era cierto que estaba hablando con Vivien cuando era evidente que a ella no le caía especialmente bien, también lo era que lo había abordado nada más entrar y que no había forma educada de librarse de ella.

En esos instantes el profesor entró y se dispuso a repartir la receta que iban a preparar esa tarde.

—Hoy vamos a hacer algo especial. Hasta el momento siempre hemos hecho primeros y segundos platos; hoy, en cambio, haremos un postre —explicó mientras se colocaba el sombrero de chef y la chaqueta blanca.

Se oyeron algunas risas de aprobación.

—Y, como va a ser nuestro primer postre y la receta es complicada, lo haremos por parejas. En cuanto os llegue la lista, podéis comenzar, ya que en esta ocasión yo sólo supervisaré vuestro trabajo y contestaré dudas.

Lis se hizo con la receta antes de que pudiera hacerlo él. En ese momento el profesor estaba diciendo que los ingredientes estaban medidos para facilitarles el trabajo.

—Hola, Lis —la saludó con entusiasmo.

—Hola.

—Lamento no haberte llamado. He tenido problemas familiares.

—¿De veras? —preguntó con incredulidad.

—Sí.

—Pues lo siento mucho, ahora será mejor que comencemos con el pastel.

—Por supuesto.

Capítulo 3

Pastel de nueces relleno de chocolate

Ingredientes para el bizcocho:

3 huevos
75 g de azúcar
65 g de harina
50 nueces molidas
1 cucharadita de levadura en polvo y de vainilla

Ingredientes para el relleno:

5 yemas
200 g de azúcar
1 dl de agua
1 cucharada de cacao
100 g de chocolate *fondant*
200 g de nata para montar

Matt se había quitado el jersey para cocinar, de manera que sólo llevaba una fina camisa que le marcaba cada uno de los infinitos músculos que se le tensaban en los brazos y los hombros mientras montaba las claras a punto de nieve. Eso conseguía que Lis se olvidara de la razón por la que estaba enfadada con él. Aunque enfadada no era la palabra, su relación, si podía catalogarse como tal, había pasado por diversas fases; sin embargo, el enfado no era una de ellas.

Primero habían sido sus propios prejuicios o tal vez incluso sus celos ante su *savoir faire* o lo incómodo que le resultaba sentirse atraída por él. De algún modo, lo que le había sucedido a James con Claudia, que lo había abandonado horas después de que éste le propusiera matrimonio, la

había predispuesto a protegerse de sus propias emociones. Después Matt había desaparecido de su vida durante dos semanas y Lis se había encontrado con que pensaba en su ausencia mucho más de lo que habría deseado. Su regreso trajo consigo el breve encuentro en la cafetería que tanto había disfrutado, y sin advertirlo había bajado las defensas ante su sonrisa sincera y sus brillantes ojos violeta.

Las palabras de Matt la sacaron de golpe de su ensoñación.

—Ve echando el azúcar mientras yo monto las claras —pidió concentrado en lo que hacía.

Lis se acercó a él y al bol en el que batía, y fue echando con cuidado el azúcar que indicaba la receta.

—Quisiera compensarte por no haberte ayudado cuando te dije que lo haría, pero realmente mi familia ha sufrido un contratiempo.

—No te preocupes, no pasa nada —aceptó al ver el rostro crispado de él—. ¿Estás bien?

—En realidad, no. La única razón por la que he venido esta tarde ha sido para disculparme contigo.

El estómago de Lis dio un triple salto mortal al oír la sincera confesión.

—En ese caso, la que tendría que compensarte soy yo a ti —dijo más relajada. De manera inconsciente había creído su excusa y volvía a confiar en él.

—Acepto; sea lo que sea lo que me propongas, acepto. —Una sonrisa pícaro iluminó su rostro.

—¿Qué tal una copa después del pastel de chocolate?

—Una propuesta deliciosa. Como te dije, soy incapaz de rechazarla.

La lengua de Matt estaba arrasando su boca mientras sus manos aferraban su trasero para acercarla más a su cuerpo duro y musculoso. Lis sintió que su sangre corría ardiente en sus venas cuando notó cómo la dureza de él presionaba su estómago. Instintivamente tiró del cabello de su nuca para acercarlo más a ella.

La juguetona lengua masculina recorrió sus labios como si tratara de saborearlos. Su boca trazó un recorrido húmedo por la suave mejilla mientras se dirigía a la suave piel del cuello, pero se detuvo a medio camino para mordisquearle el lóbulo de la oreja, en una delicada tortura.

Siguió bajando con lentitud por su garganta, dedicándole tiempo a cada pedacito de piel que se encontraba durante el sensual recorrido, hasta que llegaron al escote que el jersey de ella no conseguía cubrir del todo, y las manos acariciaron lo que la boca sola no podía abarcar.

Lis se olvidó de que estaban en la calle, de que apenas lo conocía... y se dejó arrastrar por la deliciosa sensualidad que ese hombre despertaba en su cuerpo. Valiéndose del escalón en que estaba subida, rodeó su cuello con los brazos y lo envolvió con las piernas, haciendo que la zona más sensible de ella presionara la más dura de él.

—Lis, eres perfecta —murmuró sobre la delicada piel de sus senos—. Si no paramos ahora, te poseeré en plena calle, aunque nos detengan por escándalo público.

El tono ronco de su voz la trajo de golpe a la realidad más que el significado de sus palabras.

—¡Oh, Dios mío! —Había estado a punto de acostarse con un hombre al que apenas conocía en medio de la calle, en la mismísima puerta de su casa, a escasos metros de su cama...—. Lo siento Matt, no debería...

—No, soy yo el que tendría que haberse controlado. Para ser sinceros, sólo iba a darte un beso de buenas noches. —Su broma destensó un poco el ambiente.

—Me ha encantado tu beso de buenas noches —lo secundó ella, ansiosa por alargar la conversación y que no se fuera.

—¿Puedo llamarte mañana?

—Debes llamarme mañana.

Matt rio.

—Lo haré. Te lo prometo —dijo mientras se recomponía la ropa y se inclinaba sobre la mejilla femenina para despedirse con un casto beso—. Por hoy ya hemos tenido bastantes. De hecho, recordaré este último beso antes de dormir; si me acuerdo de los demás, estoy seguro de que seré incapaz de hacerlo.

Ella sonrió aceptando interiormente que su razonamiento también era aplicable a ella misma.

—Buenas noches. —Abrió la puerta y entró en su casa.

Capítulo 4

Tumbada en su cama, repasaba las últimas horas, incapaz de conciliar el sueño. Tras la copa acordada habían seguido bebiendo y charlando, y en esas pocas horas había aprendido mucho más de lo que cabía esperar. Matt era inteligente y educado, nada que se pareciera a la idea inicial que había tenido de él. Era una persona leal y fiel a los que amaba, dulce y protector.

No había entrado en detalles, pero le había explicado el motivo de que no la llamara como prometió: su hermana pequeña había sufrido un desengaño y él había estado allí para apoyarla. Sonrió embobada al recordarlo...

Consciente de que no iba a poder dormir, se levantó para coger el libro que estaba leyendo. Tras veinte páginas de ávida lectura, tuvo que dejarlo, más alterada que al principio. A la protagonista femenina de la novela la raptaba un rudo *highlander* que la confundía con otra mujer de la que buscaba vengarse, movido por una antigua afrenta. Tras varias páginas de tensión sexual no resuelta, la protagonista se rendía a la encantadora rudeza de su captor y sucumbía al placer en sus brazos. Justo lo que Lis necesitaba para conciliar el sueño, más pensamientos lujuriosos...

Decidió probar con el truco de la leche caliente y bajó descalza a la cocina para preparárselo. Iba a entrar en ella cuando oyó el golpe de unos nudillos en la puerta de entrada.

Sigilosa, se acercó para ver quién llamaba a esas horas. Descolgó el telefonillo y dio gracias al veleidoso Dios, que la escuchaba de vez en cuando, por tener telefonillo con cámara. Se quedó paralizada al ver que Matt estaba al otro lado, con el cabello revuelto y la misma ropa que llevaba horas antes cuando la había acompañado a casa.

Ni siquiera tuvo que plantearse la pregunta, le abrió sin pensarlo

siquiera.

Él la miró de arriba abajo antes de hablar, escaneando cada parte de su cuerpo con la mirada encendida.

—Sé que es una locura y lo más prudente sería que me echaras de tu casa a patadas, aunque espero que no lo hagas —matizó nervioso—, pero, por alguna razón que escapa a mi control, necesito estar contigo, casi tanto como respirar...

No lo dejó terminar, se puso de puntillas y tiró de su cabello despeinado para que bajara la cabeza hasta poder capturar su boca en un beso.

Matt terminó de cruzar el umbral con ella en sus brazos mientras con el pie cerraba la puerta. Sin apartar su boca de la de ella, subió la escalera que conducía al piso de arriba, donde supuso que estaban los dormitorios.

Lis era menuda y cálida, se adaptaba a sus brazos como imaginó que lo haría el primer día que la vio, dulce y enérgica, suave y fuerte, una fascinante combinación que le hizo soñar con ese instante.

No tuvo que preguntar cuál era su dormitorio: la luz de la mesilla estaba encendida y la cama revuelta. Con un cuidado casi reverencial, la depositó en la cama y se apartó lo justo para contemplarla a placer. Lis protestó cuando el calor y la presión masculina abandonaron su piel.

—Quiero verte. ¿Siempre duermes así? —preguntó observando cómo el fino camisón azul celeste se pegaba a cada una de sus curvas.

Ella sonrió íntimamente; tras caer rendida por sus besos en la puerta de su propia casa, se había sentido sexi y... ardiente. La elección de su atuendo había sido una manera de seguir sintiéndose así, como si de ese modo todavía pudiera notar la marca de sus caricias en la piel.

—Sí —contestó con el fin de terminar la conversación; en esos instantes no estaba precisamente interesada en hablar.

—Preciosa, eres preciosa.

Impaciente, se incorporó un poco y alargó los brazos hasta cogerlo por las solapas de la chaqueta. Él rio, pero se dejó atraer. La osada dulzura de esa mujer lo volvía loco, lo estaba besando como si quisiera devorarlo, pero también se deleitaba en su sabor. Era imposible resistirse a ella, ni siquiera había pensado intentarlo.

Lis lo dio todo en el beso, buscando aquello que tanto la había enloquecido horas antes, y sin ninguna duda lo encontró. La boca de Matt

hacía que sintiera su sangre ardiendo enfervorecida en sus venas. Se retorció sinuosamente debajo de él, lo que provocó un gemido que ahogaron sus labios.

—La ropa —pidió ella sin dejar de abrazarlo, incapaz de soltar su presa.

Él tampoco intentó liberarse, y Lis hundió la cara en su cuello, embriagándose del olor masculino. Con delicadeza, mordisqueó su cuello al tiempo que lo obligaba a echar los brazos hacia atrás para quitarle la chaqueta. No llegó a hacerlo por completo, y Matt quedó inmovilizado con su propia ropa. La americana le retenía los brazos a la espalda. No era que no pudiera quitársela si quisiera hacerlo... Arqueando una ceja, Matt se sentó de rodillas en la cama, aceptando el juego.

Lis sonrió con picardía y se sentó de igual manera, no sin antes deshacerse del camisón, quedándose únicamente con el tanga. Un gemido desesperado salió de la garganta de Matt al contemplar aquello que tanto deseaba y que quedaba fuera de su alcance. Ella sonrió victoriosa; sus manos volaron hasta los botones de sus vaqueros y con sumo cuidado fue desabrochándolos uno a uno. La anticipación excitó a Matt todavía más de lo que ya lo estaba ante la sensual visión.

Los dedos de Lis rozaron deliberadamente su dureza, fue apenas una caricia insinuada. Inmediatamente después, metió los dedos en la cinturilla del pantalón y los bajó hasta las rodillas junto con los calzoncillos. Consciente de lo que él esperaba, se dedicó a jugar con él: primero le desabrochó, con la misma minuciosidad que había mostrado anteriormente, los botones de su camisa; después recorrió su pecho con suaves besos, y finalmente, con la piel ardiendo de necesidad, se inclinó sobre él y besó su dureza. Su lengua recorrió, trazando extrañas figuras, su longitud, mientras sus dedos exploraban el resto de su anatomía.

Matt se debatía entre estarse quieto y arrancarse la chaqueta que le impedía agarrarla y ponerla debajo de su cuerpo, para terminar con la tortura sensual que le estaba infligiendo. Perdió el hilo de sus pensamientos cuando ella lo acogió por completo en su boca, sintió la presión de la succión y ya no pudo pensar en nada más...

La sonrisa de Lis fue lo primero que vio cuando volvió a ser capaz de abrir los ojos; tras ello, tardó dos movimientos en deshacerse de la chaqueta y en abalanzarse de nuevo hambriento sobre la boca entreabierta

de su presa. Su cuerpo la presionó contra el colchón y sus manos buscaron la diminuta prenda de ropa que llevaba puesta, no tuvo tiempo ni ganas para deshacerse de sus propios pantalones, únicamente estaba interesado en una cosa, hundirse en el cuerpo del hada rubia que le había robado la lucidez. La tanteó con un dedo para comprobar que estaba dispuesta y su gemido se unió al suyo cuando se dio cuenta de lo mucho que lo deseaba.

Sonrió pletórico, en esta ocasión era él quien dominaba el juego.

—¿Qué quieres, preciosa? —preguntó hundiendo un segundo dedo en su cuerpo.

Ella no contestó, sólo gimió más fuerte.

—¿Qué necesitas? —insistió.

—A ti, Matt. Por favor. Ahora.

No espero que volviera a pedírselo una segunda vez. Su miembro sustituyó sus dedos. De una embestida profunda se hundió en su calidez; había decidido tomarse su tiempo, deleitarse con cada movimiento, pero estar dentro de ella era mucho más embriagador de lo que nunca había imaginado o experimentado. Sus acometidas se tornaron rápidas, certeras... Lis acompasó sus movimientos a los de él y los dos se dejaron llevar con un grito tan sincronizado como lo habían estado sus cuerpos instantes antes.

—Esto es una locura —susurró Lis sobre los labios de Matt, después de que éste hubiera llamado a su puerta a unas horas intempestivas.

—El amor es una locura. Y yo no puedo negarlo, estoy loco por ti desde que te vi el primer día en clase. Si hasta recé para que me pusieran contigo. Tendrías que haberme visto, ¡parecía un adolescente dominado por las hormonas!

Lis se separó de él y arqueó una ceja calculadora.

—¿Así que fue eso? —murmuró para sí.

—¿El qué? No sé de qué hablas.

—Dios.

—¿Dios? —preguntó Matt desconcertado.

—Te prometo que luego te lo cuento, ahora sigue donde te habías quedado antes de mi desafortunada interrupción.

Matt, obedientemente, volvió a capturar su boca.

Capítulo 5

Llevaban dos semanas viéndose cada día y la relación funcionaba como si en lugar de días llevaran años juntos. Habían hablado de casi todo, se habían contado sus vidas al detalle, después siguieron con sus inquietudes y terminaron con sus sueños. Se habían centrado tanto en conocerse que se olvidaron de los detalles más obvios, como cuál era su segundo nombre o su apellido. No fue hasta el sábado de la segunda semana que salían cuando el *maître* del restaurante en el que iban a cenar nombró el apellido de Matt y Lis finalmente supo cuál era.

La rubia tardó varios segundos en asimilar lo que acababa de escuchar. Matt le había contado que trabajaba como arquitecto en el despacho que compartía con su padre, incluso la había llevado una tarde allí para que lo viera, pero al final habían aprovechado la visita para otros menesteres. Razón por la que no había visto las fotografías que adornaban su escritorio. No obstante, ahora que lo pensaba detenidamente...

—¿Te llamas Ewing? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿Qué pasa, Lis?

—Dime que tu madre no se llama Alice.

—No puedo hacerlo.

—Oh, Dios mío.

—¿Conoces a mi madre? ¿Qué te ha hecho? —preguntó muy serio.

—No seas tonto, no me ha hecho nada. Tu madre es una de las clientas a las que he intentado impresionar desde que abrí mi taller... que Alice Ewing lleve tu ropa abre muchas puertas —explicó nerviosa—; ahora pensará que estoy contigo para pescarla a ella.

—No me importa lo que ella piense.

Se inclinó sobre ella y la besó con dulzura.

Tres meses después

Decir que estaba nerviosa era quedarse muy corta; mientras cruzaba el pasillo de la casa familiar de los Ewing con un hermano a cada lado se sentía como si estuviera siendo conducida a la piqueta.

Emma y Matt se guaseaban a su costa sobre su temor a encontrarse con su madre. Entonces su cuñada la miró y cambió de actitud al notar lo alterada que estaba ante la presentación. Se paró en seco y la paró a ella al tomarla del brazo.

—Vamos a ver, Lis. Le vas a encantar a mi madre, seguro. Eres lo opuesto a mí, no hay ninguna posibilidad de que no le gustes —bromeó.

—Eso es cierto —corroboró Matt.

—Gracias, hermano.

—Bichito, sólo quería tranquilizarla, en el fondo mamá te quiere. — No pudo acabar la frase sin estallar en carcajadas.

—Vosotros dos siempre estáis igual —se quejó una voz por delante de ellos.

Los dos hermanos se pusieron firmes inmediatamente.

Alice esbozó una media sonrisa, al tiempo que se acercaba hasta ellos calzada sobre sus tacones de quince centímetros y enfundada en un Valentino. Saludó a sus hijos entre divertida y resignada, y se acercó hasta Lis, que no hacía otra cosa que observarla admirada.

—Hola, Lis.

—Señora Ewing.

—Nada de señora, no seas tan formal. Ahora eres la novia de mi hijo, llámame Alice —pidió enlazando el brazo al de ella—. ¿Sabes? La primera vez que te vi ya pensé que serías una pareja maravillosa para Matthew. Tienes tan buen gusto que es imposible que seas una mala persona.

Lis sonrió como respuesta; la deducción era demasiado surrealista como para saber qué debía responder, así que optó por dar las gracias.

—Es la verdad. Querida, por casualidad, ¿no tendrás un amigo con buen gusto para Emma? A este paso se va a quedar solterona.

—En realidad tengo un hermano.

—¡Eso es perfecto! —exclamó encantada.

Lis llevaba varios días intentando sacar el tema de la cita a ciegas; no

obstante, no quería resultar obvia y lo había ido dejando. Pero, tras conocer mejor a Emma, había llegado a la conclusión de que era su deber como hermana y amiga propiciar un encuentro entre dos personas tan afines.

—¿Sabes, James? —dijo intentando mostrarse natural—. Matt tiene una hermana encantadora, ¿por qué no te paso su teléfono y la invitas a cenar? Necesitas salir un poco.

—Si es ésta tu manera de vengarte de mí porque no quise darte clases de cocina, he de admitir que eres más retorcida de lo que creía.

—No seas bobo. Estoy hablando en serio: es una chica encantadora con un gran sentido del humor y, lo que es más importante, tengo la certeza de que, si os conocierais, os caerías muy bien.

—Eso no lo dudo. Es simplemente que preferiría escoger yo mismo mis citas. No te ofendas, Lis, pero tú y yo tenemos gustos muy diferentes.

—Tú te lo pierdes —le dijo como si se estuviera dando por vencida. Nada más lejos de la realidad: Emma y James tenían que conocerse, Lis estaba segura de que serían una pareja tan perfecta como lo eran Matt y ella.

Biografía



Olga Salar nació el 22 de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en Filología Hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, *Un amor inesperado*, y tras ella siguió la bilogía juvenil *Lazos inmortales*. En este mismo género acaba de publicar *Cómo sobrevivir al amor*, aunque ha sido

en literatura romántica para adultos donde ha encontrado su voz.

Es autora de *Quédate esta noche*, *Íntimosenemigos*, *Una cita pendiente*, *Una noche bajo el cielo*, *Jimena no deshoja margaritas*, *Sólo un deseo*, *Di que sí*, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, *He soñado contigo* y *Romance a la carta*.

Encontrarás más información de la autora y su obra en twitter (@OlgaSalar) y Facebook (<https://www.facebook.com/pages/Olga-Salar/122507521238526>)

Nota

[\[1\]](#) Cóctel inventado en los años ochenta en Miami, elaborado a base de vodka y con múltiples variaciones. El oficial de la International Bartenders Association contiene vodka, licor de melocotón, zumo de naranja y zumo de arándanos.

Un amor inesperado + Un amor delicioso
Olga Salar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, Svitlana Sokolova –Shutterstock

© Olga Salar, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: julio de 2015

ISBN: 978-84-08-14324-6

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

Table of Contents

Índice

Un amor inesperado

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

Un amor delicioso

Capítulo 1

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Biografía](#)

[Nota](#)

[Créditos](#)